

SILVANA  SABA



LA DOLCE VITA



Un cupcake
para
Daniela

• LUCY FRANCINI •

FIRENZE

Un cupcake para Daniela
Silvana D. Saba

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Todos los hechos y personajes que aparecen en esta historia son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

©autor y año Silvana D. Saba 2018

Diseño de portada: Marien F. Sabariego

Corrección: Carol RZ Correctora

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid

ISBN— 9781980619642

Correo electrónico: sildsaba@gmail.com

Facebook: @SilvanaD.Saba

Indice

[Indice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Agradecimientos](#)

Toscana

Verdes y floridos campos espolvoreados de colores, maravillosas flores perfuman tu encanto.

Tus colinas coronadas de torres y castillos custodian tu horizonte lejano.

De alabastro blanco tienes el corazón, vientre fértil en flor.

*Tu contorno se dibuja entre abedules y viñedos,
bañas tus pies en el Tirreno y peinas tu cabellera de trigo dorada, en los Apeninos.*

Madre, amante, novia y esposa.

*Acunada entre las voces dulces de tus cantantes,
enamorada con los versos de tus poetas,
retratada entre los lienzos de tus pintores. Atraviesas el tiempo y las fronteras,
mágica tierra de encanto, el amor y el arte corren por tus venas.*

Codiciada joya, antigua Etruria te nombraron y hoy te digo, ¡Oh Toscana!

*La música de tus campanarios vuela en el aire,
despierta a los girasoles que al sol ya están buscando y las antiguas “villas”
descansan sobre tus campos, el sueño reparador de una tarde de verano.*

Silvana D. Saba

Firenze:

Arte, cultura y tradición, corazón de la Toscana, cuna de poetas, pintores y grandes personajes.

Mientras recorremos y conocemos juntos lugares emblemáticos y algunos de los rincones más bonitos de esta encantadora ciudad, vamos a ir deshojando la historia que se desarrolla entre las páginas de este libro, dejándonos transportar por el entorno que rodea a nuestros protagonistas y caminando por las calles de los distintos escenarios elegidos por una servidora para narrarles este mágico romance.

A ti, lector, te invito a que en cada capítulo descubras algún lugar no solo de Firenze sino también de La Toscana. Vamos a comenzar esta aventura, que deseo te guste tanto como a mí.

Prólogo



Las camareras comienzan a salir desfilando de detrás de la barra con bandejas llenas de cubiteras con champán y bengalas encendidas, y el dueño del local hace su aparición con un micrófono en la mano presentándose. Es entonces cuando veo la ocasión y me escabullo en dirección a los aseos. No tengo muy claro dónde están y pregunto a un par de camareras que caminan apresuradas. Estoy un poco mareada y acalorada, necesito llegar cuanto antes.

Pensaba que me encontraría una cola interminable, pero no es así. ¡Menos mal! Abro el grifo del agua fría y me paso las manos húmedas por la nuca con la intención de aliviar un poco mi malestar. Mientras me estoy secando con el papel la puerta se abre, y entra él con una sonrisa en los labios.

Me quedo inmóvil, apoyada en el duro granito del lavabo, sin saber qué hacer ni qué decir. Sin apartar su mirada de la mía se acerca a mí con paso seguro, con movimientos lentos e hipnóticos. Parece un depredador que va a la caza de su presa. Al llegar a mi altura, apoya sus manos en mis caderas con posesividad, y yo no hago nada para impedirlo. Nuestros cuerpos están rozándose, nuestros rostros cercanos... Y yo estoy totalmente acalorada, como un volcán en erupción. ¿Será por el alcohol que corre por mis venas, o por su proximidad? Me falta el aire, por lo que aspiro hondo y su perfume invade mis pulmones.

—¿Estamos solos? —pregunta mientras se agacha para mirar bajo las puertas de los aseos—. Sí... —dice con tono seductor aproximándose a mí.

De pronto vuelve a acercarse su rostro al mío, y no puedo evitar buscar su boca con mis labios entreabiertos. Él responde abriendo su boca y acariciando mis labios con su lengua suave, caliente y húmeda. Mordisquea mi labio inferior para finalmente introducir su lengua en mi boca. Ahora sí me dejo llevar del todo y mis manos rodean su cuello.

Cogiéndome por la cintura me alza y me deposita sobre el granito negro. Sus manos recorren mi espalda, acariciándola hasta mis nalgas, mientras yo le rodeo con mis brazos y envuelvo mis piernas en su cintura. No dejamos de besarnos, no podemos parar de tocarnos. La ropa comienza a ser un estorbo y, mientras él introduce las manos bajo mi falda, yo saco su camisa de los pantalones y comienzo a desabrocharle los botones.

Sus manos ahora acarician mi vientre bajo mi camisa, subiendo hacia mi pecho, donde se introducen por debajo del sujetador. Su boca recorre mi cuello hacia abajo buscando el encuentro con mis pezones, y a mí se me escapa un jadeo de placer.

Abro su pantalón y meto mis manos, buscando a tientas hasta dar con su creciente erección. Gemimos al unísono. Siento cómo mi corazón palpita apresuradamente en mis oídos. Él gruñe y me besa con más intensidad. Nuestra piel arde.

De repente, la puerta del baño se abre de golpe y entra ella que, al vernos, se queda con la boca abierta y los ojos como platos.

Capítulo 1



Firenze, con sus famosas joyerías, el Ponte Vecchio, que atraviesa el conocido río Arno, testigos mudos de la historia, de los personajes y de los sucesos que vieron pasar.

El atardecer visto desde allí es muy romántico... cuando los últimos rayos de sol acarician en una tarde de verano los jirones de nubes tiñéndolos de cálidos colores... que se reflejan en las aguas del manso río que les devuelve la visión magnífica de una ciudad bella enclavada en la Toscana.

Miro el interior del local a través del cristal de la puerta de madera, pego mi rostro y, apoyando la mano como visera, intento dilucidar lo que hay dentro. Todo parece sacado de un cuento de hadas. Allí dentro, delante de mis ojos, se encuentra mi futuro.

Se me empañan los ojos, tomo aire por la nariz y lo expulso por la boca. El cartelito de «cerrado» cuelga en la puerta, no veo el momento de ponerlo del lado de «abierto».

Metó la llave en la cerradura y empujó la puerta que, después de abrirse a mi paso, se cierra sola acompañada del tintineo de la campanilla que hice poner. Es un sonido melodioso y agradable, espero oírlo mucho cuando por fin abra al público. Tengo muchas deudas que saldar.

Nada más entrar en el local, el aroma a pintura y a muebles nuevos

me recibe envolviéndome y arropándome. Es el olor de los sueños por realizar y del futuro.

Cierro los ojos y comienzo a andar entre las mesas tanteando con mis manos, deslizándome por los recovecos de mi memoria hasta que llego al mostrador. Me doy cuenta de que lo he alcanzado porque mis pies chocan con él y me tambaleo. Abro los ojos y me doy la vuelta mirando a mi alrededor, mientras una lágrima corre por mi mejilla.

El sol primaveral de la mañana, que se cuele por la ventana que hay al lado de la puerta de entrada, se cierne sobre la estancia creando un efecto mágico. Fue lo primero que me impactó cuando visité el recinto, la iluminación natural. Y ahora, tras la reforma, me lleno de emoción sintiéndome satisfecha por todo lo conseguido.

Algunos transeúntes curiosos miran hacia el local desde la acera y hablan entre ellos, seguramente se estarán preguntando qué negocio se va a abrir. Los más osados me saludan con la mano y una sonrisa en los labios.

Dejo el bolso y las llaves sobre el mostrador y, con la palma abierta, recorro el borde del mármol de Carrara que tengo delante. Lo encontré en una casa de muebles antiguos, junto con la mesa del obrador, me costaron realmente poco y son lo más valioso que tengo en la tienda. Inspiro hondo, la cabeza me da vueltas, el corazón me late fuerte en el pecho y percibo el tamborileo alocado de sus latidos en mis oídos. La alegría me invade.

Paso detrás del mostrador donde me encuentro con la nueva máquina de café expreso. El acero inoxidable reluce y la acaricio con la punta de los dedos, me encanta. Un escalofrío me recorre la espalda, no veo el momento de oler el café recién molido, de escuchar el silbido del vapor y del tintineo de las tazas al chocar entre ellas.

Mi mirada se dirige ahora a la caja registradora. Me acerco a ella y aprieto el botón. El cajón vacío se abre y se oye una campanilla. Lo cierro y

aprieto dos veces más repitiendo mis movimientos. Parezco una niña con un juguete nuevo. Una sonrisa se dibuja en mi rostro y todo mi cuerpo vibra. Después de muchos meses de duro trabajo por fin todo está listo para comenzar... ¡Voy a tener un negocio propio!, algo raro en los tiempos que corren, y además en una de las ciudades más bonitas del mundo: Firenze. Me siento muy afortunada.

Bueno, ya está bien de perder el tiempo. Me dirijo a la parte de atrás, al obrador, allí donde pienso hacer magia con mis pasteles poniendo en práctica todas las recetas que he ido inventando y cocinando algunas ya conocidas, pero siempre con mi toque personal. Quiero que mis dulces sean únicos.

Desde que era pequeña me ha apasionado el mundo de la repostería, y ahora que voy a abrir mi pastelería quiero ofrecer buenos productos. Me gusta lo auténtico, lo nuestro, así que por supuesto no van a faltar las recetas clásicas italianas, tenemos mucha variedad de cosas ricas en nuestro país: sabores simples y algunos complejos, masas arenosas y otras suaves y esponjosas.

Pero también voy a innovar, quiero dar a conocer dulces diferentes de otros países. Unos que me divierte mucho hacer son los *cupcakes* rellenos de mermelada de cerezas, recubiertos de glaseado rosa chicle y decorados con confetis de colores. Son una monada y están riquísimos. Planeo prepararlos de diferentes formas: cubiertos con chocolate, con *fondant*, decorados con cremas de todos los colores y de distintos sabores. La gente se volverá loca cuando los vea.

Pero sin lugar a duda, mi especialidad es «*La nocciolona*», una tarta helada con relleno de helado de *Nocciola*, un helado delicioso que probé un día dando vueltas por el centro de Firenze. Su sabor, su textura y sobre todo su aroma me conquistaron, y enseguida me lo imaginé como relleno de una

tarta. En cuanto llegué a casa llevé a la práctica lo que veía en mi mente, y tengo que decir que el resultado fue tan bueno que será la reina de mi pastelería, nunca faltará.

Después de llevar toda la mañana rodeada de bandejas, horno, merengue, crema pastelera y confetis de colores comienzo a ver resultados. Tras pasarme la mano por la frente, seguro que dejando en ella un reguero de harina, exhalo un suspiro mientras contemplo todo lo que he hecho: la mesa está llena de dulces. Hoy tengo como pastel especial la «tarta de la *nonna*», pero aún me queda mucho por preparar. Así que despejo la mesa y continúo mi labor.

El tiempo se me ha pasado volando, pero es lo que me sucede siempre. Me gusta tanto lo que hago, pongo tanto amor y dedicación, que si no fuera por el dolor de pies podría estar el día entero horneando y decorando.

El obrador no es muy grande, pero tiene todo lo que necesito. La mesa de mármol que compré junto con el mostrador es ideal para trabajar el chocolate y hacer hojaldre. Junto a ella, una nevera con puertas de cristal, y al otro lado un horno industrial. Completan el conjunto las batidoras y las amasadoras, que ocupan una esquina de la habitación.

Esta tarde es la inauguración y quiero que todo esté perfecto. Mis padres han venido desde Roma con mi hermana mayor Catalina, su marido, Manuel, dueño de una pequeña empresa de marketing, y mi sobrina de cinco años Sonia.

Mi cuñado se ofreció para hacerme los folletos publicitarios y es quien tuvo la idea de no poner ningún tipo de cartel ni publicidad hasta el día de la apertura para crear expectación en la gente del barrio.

Mi pastelería se encuentra en la zona antigua de Firenze, pasando el

Ponte Vecchio, al otro lado del Arno, donde la vida es más tranquila, ya que es una zona menos turística.

Tengo pensado que sea algo íntimo, un punto de encuentro para estudiantes y para la gente del lugar.

Es un sitio tranquilo, pero con mucho movimiento. Sobre todo por la mañana, ya que cerca se encuentran algunos edificios de la universidad y hay un constante ir y venir de chicos y chicas cargados con sus carpetas de diseño.

Mi hermana Federica, la menor de las tres hermanas Francini, es la razón por la que elegí Firenze para instalarme e iniciar una nueva vida. Estudia Historia del Arte y comparte piso con unas compañeras. No quiso saber nada de mudarse a vivir conmigo, así que tuve que alquilar un piso para mí sola. Estoy bastante cerca de la pastelería y he pensado que cuando todo esté en marcha conseguiré una bicicleta para venir a trabajar, así tardaré menos en llegar.

Llevo meses sin dormir, he adelgazado tanto que la ropa me queda grande. No voy a mentir, la verdad es que tengo miedo, he invertido todos mis ahorros en este sueño y como no eran suficientes he tenido que pedir un préstamo. Por eso es tan importante para mí que esto salga bien.

He pedido a mi familia que se reúna conmigo directamente en la pastelería a la hora de la apertura. No quiero a nadie estorbándome, estoy muy nerviosa y mis padres y hermanas lo único que harían sería alterarme más. Así que están esperando en el hotel a que llegue el momento.

De vuelta a casa me doy una ducha rápida y me pongo mi vestido azul de gasa hasta la rodilla con escote en V y volantes sobre los hombros. Me ayudó a elegirlo Federica exclusivamente para la ocasión. Aunque yo no soy mucho de vestidos, mi hermana dice que me queda bien con mi cabello rubio y mis ojos verde claro.

Me recojo el pelo en un moño, me maquillo lo justo para que no se me vean las ojeras y me doy brillo de labios. Sonrío nerviosa al espejo, contemplo mi reflejo y, echando los hombros hacia atrás, digo en voz alta (cualquiera que me escuche pensará que estoy loca) tratando de tranquilizarme:

—Ya has llegado hasta aquí. Tú puedes, tú puedes... ¡Vamos! ¡A por todas! —Asiento, segura de mí misma, pero temblando como la gelatina.

Doy media vuelta, cojo el bolso y, cuando llego a la puerta, me percató de que estoy descalza. Con las prisas y los nervios me he olvidado de ponerme esas manolequinas rojas tan monas que hacen juego con mi bolso.

Federica, que es toda una entendida en temas de moda, casi me mata porque me negué a ponerme tacones. A pesar de que me encantan no me dejé convencer, espero que hoy venga mucha gente y me dolerían los pies de estar trabajando con tacones.

Estoy andando por la calle, ya queda poco para llegar, así que voy buscando las llaves del local y, cuando doblo la esquina, mi sorpresa es tal que el bolso se me resbala cayéndose al suelo. Me agacho a recogerlo y tengo que luchar por no derramar las lágrimas que inundan mis ojos, no quiero llegar con el rímel corrido como si fuera un oso panda. Pero contener la emoción es difícil en estos momentos.

En la estrecha calle en la que se encuentra el local se ha congregado un número considerable de personas que esperan ansiosas delante de la puerta de mi pastelería. Qué bien suena, «mi pastelería».

Estoy paralizada por la emoción. Mi sobrina Sonia, que tiene cinco años, es la primera que me ve y suelta un grito. Parece una princesita con su vestido rosa pastel y su lazo celeste que tan bien combina con sus cabellos dorados, ¡es una muñeca! El resto, que están muy entretenidos charlando, se giran al escucharla.

—¡Tiiitaaa! —Sale corriendo disparada hacia mí y casi me tira al suelo cuando me alcanza. Me rodea con sus bracitos y me falta el aire por la emoción. Me agacho para abrazarla y beso sus mejillas sonrosadas aspirando su aroma. Siempre huele tan bien... a pasteles y a chuches. Me la comería.

Algo que todos los que me conocen saben es que a mí no me gustan los niños porque no sé cómo tratarlos, para mí son pequeños seres extraños, como extraterrestres. Los mire por donde los mire no sé cómo entablar una conversación con ellos. Por no hablar de los berrinches, las pataletas y esas vocecitas chillonas que me ponen de los nervios. Pero Sonia es especial, distinta. No sé si porque es mi sobrina, pero parece una persona mayor en el cuerpo de una niña. Es tan madura y cariñosa... siempre tiene una sonrisa en la cara, y nunca para de hablar.

Mi hermana Catalina dice que aún no se me ha despertado el instinto maternal, pero que cuando lo haga todo irá bien, que la maternidad es algo natural.

No me preocupa. Estoy sola, no tengo pareja, y un hijo es lo último que necesito en estos momentos en los que mi vida es un caos.

Fede y sus amigas se han puesto a repartir los folletos publicitarios por todo el barrio, y además han venido muchos de sus compañeros, que espero sean futuros clientes.

Mi madre, a quien llamamos *emoticona* porque refleja cada emoción con una expresión única, tiene un pañuelo en la mano y llora a moco tendido mientras mi padre intenta consolarla. Es un hombre tranquilo y muy cariñoso, creo que están hechos el uno para el otro, no puedo imaginarlos separados. Me gustaría encontrar un amor como el suyo, que los mantiene unidos en las buenas y en las malas.

Mi cuñado Manuel me levanta los dos pulgares y sonrío, mientras mi hermana le da un codazo pidiéndole compostura al mismo tiempo que llama a

Sonia. Él obedece como un niño. No me extraña, Catalina es más amarga que un limón y estricta como un militar. Es una mujer rígida que no puede vivir sin tener a su marido y a su hija bajo control, como todo en su vida. Ella decidió cuándo, cómo y dónde se quedaría embarazada, y que solo tendrían un hijo. Ha tenido suerte, porque Manuel la quiere mucho y es muy dócil.

Sonia me coge de la mano y me arrastra con ella, mientras intento saludar a todos los conocidos y reparto sonrisas y «gracias por venir» al resto. Después de que mi madre y mi familia me abracen y me besen me encamino hacia la pastelería para abrirla. Pero Fede se me adelanta con una pizarra que han preparado para el momento y que yo no he podido ver hasta ahora, ata una cinta roja con un enorme lazo a la puerta y me pasa un par de tijeras.

Cuando veo lo que pone en la pizarra me da un vuelco el corazón, se me empañan los ojos y me invaden unas tremendas ganas de llorar. Pero intento contenerme.

Inaugurazione de «La dolce vita», pasteles artesanales de Lucy Francini.

Con toda mi familia apoyándome y arropándome, levanto las tijeras en el aire. La tibieza de la tarde de primavera y la embriaguez por la emoción del momento hacen que sea un día inolvidable. Corto la cinta y comienza otro capítulo en mi vida...

Capítulo 2



La Toscana en primavera...

De los balcones de los edificios cuelgan flores, en los campos la hierba verde y los abetos coronan un paisaje de ensueño. El cielo azul y el aire perfumado hacen de ella un lugar paradisíaco.

...viernes por la mañana.

Dos años han pasado ya desde aquel primer día en el que, apostando todo lo que tenía, puse en marcha mis sueños haciéndolos materiales, palpables. Tanto, que vivo mi propio cuento de hadas.

Por fin he encontrado la estabilidad que tanto ansiaba. Me siento completa y sobre todo feliz por haber tenido el coraje de arriesgarme y abrir mi propio negocio.

Me giro en la cama con los ojos aún cerrados y tanteo la mesita de noche hasta que las puntas de mis largos dedos chocan con el despertador. Lo cojo y abriendo un ojo intento ver la hora: son las seis de la mañana. Me estiro como un gato hasta que mis pies tocan su cuerpo y se queja. Se da la vuelta y gruñe, es tan suave y calentito... No me imagino cómo sería dormir sin él. Bueno, en realidad no me imagino cómo sería mi vida sin él.

No, no estoy hablando de un hombre, estoy hablando de mi amigo incondicional, de mi siempre fiel compañero: mi perro. Sí, ¿qué pasa?

Algunas tenemos debilidad por los animales y preferimos su compañía.

—Perdón, Ettore. ¿Te he despertado? —Levanto la cabeza y, sonriendo, lo miro.

Él también se despereza y moviendo la cola se acerca, comienza el ritual. Primero se estira, para luego acercarse a mi cara a darme los buenos días como solo él lo sabe hacer: empujándome con su naricita y buscando una caricia.

Ettore es mi perro salchicha, lo cogí de un refugio en el que ayuda mi hermana Fede en sus días libres. Era un cachorro muy pequeño y delgado, un montoncito de pelos que tenía las orejas más grandes que he visto en mi vida y unos ojos negros como la noche, tan tiernos, que me conquistaron nada más verlo. Fue amor a primera vista.

Lo llevé al veterinario, estaba desnutrido y el pobre tenía miedo de todo. Una vez en casa y poco a poco, como solo un *Teckel* sabe hacer, se convirtió en el rey y señor de mi hogar y también de mi corazón.

Es mi compañero en la vida y se pone celoso de cualquier hombre que se me acerque, gruñéndole como si fuese un mastín. Se cree un dóberman, pero su enorme corazón no le cabe en el pecho. Es muy bueno, jamás he tenido problemas con él, no sabe lo que es la maldad y es muy dócil con todo el mundo. Me acompaña allá donde voy, incluso al trabajo.

Se acerca a mi rostro y apoya su cabeza con delicadeza. Le acaricio, le doy un beso entre las orejas y, sin entretenerme más, me levanto.

Me dirijo a tientas hasta la ventana y, con las pocas fuerzas que puedo encontrar en mí a estas horas, intento izar la pesada y ruidosa persiana. Cuando lo consigo me deslumbra la luz del sol, que ya ha comenzado a salir.

Estamos en primavera y todo se ve alegre y colorido. Miro los balcones de los vecinos y descubro lo florido que está el barrio. Por el contrario, las plantas de mi terraza aún no tienen flores, pero espero poder

competir este año con Amalia, la vecina de al lado. Tiene unos malvones de color rubí que alegran su terraza y son la envidia del vecindario. Aunque no sé si lo conseguiré, no tengo mucho tiempo libre que dedicarles.

El límpido cielo celeste deja entrever que será un bonito día. Camino descalza sobre las frías baldosas y respiro hondo, la ciudad está tranquila, todavía duerme. La Toscana es un lugar precioso, mágico, lleno de rincones encantados y, sobre todo, cargado de arte y de historia. Me siento afortunada de poder vivir en un lugar tan bonito.

Ya en el baño me doy una ducha rápida, me pongo un tejano celeste, una camiseta de tirantes blanca y una camisa también tejana porque seguramente la mañana estará fresca. Acompaño el conjunto con un par de zapatillas bajas, me recojo el cabello en un moño alto y me maquillo un poco. Nunca salgo de casa sin ponerme un poco de corrector, no quiero asustar a nadie con las hermosas ojeras que me ha regalado mi madre.

Lo que no intento disimular con maquillaje es el lunar al lado del labio herencia de mi padre. Siempre me ha parecido sexy, de pequeña me pasaba horas mirándolo y poniendo caras delante del espejo.

No desayuno, como todos los días lo haré en mi pastelería con un buen cappuccino, que me da la energía necesaria para empezar a trabajar en mis dulces.

Al entrar en la habitación a por el bolso veo a Ettore intentando esconderse bajo el edredón para seguir durmiendo.

—Vamos pillín. Tenemos que trabajar —le digo con ternura mientras le saco de entre las sábanas para ponerle su arnés y su correa.

En el salón, al lado de la puerta, nos espera nuestro medio de transporte: mi bicicleta roja. Aunque tengo que bajar cargada con ella los cuatro pisos que me separan de la calle y volver a subirla cuando regreso a casa, la adoro.

Fede sabía que quería hacerme con una y no sé de dónde la sacó, pero un día me la regaló. La mandó pintar de rojo «Ferrari», como dice ella, para darle más personalidad, y le hizo poner un cesto de mimbre. Es el sitio donde Ettore se acurruca y, sacando solo la cabeza, mira el mundo mientras corremos por las calles camino del trabajo.

Yo digo que es mi bólido, aunque estoy pensando en comprarme un coche ahora que las cosas en el negocio van bien.

Al salir el aire que nos recibe es fresco. Adoro salir con mi bicicleta a estas horas en las que las calles de Firenze están tranquilas y silenciosas, sin el barullo que las llena apenas un par de horas más tarde. Me siento afortunada.

La brisa de la mañana hace volar y planear las orejas de Ettore que observa curioso el paisaje mientras yo pedaleo evitando los baches del camino. Pocas son las calles que nos separan de la pastelería y no tardamos demasiado en llegar.

«La Dolce Vita» es vanguardista, en ella se admiten perros, y también a los dueños si están bien educados (esto lo leí en alguna página de internet y me hizo mucha gracia). Desde que tengo a Ettore me he dado cuenta de que en ningún sitio son bien recibidos nuestros peludos amigos, y he querido marcar la diferencia.

Mi idea atrajo a muchos clientes, hasta el punto de que mi pastelería siempre está llena de estudiantes y turistas, con sus mascotas y sin ellas. Me he labrado una fama en el barrio y no me faltan clientes.

Antes de que la bicicleta se detenga del todo me bajo y la empujo hasta llegar a la puerta del local. La apoyo al lado, en la fachada, y ayudo a Ettore a bajarse. Al ir a abrir, mi fiel amigo rasca con la patita como si él solo pudiera con el peso de la puerta. La empujo, entro acompañada del sonido de la campanilla y echo la llave. No doy la vuelta al cartel de «cerrado», ya lo

haré cuando abra al público a las ocho de la mañana.

Ettore echa a correr haciendo sonar la chapa con forma de hueso que cuelga de su cuello y se dirige directo a su cama olisqueando por el camino. Está muy cerca del mostrador, un sitio privilegiado desde el que puede controlarlo todo. Pero ahora lo único que quiere es seguir durmiendo y se acurruca abriendo la boca en un bostezo.

Mientras tanto, yo me acerco a la máquina del café para encenderla y que se vaya calentando. Tengo hambre y comienzan a sonarme las tripas reclamando el desayuno, igual que lo hace el teléfono en mi bolsillo. Lo cojo pensando que seguramente es Noelia, solo ella se levanta a estas horas a diario.

Mi amiga es heladera artesanal, yo digo que la mejor, y el certificado de la Feria del Helado del año pasado que tiene colgado en la pared del salón me da la razón. Aunque ella le quita importancia diciendo que es solo un papel, todas sabemos que es algo muy pero que muy importante. Con una sonrisa tonta en los labios leo su mensaje:

Tengo tu crema de Nocciola. Si me invitas a un café te la llevo antes de que abras y desayunamos juntas.

Y no tardo en contestar:

Ok, aquí te espero.

Ettore se acerca moviendo la cola, él también tiene hambre, así que le doy una galleta para perros. Me hago un café cortito para aguantar hasta que llegue Noe y me encamino al obrador. Hoy tengo mucho trabajo y mi hermana todavía no ha llegado. Como siempre, pasa de todo y va a su bola, aunque no sé qué haría sin ella. Desde que abrí el trabajo se ha duplicado, necesitaba alguien que me ayudara a servir las mesas y atender la pastelería mientras yo trabajaba en el obrador, y a Fede le viene bien un dinerillo extra.

Me han encargado muchas tartas de cumpleaños, la gente con el buen

tiempo tiene más ganas de celebrar y cualquier ocasión es buena para reunirse.

El teléfono vuelve a sonar, me sacudo las manos en el delantal y una nube de harina se eleva a mi alrededor. Me paso la mano por la frente, acabo de darme cuenta de que no he parado ni un segundo. Cojo el teléfono y veo que de nuevo tengo un wasap de Noe.

Estoy fuera, ¿no piensas abrirme? Me he hecho vieja llamando a la puerta...

Miro extrañada el reloj que tengo delante y al que no he prestado atención desde que entré al obrador. Son casi las ocho, se me ha pasado volando este rato, pero tengo los pedidos terminados y las bandejas de los *cupcakes* están listas. Menos mal que dejé parte del trabajo hecho el día anterior o no habría acabado a tiempo.

Salgo corriendo hacia la puerta y por el camino veo que Ettore duerme plácidamente en su mullida cama, que está medio mordisqueada y deshilachada. Es un perro que llama la atención porque su pelaje es negro brillante, con manchas marrones en el hocico y en las patas.

—Menudo guardián tengo —le suelto cuando paso por su lado. Su respuesta es lanzar un fuerte suspiro y girarse para esconder la cabeza bajo la manta.

En la puerta Noe me hace señas con la mano que tiene libre, mientras pone muecas sacando la lengua y doblando las rodillas como si los cubos de crema pesaran mucho. Qué exagerada y teatrera es cuando quiere.

A Noelia la conocí después de hacer mi experimento con el helado de crema de *nocciola* que compré y que quedaba perfecto con mis tartas, solo que necesitaba que fuera un poco más crema y menos helado. Entonces busqué en varias heladerías, pero los sabores y las consistencias no me gustaban: tenía que ser el de la heladería del centro. Así que pedí hablar con

el maestro heladero y cuál fue mi sorpresa al encontrarme con una muchacha tan joven como yo. Cuando salió a recibirme hablamos, le conté cuáles eran mis planes y le comenté que quería la crema que preparaba solo que la consistencia debía cambiar.

La invité a probar mi tarta al día siguiente en mi pastelería y desde entonces nos hicimos inseparables. De eso hace ya dos años. Es muy simpática y buena compañera, al ser del lugar conocía las mejores calidades y los mejores precios, y me ayudó mucho con los proveedores al principio.

Abro la puerta y entra disparada como un vendaval, llevándose todo por delante.

—¡Hola Lucy! ¡Vamos! ¡Que se derrite todo! —exclama preocupada, dando golpecitos con el pie en el suelo y poniendo los ojos en blanco. A pesar de que he salido corriendo al recibir el mensaje, ella se queja como si hubiera tardado siglos. Es una agonías, va siempre acelerada, corriendo a todos lados. Cuando le digo que así no va a llegar a vieja me contesta que para eso falta mucho y que no tiene que preocuparse ahora.

—Lo siento. Se me fue el santo al cielo y no escuché que llamabas a la puerta —intento disculparme.

Mira a un lado y otro, no entiendo qué es lo que está buscando. Con el revuelo que arma Ettore se levanta y corre hacia ella saltando para que lo salude. Noe deja los botes de crema sobre una mesa, se agacha, lo coge entre sus brazos y lo llena de besos.

—¡Ettore! Hola, mi querido Ettore. Pero qué guapo estás hoy... ven aquí que te doy un achuchón. —Mi perro, que se siente querido, mueve la cola y la llena de lametazos.

—¿Aún no ha llegado Sole? —dice resignada. Entonces era eso lo que buscaba con la mirada al entrar.

—No la he visto y no ha pasado por aquí. O eso creo. Lo mismo ha

visto la tienda cerrada y no se ha parado.

—Seguro que se ha quedado dormida de nuevo... —Chasquea la lengua y mueve la cabeza de un lado a otro.

Soledad es la tercera mosquetera y trabaja en una tienda de ropa en el centro. Nos conocimos porque mi pastelería está de camino a su trabajo y todas las mañanas toma el desayuno aquí. Es todo lo contrario de la alocada Noe. Con su cabello negro y su piel blanca como la nieve parece una princesa gótica, y le encanta ponerse ropa ajustada que realza su cuerpo lleno de curvas.

—Puede ser. Últimamente llega corriendo, toma el café sin sentarse o me hace ponérselo para llevar. Al parecer una de sus compañeras está de baja y tiene que sacar adelante el trabajo de las dos.

—Le he mandado un mensaje para que se pasara más temprano, si viene cuando ya has abierto no podemos hablar. ¿Y Fede?

—Esa es otra... no ha aparecido todavía.

—Pues tenemos que arreglar lo de esta noche. Yo de aquí no me voy hasta dejar todos los cabos bien atados, que no quiero que nadie se eche atrás —lo dice con retintín lanzándome una mirada acusadora. Levanto la mano y sonrío dándome por aludida.

A mí me gustan los planes tranquilos y ellas siempre me arrastran en sus locuras.

Noelia quiere que vayamos a la inauguración de una nueva discoteca en la zona sur de la ciudad, nos está insistiendo desde hace más de quince días. Pero yo no tengo ganas, desde que he abierto la pastelería los días que no trabajo me apetece más dormir y descansar que andar de juerga por ahí.

Mientras hablamos y me cuenta acerca de su trabajo Sole entra en la tienda sin aliento y perdiendo, literalmente como Cenicienta, un zapato. Agitada, con las mejillas sonrosadas y una carpeta llena de papeles con la que hace malabarismos.

—Ay chicas. Perdón, me he dormido. —Ettore se levanta y se acerca a ella para saludarla—. Hola pequeñín... no me olvido de ti —le dice con dulzura mientras él espera su ración de caricias en la cabeza.

—Si ya me imaginaba yo... Sabía que se te habían pegado las sábanas —comenta Noelia con sarcasmo.

Sole se acerca, nos da dos besos a cada una y se sienta en un taburete junto a Noe, en el mostrador. Yo sonrío al otro lado mientras las contemplo, tan distintas, pero tan amigas que no puedo imaginarme a la una sin la otra.

—¿Qué queréis desayunar? —pregunto.

—Cappuccino querida, que como lo haces tú no lo hace nadie. ¿O te has pensado que he atravesado media ciudad para venir a tomarme un café corto? —responde seria Noelia mientras pasa las páginas de la revista que descansa sobre la barra sin prestarle atención.

—Pues a este invita la casa, ya que has venido desde tan lejos para beberlo.

Las chicas se ríen y Sole saca su estuche de maquillaje del bolso y un espejito para maquillarse mientras desayunamos.

Noe la mira y eleva los ojos al cielo. Ella es más de agua y jabón, pero claro, no necesita disimular nada. Tiene una piel maravillosa, morena, y unos ojazos enmarcados por negras pestañas que brillan como dos luceros.

Mientras preparo los cappuccinos saco tres *cupcakes* y los coloco en un plato. Cuando tengo todo nos dirigimos a una mesa, donde nos sentamos y nos ponemos al día.

—Bueno, me imagino que al final la has convencido para que se venga —dice Sole dirigiéndose a Noe como si yo no estuviera delante.

—¿Qué? ¿Pero tú también estás de acuerdo? —Que Sole esté insistiendo en que salgamos es una novedad, por lo general la de las ideas alocadas es Noe, aunque ella siempre la apoya. Tenía que haberlo visto venir.

—En realidad ha sido idea suya —señala Noe con ambas manos extendidas apuntando con los dedos índice a Sole.

¿Cómo? ¿Dónde está Sole y qué han hecho con ella? Esto no es habitual en mi amiga, la observo fijamente y con los ojos entrecerrados. Parece la de siempre, tal vez la hayan abducido los extraterrestres...

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¿Se me ha corrido el maquillaje? —pregunta contemplando de nuevo su reflejo en el espejo al advertir mi reacción.

—No, no es eso. —Doy un sorbo a mi cappuccino—. Y... ¿se puede saber a qué se debe que seas tú quien organiza todo? Porque por lo general quien lo hace es esta otra loca.

—Esta es la mejor parte, Lucy. No te la pierdas —dice Noe acomodándose en la silla mientras me saca la lengua y apoya la cara en sus manos, como una niña que escucha atenta.

—Bueno, hablando con un cliente que, además está muy bueno, tiene un culo estupendo y unos bíceps que quitan el hipo; todo en él es tan... —Sole suspira poniendo los ojos en blanco y abanicándose con las manos.

—¡Ey! ¡Que te pierdes! El cliente es guapo... ¿y? —inquiero tratando de no perder el hilo. No quiero darle alas a mi imaginación o a ver quién me quita el calentón a mí.

—¡Ah, sí! Vino el otro día y me comentó que necesitaba ropa para una salida especial. Siempre que tiene algún evento viene a la tienda. Como ya nos conocemos le pregunté a dónde iba, y me contó que a la inauguración de *BluLine*. Le dije que nosotras también queríamos ir, pero que no teníamos invitación. Y ¡sorpresa!, resulta que el local es de un amigo suyo y quedó en conseguirme tres pases vip. No lo tomé muy en serio, por eso no os había dicho nada, pero ayer me llegaron a la tienda.

Saca del bolso los tres pases y nos quedamos con la boca abierta.

Intentamos tocarlos, pero Sole los aparta como si fueran un tesoro y se los acerca al pecho riendo con malicia.

—¡Toma! Mira la mosquita muerta, resulta que se va a ligar a un tío influyente y todo —exclama Noe entre risas, mofándose de Sole—. Bueno, ya era hora de que el universo nos diera un poco de glamur.

Sole es la voz de la conciencia, nuestra «Pepita Grilla». A pesar de parecer una chica que se come el mundo, le cuesta salir del caparazón. Es enamoradiza, vive pensando en encontrar al príncipe azul y cuando se le mete alguien en la cabeza pierde el norte. En dos años la he visto enamorada un par de veces y el resto del tiempo suspirando por algún hombre; es un caso de psicólogo.

—Mira que eres envidiosa, ¿eh? —Le da un codazo a Noe—. Según los recibí la llamé para que me ayudara a persuadirte para ir, porque sabía que, si te lo decía sin prepararlo todo y sin el apoyo de Noe, inventarías cualquier excusa. Y como sé que ella se muere por ir, el plan no podía salir mal... haría cualquier cosa por convencerte. Anda, por favor, yo tengo ganas de ir y de ver al bombón. Me gusta mucho...

Después de todo el trabajo que se han tomado para que les diera una respuesta positiva no me queda otra. Las veo tan ilusionadas a las dos... Noe ya está pensando qué se va a poner. No voy a darles una negativa, creo que ya me va tocando un poco de diversión. Me vendrá bien salir y hacer algo diferente.

—¡Qué remedio! Tendré que hacer un *sacrificio* —digo enfatizando esta última palabra— y usar los pases vip. Todo sea por la causa —añado con ironía mientras ladeo la cabeza, levanto las manos al cielo y pongo los ojos en blanco.

—¡Jajaja! ¡Qué zorra eres! —agrega Noe carcajeándose.

—¡Eyyy! —me quejo lanzándole una servilleta hecha una bolita que

le da de lleno en su pequeña y redonda nariz.

—Bueno, a las diez en mi casa. Cenamos y luego nos vamos, que... —dice Sole, pero no termina la frase, pues Noe la interrumpe levantando la mano en el aire con la palma abierta para detenerla.

—Agárrate fuerte Lucy, que esto es la guinda del pastel —dice Noe y me da un codazo que hace que casi me tire encima mi café.

—¿Qué? ¿Qué? —Intento tragar el líquido sin ahogarme.

—Patrizio, que así se llama mi cliente, nos va a enviar... —Hace una pausa para crear expectación—. ¡Una limusina! —exclama Sole abriendo los ojos como platos y embargada por la emoción.

Teniendo en cuenta que la tienda en la que trabaja Sole es de una marca italiana de ropa de hombre y mujer muy conocida y carísima, es de suponer que la gente que la frecuenta tiene mucho dinero. De ahí que el tal Patrizio nos mande una limusina, debe de estar forrado.

—Oh. —Es lo único que acierto a decir y me cubro la boca con una servilleta porque Noe no para de hacer muecas y de abanicarse con las manos.

—¿Nada más que «oh»? —pregunta Sole con cara de horror, arqueando las cejas y levantando las manos con las palmas hacia arriba.

—Ay, perdona. Tienes razón. —Me levanto de la mesa y abrazo a Noe, que me sigue el juego dando saltitos y gritando. Al fin y al cabo, no todos los días tienes la oportunidad de llegar a una de las fiestas más esperadas y exclusivas, y en limusina. Esto es increíble.

—Tal vez gracias a vuestra «Pepita Grilla» alguna de vosotras encuentre su príncipe azul. Y falta os hace, que debéis de tener telarañas ahí abajo.

—¡Yo me conformo con Pinocho! —responde Noe con cara de pilla y echándose a reír. No puedo evitarlo y me uno a ella, tiene cada salida...

—Pero habrá que ir con cuidado. No sea que, con la suerte que tenemos, en lugar de un príncipe nos encontremos una rana —agrego.

Armamos tanto revuelo que Ettore levanta la cabeza de su cama y nos mira con los ojos entrecerrados. Si hablara seguro que nos llamaría locas.

Sole, roja de aguantar la risa, clava sus ojazos negros en Noe hasta que no puede más y se une a nosotras.

Cuando nos juntamos las risas están aseguradas. En las chicas no solo encontré compañía, sino también buenas personas y, sobre todo, buenas amigas en las que puedo confiar ciegamente.

Capítulo 3



Glamur, moda y belleza se conjugan en un país en el que tales palabras son más que eso, son un símbolo que lo definen y lo caracterizan. Como no podía ser de otra manera en la ciudad del arte, en Firenze se respira y se vive al mejor estilo italiano y lo vemos reflejado en todos los rincones.

Llevo mucho tiempo sin salir a divertirme. Creo que la última vez que lo hice fue en las navidades de mi primer año en Firenze; fui a bailar un par de veces con mi hermana, y en alguna otra ocasión con mis amigas, pero ellas son más de bares. Después de aquello dejé la vida nocturna para dedicarme por completo al trabajo.

Mi hermana Fede no deja de insistirme para que salga con las chicas de copas y a bailar, así que aquí estoy, en la discoteca de moda a la que acude la gente importante. Si soy sincera, me ha costado animarme a hacerlo, he estado tan ocupada trabajando para sacar mi negocio adelante que me he olvidado de divertirme. Pero ahora que las cosas van más que bien en la pastelería, puedo hacerlo sin remordimientos. Tal vez me vuelva una asidua después de esta noche... ni yo me lo creo, pero no se me ha olvidado bailar.

—¡Mira! ¡Qué bien! —exclama Noe aplaudiendo y agarrándome fuerte del brazo—. Estamos en la zona vip, me siento alguien famoso —dice

dándose aires mientras eleva el mentón y mira sobre el hombro parpadeando exageradamente repetidas veces. Le devuelvo la sonrisa y le guiño un ojo.

Para mi amiga Sole estar rodeada de gente pija es más habitual que para nosotras y se mueve como pez en el agua en este ambiente. Desde que hemos llegado no para de saludar a unos y a otros, seguramente los conoce por ser clientes de la tienda en la que trabaja.

Hacia nosotras se dirigen dos adonis que nos dejan sin aliento, Noe y yo nos codeamos.

Los chicos pasan delante de la rubia que nos ha acompañado hasta la zona vip que les mira derritiéndose a su paso, pero ellos no le dan la menor importancia. Caminan con la seguridad de modelos de pasarela, con una mano en el bolsillo del pantalón y paso firme.

Uno es alto, de espaldas anchas como un jugador de rugby y el otro tiene el cabello negro muy corto y bien peinado hacia atrás, y unos ojazos verdes que se ven a kilómetros de distancia. Sole se queda atontada por un momento, y reacciona rápidamente adquiriendo su pose seductora: se apoya en un pie llevando una mano a la cadera, y saca pecho, aún más si cabe, porque de eso tiene en abundancia. Deduzco que es Patrizio porque abre los brazos y rodea a Sole con ellos, para total desconcierto de mi pobre amiga. Se ha quedado tan pasmada que no atina a nada, al diablo la pose seductora. Su acompañante no se queda atrás: es un morenazo de ojos oscuros, altura considerable y espalda ancha, según soy capaz de vislumbrar bajo el traje gris que lleva puesto.

Tiene una mirada tan magnética que no puedo apartar mis ojos de él, y cuando me doy cuenta al cabo de unos segundos trago saliva parpadeando repetidas veces, mientras él me dedica una sonrisa tan deslumbrante que podría derretir Groenlandia.

El bombonazo de ojos verdes le da dos besos a Sole y se aparta,

mirándonos a Noe y a mí con una amplia sonrisa de dientes blancos como perlas. Sole al fin nos presenta, se trata del mismísimo Patrizio Conti como imaginaba.

—Encantada, y muchas gracias por invitarnos —le digo cuando me toca el turno de saludarlo.

—Un placer gozar de la compañía de las hermosas amigas de Sole — responde con una sonrisa de portada de revista mientras me da dos besos—. Os presento a mi amigo Gustavo Grassi —añade señalando al guaperas—, un amigo de la universidad.

—Encantado —saluda y, cuando me dispongo a darle dos besos, me coge de la mano y me planta un beso en los nudillos. Me quedo pasmada, es un poco anticuado ¿no? Aunque a mis amigas les parece divertido y no paran de sonreírle.

—Mandy —llama a la rubia con cara de *Barbie* que sigue mirándolo embobada de pie junto a nosotros.

—¿Sí? —pregunta ella derritiéndose.

—Barra libre para las chicas.

—Ok —responde asintiendo y, sonriente, se gira para hablar por el comunicador que lleva en la oreja.

—¡Oooh, gracias! —exclama Noe, frotándose las manos y lanzándome una mirada cómplice.

—Puede parecer que os lo estoy vendiendo, pero Gustavo es muy buen partido, es un reconocido chef. Su restaurante en Torino ha sido galardonado con una estrella Michelin —explica Patrizio, guiñando un ojo a su amigo.

—¿De verdad? Estamos entre entendidos de la comida —agrega Noe —, Lucy es pastelera. ¡La mejor de Firenze!

Al escuchar los halagos que me profesa mi amiga no puedo hacer otra

cosa más que ponerme roja como un tomate, y de un tirón me bebo el daiquiri que, mientras hablamos, nos han servido. Él es un chef condecorado... y yo una pastelera sin más.

—Eres una exagerada. —Intento minimizar los daños. No me gusta presumir, hago mi trabajo con pasión y sobre todo con mucho amor, pero de ahí a ser la mejor pastelera de Firenze...

—De eso nada, prepara unas tartas riquísimas con el helado que yo misma hago y le proveo —dice Noe, vanagloriándose de su aporte a mis creaciones.

—Me encantaría probarlas —responde Gustavo dirigiéndose a mí con voz seductora. Ahora sí, toda yo estoy ardiendo. ¿Quién se ha dejado abiertas las puertas del infierno?

Intercambiamos tarjetas y quedamos en llamarnos un día de estos.

Pasamos una noche más que divertida entre bailes, botellas de champán y cócteles, codeándonos con personas famosas y hombres que parecen salidos de una portada de revista.

Por una vez tenemos la perspectiva de la gente de dinero, en lo más alto y en la zona vip. Pero la verdad es que a mí me parece que abajo se divierten mucho más, aquí todo el mundo se mueve con gestos estudiados, poco naturales, más pendientes de quedar bien en la foto que de disfrutar.

Noe y yo nos hemos sorprendido positivamente con Patrizio. Es simpático e inteligente, muy atento y educado, y nada estirado.

Nos aprovechamos de la barra libre y de que la pista de baile está despejada para dejar espacio a Sole y Patrizio, que solo tienen ojos el uno para el otro; es obvio que el resto sobramos. Gustavo ha desaparecido. Menos mal, me incomoda. Más de una vez lo he pillado mirándome bailar y me intimida, parece que me desnudara con su oscura y abrasadora mirada. Aunque está muy bueno...

Las camareras comienzan a salir desfilando de detrás de la barra con bandejas llenas de cubiteras con champán y bengalas encendidas, y el dueño del local hace su aparición con un micrófono en la mano presentándose. Es entonces cuando veo la ocasión y me escabullo en dirección a los aseos, mientras Noe decide esperarme en la barra para pedir más de beber. No tengo muy claro dónde están y pregunto a un par de camareras que caminan apresuradas. Estoy un poco mareada y acalorada, necesito llegar cuanto antes.

Pensaba que al llegar encontraría una cola interminable, pero no es así. ¡Menos mal! Abro el grifo del agua fría y me paso las manos húmedas por la nuca con la intención de aliviar un poco mi malestar. Mientras me estoy secando con el papel la puerta se abre, y para mi enorme sorpresa es Gustavo quien entra con una sonrisa en los labios.

Me quedo inmóvil, apoyada en el duro granito del lavabo, sin saber qué hacer ni qué decir. Sin apartar su mirada de la mía se acerca a mí con paso seguro, con movimientos lentos e hipnóticos. Parece un depredador que va a la caza de su presa. Al llegar a mi altura, apoya sus manos en mis caderas con posesividad, y yo no hago nada para impedirlo. Nuestros cuerpos están rozándose, nuestros rostros cercanos... Y yo estoy totalmente acalorada, como un volcán en erupción. ¿Será por el alcohol que corre por mis venas, o por su proximidad? Me falta el aire, por lo que aspiro hondo y su perfume invade mis pulmones.

—Hola rubita. —Su susurro en mi oreja me hace estremecer y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Esto... hola... —Quiero preguntarle qué hace aquí, pero no soy capaz de coordinar mis labios con mis pensamientos.

—¿Estamos solos? —pregunta mientras se agacha para mirar bajo las puertas de los aseos—. Sí... —dice con tono seductor aproximándose a mí.

De pronto vuelve a acercar su rostro al mío, y no puedo evitar buscar

su boca con mis labios entreabiertos. Tal vez sea efecto del alcohol, o puede que sea porque hace mucho tiempo que no me toca un hombre, pero siento que todo me da vueltas. ¡Qué más da! Solo quiero disfrutar. Gustavo responde abriendo su boca y acariciando mis labios con su lengua suave, caliente y húmeda. Mordisquea mi labio inferior para finalmente introducir su lengua en mi boca. Ahora sí me dejo llevar del todo y mis manos rodean su cuello.

Cogiéndome por la cintura me alza y me deposita sobre el granito negro. Sus manos recorren mi espalda, acariciándola hasta mis nalgas, mientras yo le rodeo con mis brazos y envuelvo mis piernas en su cintura. No dejamos de besarnos, no podemos parar de tocarnos. La ropa comienza a ser un estorbo y, mientras él introduce las manos bajo mi falda, yo saco su camisa de los pantalones y comienzo a desabrocharle los botones.

—¿Y si alguien entra? —pregunto entre besos.

—Shhh... están todas desesperadas por cazar a Ivo, el dueño del local.

Sus manos ahora acarician mi vientre bajo mi camisa, subiendo hacia mi pecho, donde se introducen por debajo del sujetador. Su boca recorre mi cuello hacia abajo buscando el encuentro con mis pezones, y a mí se me escapa un jadeo de placer.

Abro su pantalón y meto mis manos, buscando a tientas hasta dar con su creciente erección. Gemimos al unísono. No me reconozco, estoy a punto de tener sexo en el aseo de mujeres con un hombre que acabo de conocer. Pero no quiero pensar en ello en este momento, lo necesito, lo deseo. Siento cómo mi corazón palpita apresuradamente en mis oídos. Gustavo gruñe y me besa con más intensidad. Nuestra piel arde.

De repente, la puerta del baño se abre de golpe y entra Noe que, al vernos, se queda con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡Noe!

—Perdón... —dice dando media vuelta y saliendo mientras sacude la cabeza.

Intento colocarme la ropa y arreglar un poco mi pelo revuelto. Gustavo protesta contra mi cuello, frustrado.

Siento que me sube por la boca del estómago una arcada, tengo ganas de vomitar.

—Será mejor que salgas de aquí, puede entrar alguien más —digo.

—¿Terminamos lo que hemos empezado en mi habitación de hotel?
—me pregunta acomodándose el pantalón.

—Tal vez en otro momento —contesto con mi mano tapándome la boca y ahogando una arcada. La cabeza me da vueltas y no quiero terminar vomitándole encima.

—Entiendo —dice derrotado, parece que no se ha dado cuenta de mi estado. Mejor—. En otra ocasión será...

Al salir Gustavo me lavo la cara de nuevo y respiro hondo esperando que mi estómago se calme, pero la puerta del baño vuelve a abrirse.

—Lo siento Lucy. Me dijiste que venías al baño, pero al pasar el tiempo y ver que no volvías me preocupé. Quería saber si estabas bien... —
Es Noe otra vez que intenta disculparse mortificada.

—Tranquila, me has salvado de hacer algo de lo que mañana me hubiera arrepentido —contesto mientras me coloco el pelo y la ropa frente al espejo—. ¿Podemos irnos? He bebido demasiado y no me encuentro bien. Creo que estoy algo borracha.

—Pues hace un momento no lo parecía —insinúa mi amiga con una sonrisa.

—Créeme que sí. Por eso vine al aseo. Pero Gustavo me siguió y... el alcohol hizo el resto.

Volvemos a la sala en busca de Sole y Patrizio, que insiste en que cojamos su limusina. Mientras habla por teléfono con el chofer miro alrededor buscando a Gustavo con la mirada, pero no le veo por ninguna parte. A pesar de mi insistencia en coger un taxi, Patrizio no cede y nos dice que ya ha avisado al chofer, que nos espera en la puerta.

Al salir Noe me dice que no se viene conmigo porque ha quedado con Valerio, su chico, que está cerca de allí. Así que cojo la limusina yo sola en dirección a mi casa.

Cuando llego voy directa a la cama, donde me desplomo. La habitación me da vueltas, cierro los ojos y al instante me quedo dormida.

Capítulo 4



La fuente de Nettuno.

Una obra maravillosa, magnífica, que representa al Dios Neptuno y está hecha completamente de mármol de Carrara, tan níveo, que también lo denominan il Biancone. Una obra preciosa que se encuentra en la Piazza delle signorie.

Sábado. Una semana después.

Ettore sigue con sus idas y venidas recibiendo a nuestros clientes perrunos y gruñendo a los hombres que se me acercan, como siempre. Yo estoy agachada colocando unas tartas de cereza en el mostrador. Las preparo con una receta de mi abuela, están tan buenas que solo han quedado dos y trato de que se vean bien junto a otra de *Nutella*. Si las cosas siguen así de tranquilas podré cerrar a las ocho y descansar hasta el lunes. El domingo es mi día de descanso, salvo que tenga algún pedido importante.

Menos mal que Fede me ayuda sirviendo mesas y cobrando. Cuando aumentaron los clientes no daba abasto para atender al público y el obrador al mismo tiempo, pregunté a mi hermana si conocía a alguien que pudiera ayudarme y se ofreció a hacerlo en sus ratos libres. Ella también estaba buscando algún trabajo con el que sacarse un dinero extra para sus escapadas.

—Hola... Perdona... —Una voz masculina me saca de mi

ensoñación. Levanto la mirada y me encuentro con el hombre más guapo que he visto nunca. El sol que se cuele por la ventana crea un halo en torno a él iluminándolo con sus rayos dorados, bañándolo con su luz, como en las películas.

Su sonrisa es la más maravillosa que haya visto jamás, tiene la boca enmarcada por una barba de unos días que le queda de muerte. Sus cabellos rizados y dorados como los campos de girasoles están revueltos, y tiene unos ojazos azules como el cielo límpido y brillante. Desde donde me encuentro me parece que es alto y tiene las espaldas anchas en su justa medida, está bien formado. Me acaloro, no sé si por la calurosa tarde de primavera o por esta aparición...

Aspiro hondo y me llega su perfume, un aroma masculino tan exquisito que se me eriza el vello del cuello. Me quedo boquiabierta observándolo y él, al verme pasmada, sonrío divertido y ladea la cabeza. Creo que intenta descubrir si soy estúpida o si me ha dado algo. Me siento eufórica, la boca se me seca y noto una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Hola —digo cuando puedo reaccionar y me pongo de pie saltando como si tuviera un resorte. Me limpio las manos en el delantal sin apartar la mirada de él. Me tiene hipnotizada por completo y no puedo dejar de mirar su boca. Me imagino mordiendo esos labios carnosos y rozando con mi lengua su barba... Carraspeo intentando alejar de mí estos pensamientos, me estoy poniendo tan caliente que tengo miedo de no poder contenerme y saltar a su cuello. Ya sé que puedo sonar un poco desesperada...bueno, muy desesperada, pero es lo que tiene llevar tanto tiempo sin pareja.

Las arruguitas en la comisura de sus ojos me dicen que debe rondar los cuarenta... pero eso a quién demonios le importa cuando los lleva tan bien. Parpadeo, sonrío y me descubro mordiéndome el labio inferior. Ahora que estoy de pie puedo contemplarle de pies a cabeza y mis ojos se recrean en su

imponente figura.

Pero mi ensoñación termina en el mismo momento en el que mi mirada llega a su cintura y veo que lleva cogida de la mano a una niña, que debe de tener más o menos la misma edad de mi sobrina, aunque no soy buena calculando la edad de los niños. La pequeña es rubia, con unos bonitos ojos color miel y una sonrisa maravillosa... como la de su padre, porque seguramente él es su padre. Pufff... así no hay quien encuentre un hombre. En estos tiempos encontrar a uno que merezca la pena se ha convertido en toda una empresa.

Y no me deja lugar a dudas cuando al verme la pequeña sonrío y señala mis *cupcakes* rosa chicle, que están bajo una campana de vidrio en el mostrador, diciendo:

—¡Esos, papá! Quiero esos rosas, papi. —Una punzada en la boca del estómago me deja sin aire en los pulmones. Él me mira y se encoje de hombros dibujando una expresión divertida, a lo que yo respondo con una sonrisa tonta, mientras a la niña los ojitos le brillan como si acabara de ver la cosa más maravillosa del mundo—. ¿Son de fresa? —pregunta de puntillas agarrándose al borde del mostrador con la manita que tiene libre.

—Tienen el relleno de mermelada de fresa y la cobertura sabe igual —le explico mientras su padre posa su mirada en mí con condescendencia.

—¿Eran esos los que querías Dani?

Ettore, al verlos y oír la voz de la niña, se levanta de su letargo y sale corriendo en dirección a la pequeña que, al reparar en él, lanza un grito, suelta la mano de su padre y se tira al suelo de rodillas. Lo abraza y lo besa sin parar mientras mi perro no deja de lamer su carita.

—¡Ettore! —lo regaña. Se queda sentado en el sitio, pero no deja de mover la cola incitándola.

—Daniela, no toques al perro. Antes tienes que pedir permiso a su dueño o dueña —la reprende su padre con tono educativo.

—Oh, es... es mío —balbuceo sintiéndome estúpida por no ser capaz de controlar a mi pequeña e inofensiva fiera. La niña me mira con los ojos abiertos y sin parpadear, inmóvil, esperando una respuesta—. Es... es bueno. Puedes jugar con él. Ettore —le llamo. Él me busca con sus ojitos brillantes y, moviendo la cola, me presta atención—. Ten cuidado con la niña, no seas torpe. —Según termino de decir la última palabra vuelven a ponerse a jugar lanzándose el uno en los brazos del otro.

—Gracias por permitir a mi niña jugar con él. Le encantan los perros. —Y a mí me encanta él, está para comérselo.

—Es muy bueno y sociable.

Extrañamente, Ettore se acerca al padre de la pequeña y mueve la cola mientras continúa su juego con su nueva amiga. Es una novedad, pero creo que, como yo, ha caído bajo su hechizo. Aunque será mejor que deje de pensar así, debe de haber una «señora» por alguna parte.

—Somos nuevos en el barrio y cuando pasamos por aquí al mediodía mi hija quiso un *cupcake*, pero estaba cerrado. Me costó convencerla de irnos a casa y volver después. Me llamo Mattia Cazzaniga y ella es Daniela, mi hija. —Extiende su mano por encima del mostrador y, tras contemplarla por una fracción de segundo, se la estrecho.

—Hola, mucho gusto. Soy Lucy, la repostera y dueña del local. —Me sale una risita tonta intentando ser graciosa, pero creo que no lo consigo y la sangre de todo mi cuerpo se concentra en mi cara.

Mattia me mira y sonrío, y se le marcan unas arruguitas muy sexis en la comisura de los labios. Se lleva una mano a la barbilla, rascándosela mientras asiente. Me muero de la vergüenza, tierra trágame.

—Ya veo que eres la repostera, tienes harina en... aquí —señala su mejilla—, bueno, un poco por toda la cara. —Me observa divertido y, entrecerrando los ojos haciendo una mueca, niega con la cabeza—. ¿Puedo?

—pregunta señalando mi rostro.

—¿Eh? —Me quiere limpiar la cara... ¿Pero este hombre de dónde ha salido? Tal vez las petardas de mis amigas me están gastando una broma. Miro hacia las mesas, pero todo el mundo sigue a lo suyo. Asiento un poco cortada y extrañada.

Mattia alarga la mano inclinándose sobre el mostrador para alcanzarme y limpia con cuidado la harina de mi mejilla. El contacto con su piel es agradable y un escalofrío me recorre.

¿Por qué tiene que ser tan guapo y tener una hija? Y seguramente también una hermosa mujer que lo espera en casa. Cojo aire profundamente y, disimulando, me vuelvo a limpiar las manos en el delantal mientras dirijo mis ojos hacia su mano. Recibo un nuevo golpe en mi estómago cuando veo la alianza en su dedo.

«Hay que joderse, Lucy. Está casado y anda limpiando la cara a las mujeres por ahí... ¡Será cabrón! Y muy guapo... No, no puedes perder un cliente. Céntrate y atiéndele como debes, pero sin olvidar que este bombón ya tiene dueña».

Sonrío tratando de esconder mi incomodidad ante el descubrimiento. «Tal vez solo intentaba ser amable» pienso, y me muevo nerviosa detrás del mostrador.

—¿Qué te pongo? Como regalo de bienvenida invita la casa. ¿Un café, un trozo de tarta, un zumo? —pregunto con la moral por los suelos. Para una vez que un hombre me interesa y tiene que estar ocupado. Qué mala suerte tengo...

—Ohh... Un café está bien —responde el guapísimo padre que tengo delante sentándose en un taburete. Me giro dándole la espalda y me dispongo a preparárselo.

—Esta chica hace los mejores cappuccinos que podrás probar en la

vida. — Me quedo petrificada al escuchar la conocida voz de Noelia que proviene de la puerta de entrada. Pongo los ojos en blanco y resoplo. Lo que me faltaba.

Por un momento me quedo quieta mordiéndome el labio inferior y apretando los dientes con fuerza, pero al girarme la veo alcanzar el mostrador a paso ligero cargada con un enorme bolso. Se sienta en un taburete al lado de Mattia y, apoyando los codos en el mostrador, lo analiza con la mirada sin disimulo, como si le hiciera una radiografía. Sí, mi amiga es así. Cuando hay algún tío buenorro en su radio de acción adquiere visión de rayos x. Pero yo la quiero tal como es, no cambiaría nada de ella.

Mattia la observa intrigado, sin borrar la sonrisa de sus labios. Seguramente nunca se ha cruzado con nadie con la poca vergüenza y el desparpajo de mi amiga.

—Noe, ¿qué haces por aquí a estas horas? —pregunto mirando el reloj de la pared. Son las siete y media y me extraña verla en la cafetería cuando hemos quedado más tarde en mi casa.

—Terminé antes y se me ocurrió pasarme por aquí. ¿Qué pasa? ¿Molesto? —Su pregunta es capciosa.

—No. Estaba colocando las tartas mientras hacía tiempo hasta que llegara Fede. Está haciendo un recado. Me dijo que enseguida volvía, pero aún no lo ha hecho... —Mattia observa atento la escena sin perder detalle de la conversación.

—Tu hermanita siempre igual...

Noelia es guapísima, tiene el cabello castaño largo con ondas, estatura media y unas curvas voluptuosas que me producen envidia porque, frente a sus grandes pechos, yo estoy plana. Es la mezcla perfecta entre mujer meridional y toscana con su piel olivácea y sus ojos negros azabache. Para hacer la gracia muchas veces la llamo Esmeralda, porque bien podría ser la

gitana de *El Jorobado de Notre Dame*.

La máquina del café silba y de la válvula comienza a salir vapor avisándome de que está a punto. Con una pregunta implícita en los ojos, me giro hacia Mattia.

—Si me lo recomiendas, tomaré cappuccino... —dice él mirando a Noelia y elevando sus cejas esperando una respuesta.

Mi amiga, que tiene complejo de Cupido, entrecierra los ojos y chasquea la lengua antes de decir:

—Sí, sí. —Asiente varias veces con la cabeza—. Fíate de mí sin dudar, no te arrepentirás. Tiene una mano... —dice uniendo el dedo pulgar y el índice y, llevándoselos a la boca, hace el ruido de un beso.

Aparto mi mirada asesina de ella y vuelvo a posarla en Mattia, que me mira sonriente y asiente.

—Entonces Lucy, que sea un cappuccino.

—Mattia, la pesada y mentirosa que tienes al lado es mi amiga Noelia. Noe, ellos son Mattia y su hijita Daniela —añado inmediatamente señalando hacia donde se encuentra la pequeña para evitar cualquier comentario fuera de lugar de mi amiga, que la conozco—. Son nuevos en el barrio.

—Oh, encantada. —Él extiende su mano y ella se la estrecha un poco cortada, dándose cuenta de la metedura de pata. Después, mirándome sabiendo que Mattia está observando a su pequeña, abre los ojos como platos y me dedica una sonrisa estúpida, a la que yo respondo levantando las cejas y abriendo la boca exageradamente.

Termino de hacer el cappuccino y se lo sirvo a mi nuevo cliente con un trozo de tarta de *Nutella*, mientras el resto de los que estaban dispersos en las mesas comienzan a marcharse. En Firenze se cena a las ocho, así que todo el mundo tiene prisa. Mejor.

—¿Y se puede saber de dónde venís? —contraataca Noe poniendo el codo en el mostrador y apoyando la cabeza en su mano con mirada inocente. Pero a mí no me engaña. Sin embargo, Mattia, ni corto ni perezoso, entabla una conversación con ella.

—Nos acabamos de mudar desde Torino —responde con tono cordial y un poco de melancolía, dirigiendo su mirada a la pequeña—. Al final se ha olvidado del *cupcake*... Qué suerte tienen los niños, son capaces de relegar rápidamente los recuerdos y la tristeza en algún lugar de su mente para disfrutar solo del momento...

Habla con pena mientras con una mano sujeta la taza y en la otra hace girar el anillo que lleva en su dedo anular. Contemplo su rostro, en su frente se han dibujado arruguitas y sus grandes ojos azules revelan un inmenso pesar. Intento cambiar de tema.

—Te lo preparo para llevar, así se lo puede comer en casa más tarde. —Saco una cajita y, con un par de pinzas, cojo el *cupcake* de debajo de la campana colocándolo con cuidado en su interior. La cierro con una cinta, le hago un lazo y la pongo delante de Mattia.

—Gracias, eres muy amable —responde regresando de sus pensamientos y dedicándome una sonrisa. Pero ha despertado en mí la curiosidad, ¿qué esconderá?

Noe está absorta con el teléfono en la mano, desde que se inventó el *WhatsApp* no se separa de él. Pero últimamente habla más de lo habitual con esta aplicación, se ríe sola y pone caras... Me da que algo se trae entre manos con el chico con el que se marchó el otro día de la discoteca; tendré que sonsacarle.

Mientras lavo unas tazas y unas bandejas me siento observada por Mattia. Curiosamente me pone incómoda y nerviosa, así que decido alejarme un poco de él yéndome a limpiar las mesas que se van quedando vacías.

Cuando Noe me ve se ofrece a ayudarme, pero sé que tiene una intención oculta. Ella no hace nada porque sí. En un momento en el que estamos lo suficientemente lejos del nuevo vecino del barrio como para que no nos escuche, se acerca y en voz baja me pregunta:

—¿Y ese bombón? Aunque ya veo que viene con regalo... — cuchichea en mi oído, señalando con el mentón a Daniela que sigue con Ettore. Mi perro está en su salsa, le encanta que lo llenen de atenciones y de mimos.

—No sé nada, salvo que se han mudado hace poco y que la niña quería comer *cupcakes*, por eso han venido aquí. La verdad es que cuando lo vi casi se me caen las bragas al suelo. —Y, encogiéndome de hombros, añado —. Tú sabes más que yo: te ha contado que vienen de Torino.

¿Por qué no se me habrá ocurrido preguntarle de dónde venían? Seguramente porque la pequeña me impone un poco, por no hablar de su anillo.

—Está buenísimo. Pero, a pesar de llevar alianza, no mencionó para nada a su mujer —insiste en el tema dándome un codazo. No se le escapa nada—. ¿Estará separado? Si así fuera, no tiene sentido que aún lleve el anillo... —analiza mordiéndose la uña del dedo pulgar.

Las dos nos quedamos observando su espalda, sigue sentado en el mostrador.

—No sé Noe, pero si continuamos mirándole así se va a dar cuenta de que estamos hablando de él —susurro mientras me empeño en quitar una mancha de la mesa restregándola con una bayeta—. No te niego que está para comérselo, pero cuando vi a la niña se me cayó el alma a los pies...

Noe me mira con los ojos abiertos como platos. Ahora ya está totalmente segura de que Mattia me gusta y, conociéndola, intentará averiguar más sobre él. Mientras me dirijo a otra mesa para recoger las tazas ella, con paso decidido, se abalanza sobre la pequeña.

—Hola peque... —Al escucharla me giro y la contemplo con cara de horror. No me puedo creer lo que está haciendo. Pero ¿qué es lo que pretende?

—Hola —responde Daniela con una sonrisa tierna en los labios y la inocencia que solo un niño puede tener.

—¿Te gusta Ettore? Es muy suave. —Envidio la facilidad que tiene mi amiga para tratar con los niños. No es mi fuerte, me ponen incómoda y evito su cercanía. No sé cómo actuar con ellos, no sé qué decir. Me gustan más cuando son recién nacidos y no es necesario hablarles.

—Sí, es muy suave y muy bonito —responde Daniela acariciando las orejas de mi perro que disfruta de sus atenciones.

—¿Tienes perro?

—No, papá no quiere —contesta poniendo morritos.

—Y tu mad... —comienza a formular la pregunta, pero Mattia, que está atento a la conversación, se levanta de un salto y las interrumpe.

—Dani, vamos. Ven que se hace tarde. —La niña deja a Ettore y corre hacia su padre. Noe se queda con la palabra en la boca, en cuclillas y pasmada—. Disculpa Lucy, ¿cuánto te debo por el *cupcake*? —pregunta dirigiéndose a mí con la caja que dejé en el mostrador en las manos.

—Nada, invita la casa —contesto acercándome a ellos cargada de platos y tazas y una sonrisa de anuncio de dentífrico.

—Gracias. Disculpádnos, pero se nos hace tarde. Vamos Dani. Ya nos veremos, ha sido un placer. —Parece que de pronto le han entrado las prisas.

—¿Volveremos para jugar con él? —pregunta la niña mientras su padre literalmente la arrastra hacia la puerta.

—Claro cariño. Ettore está aquí de lunes a sábado de ocho de la mañana a ocho de la noche. Menos al mediodía, que está cerrado. —Mattia ha pillado al vuelo la indirecta de Noe, que iba dirigida a él, y la mira

perplejo.

—¿Ves papá? ¿Podemos volver?

—Sí, otro día. Despídete de Lucy y de su amiga. Muchas gracias de nuevo. Y te doy toda la razón Noelia: el cappuccino estaba buenísimo —dice antes de desaparecer por la puerta haciéndome un guiño.

Me despido con la mano y me quedo embobada viéndolos desaparecer en la calle entre la gente, me siento muy atraída por él.

—Es guapísimo. No he podido averiguar nada de la mujer, mierda. ¿Has visto cómo se ha puesto cuando lo he intentado?

—Se habrá acordado de algún recado... no te montes películas.

—Vale, vale. Pero lo importante es que van a volver. ¿Te has fijado en cómo te mira? Aunque todo el mérito lo tiene Ettore que ha desplegado sus encantos enamorando al monstruito. —Ante la forma de referirse a Daniela hago una mueca—. Vale, la niña. Lo importante es que ya te la has ganado. Si yo fuera la mujer de ese bombón no le dejaba salir a la calle solo. Será tonta...

Suelto un suspiro, lanzo una mirada reprobatoria a Noe y me dirijo a la parte de atrás con los hombros caídos y un poco abatida.

—Haz algo útil, Noe. Echa el cierre y deja de decir estupideces por favor —digo metiendo los platos y las tazas en el lavavajillas.

Terminamos de recoger y al marcharnos a casa, por fin aparece mi hermana.

Capítulo 5



Floencia, tus coloridos balcones con rojos malvones, y tus calles estrechas y serpenteantes tapizadas de adoquines conforman un paisaje urbano único. Perderse en ellas es fácil y agradable, la magia de su belleza nos sorprende en cada esquina con la fachada adornada de una iglesia, o simplemente con el celeste del cielo que se cuele por entre los altos y antiguos edificios...

Mientras cenamos mozzarella, tomate y olivas, Fede quiere que le contemos con lujo de detalles lo que sucedió la noche del viernes. Al parecer se ha molestado conmigo porque no la he invitado y ha estado un poco esquiva durante todo el día en la pastelería, pero ahora le puede el cotilleo.

Ettore, que también ha dado cuenta de su comida, se acomoda en la camita que tiene en el salón y mordisquea sus juguetes. Me acerco a él y le beso las orejas; me mira con esa medialuna blanca y una expresión tan dulce que me lo comería a besos.

Suena el teléfono de Noe. ¡Por favor! ¿Ya está de nuevo con el maldito wasap?

—¡Ey! ¡Que me muero de hambre! —protesta mi hermana.

Noe no para de recibir mensajes y está con los ojos pegados en la pantalla sin dejar de escribir. Reviento, no puedo aguantarme más:

—Bueno, ¿nos vas a hablar del Romeo que te trae por el camino de la

amargura con ese teléfono al que no das ni un minuto de paz?

—Dirás que nos trae a nosotras... no hace otra cosa más que escribir —vuelve a protestar Fede—. Que el amor no alimenta. Al contrario, tienes que comer para tener fuerzas, bonita... —Guiña un ojo, su estado de ánimo comienza a mejorar y para mí es un alivio, no me gusta que mi hermanita se enfade conmigo.

—¿Qué? ¡Pero qué tonterías decís! —me replica Noe levantando un hombro y poniendo cara de yo no fui.

—Venga Noe, no soy tonta. ¿Me quieres hablar de él? ¿O es que ya no tenemos confianza y no me consideras tu amiga?

—Ohhh —agrega mi hermana para ponerle énfasis a mis palabras—, que la Lucy se enfada.

—Bueno, bueno, eso es chantaje y no vale. Os lo voy a contar: he conocido a un chico que es guapísimo, un romántico empedernido y... ¡me gusta mucho!... Fue con él con quien me marché del *BluLine*...

—Jajaja, bueno si tú lo dices... Con esa descripción y tu cara, debe ser un galán de novela —le respondo.

Ella se lanza a hacerme cosquillas, sabe que no las soporto. Casi al borde del llanto me da tregua.

—¡Cuéntame! No te hagas de rogar... quiero detalles. —Intento recomponerme.

—Lo conocí hace unas semanas. Vino a la heladería buscando algo especial para el cumpleaños de su madre, quería sorprenderla con una tarta helada, un postre o algo por el estilo.

—Haberlo mandado a mi pastelería —digo poniendo morritos y entrecerrando los ojos. Me encanta pincharla.

—¡No empieces Lucy! Si no vendo me cierran la heladería.

—Jajaja, que era broma, tonta. Sigue...

—El caso es que me pidió consejo y le dije que podía llevarse el tiramisú, ya sabéis que me sale muy bien. Sin mucho preámbulo lo cogió y se marchó. Al día siguiente mi compi y yo estábamos atendiendo a un autobús de japoneses cuando por la puerta de la heladería apareció un gran ramo de rosas rojas y detrás iba él. Todos sacaron los teléfonos y las cámaras para grabar y sacar fotos. Me dijo que era en agradecimiento por mi ayuda: a su madre le había encantado el postre.

—Si era solo para agradecer... Un poco exagerado ¿no? Yo creo que fue una excusa para ligar contigo —dice Fede devorando su mozzarella de búfala campana.

—Calla y come, niña —la regaño divertida y luego, dirigiéndome a Noe, pregunto intrigada—. ¿De verdad? —No me caben dudas de que le haya gustado el postre, pero esa forma de actuar... A mí también me parece raro, ya no quedan tíos así por el mundo. O eso creo.

—Sí, os lo prometo —contesta ella—. Me pidió que tomáramos un café y luego nos intercambiamos los números de teléfono. No para de enviarme mensajes, así que quedamos el viernes y nos vimos. El resto ya os lo imagináis, ¿no?

—Me alegro por ti, espero que no sea solo fachada. Ya sabes que los príncipes azules la mayor parte de las veces destiñen, encogen y... bueno... —suspiro encogiéndome de hombros.

—Por eso voy con pies de plomo, querida... —responde y chasquea la lengua.

En sus treinta y tres años Noe ha vivido muchas experiencias con los hombres y, como me ha pasado a mí, no han sido muy buenas, solo que ella no metió la pata hasta el fondo casándose, como esta menda lerenda que os habla.

—¿Y Sole? ¿Por qué no ha venido? —pregunta Fede.

—Nos ha cambiado por Patrizio.

—Bueno, pues yo quiero que me contéis con todo lujo de detalles lo que pasó el viernes.

Sole es hija del dueño de una vinoteca en Firenze. No quiso estudiar y cuando encontró trabajo en la tienda de ropa de marca donde ahora es la encargada, supo que ese era su destino. Siempre le había apasionado la moda.

Su familia tiene una casa en las Colinas Seneses, pero queda lejos para ir a trabajar todos los días hasta Firenze. Así que su padre insistió en comprarle un piso, pero que fuera bonito, cómodo y sobre todo seguro, y se encuentra viviendo en el centro, rodeada de arte y en un piso de cien metros cuadrados todo para ella.

—Vale Fede, no te pongas borde, te vamos a contar todo —respondo y me dispongo a revelarle nuestra aventura del viernes—. Nada más llegar, Sole nos abrió la puerta luciendo un vestido negro con un escote que resaltaba sus abundantes pechos y la blancura de su piel. Estaba impresionante, ya sabes qué buen gusto tiene.

—Sí, ¿y tú? —Fede apoya los codos en la mesa y me dedica toda su atención.

—Como no estoy acostumbrada a salir, y mucho menos ir a lugares tan de moda, no sabía qué ponerme. Así que opté por una camisa negra y un pantalón del mismo color, un par de sandalias doradas que sospechaba que me harían ver las estrellas (y así fue) y me dejé el cabello suelto.

—¿Y tú Noe?

—Una falda dorada.

—Que parecía más un cinturón —bromeo.

—Envidiosa —me susurra y vuelve la mirada a Fede—, una camiseta de tirantes negra de seda y un par de tacones de vértigo.

—Cupido nos ha flechado a las dos, ahora solo faltas tú Lucy... —

dice Noe con el teléfono en la mano.

—Mi Cupido debe estar de vacaciones, unas bien largas. Y menos mal, porque con la puntería de mierda que tiene... prefiero que no aparezca, no sea que termine enamorada de algún troll —le respondo.

—Jajaja hermanita. Pues sí, tienes razón...

—No te creas Fede, que Lucy hoy ha conocido a un bombón.

—¡Eyyy! Me pierdo todo lo bueno...

—¿Me dejáis seguir contando lo del viernes?

—Sigue.

—Bueno, pues esa noche queríamos divertirnos, y empezamos a hacerlo en casa de Sole: nos bebimos una botella de champán antes de cenar, así que se nos subió rápido a la cabeza. Luego cenamos comida china y como quien no quiere la cosa terminamos bailando *It's raining men*. Ni te imaginas la que liamos.

—Nooo, para nada.

—Te aseguro que no te puedes imaginar lo que es tu hermana bailando...

—¡Eyyy! —protesto—. El caso es que casi nos da un soponcio cuando a mitad del baile sonó el telefonillo. Nos quedamos las tres en silencio, con cara de haber sido pilladas haciendo algo que no debíamos intentando ahogar nuestras risas.

—Pensamos que podían ser los vecinos —continúa Noe—. Pero no, era la limusina. La verdad es que fue un momento muy divertido: las tres corriendo por el salón y tropezando las unas con las otras mientras intentábamos mirarnos al espejo al mismo tiempo.

—Y yo me lo perdí —protesta Fede.

—Fue culpa nuestra —trata de explicar Noe—, Lucy no tuvo nada que ver. Nos costó muchísimo convencerla para que viniera, y Sole

únicamente consiguió tres invitaciones. Pero te prometo Fede que a la próxima te vienes.

—Eso. —Me siento culpable, pobre Fede—. Sigo contándote. Parecíamos unas adolescentes, riendo y chillando, y cuando bajamos vimos a un hombre de traje oscuro con gorra que se presentó como Pietro, el chófer. En la limusina nos esperaba otra botella de champán y una nota que iba dirigida a Sole, era de su *rana*, digo de su príncipe...

—¿Qué decía la nota? —se interesa Fede.

—Más o menos así...

Querida Sole,

Espero que sea de vuestro agrado el champán y que tú y tus amigas disfrutéis del paseo en limusina. Te espero en la zona vip, gracias por tu buen gusto a la hora de elegir ropa y tu hermosa sonrisa que lo ilumina todo, eres un sol.

Patrizio Conti.

—Ohhh, de rana no tiene nada ese tío...—suspira mi hermana y yo continúo con el relato.

—Según terminó de leer la nota, me quedé pensando. El apellido me sonaba y no sabía de qué. Hasta que caí en que era el hijo del famoso político.

—Yo me enfadé un poco —interrumpe Noe—. Íbamos a una fiesta de pijos, con gente importante, hijos de políticos. Nosotras somos normales, trabajadoras, y no tenemos nada que ver con ese mundo. Odio a los políticos.

—Tu reacción fue exagerada Noe —la regaña.

—Lucy tiene razón, te pasaste. Pero ¿podéis por favor llegar a la parte buena?

—¿Qué parte buena? —pregunto a mi hermana.

—A la de los flashes y los videos de *YouTube*.

—¿Eh? ¿Pero qué estás diciendo?

—Venga contad primero qué pasó, que después os lo explico.

No sé a qué se refiere mi hermana, pero sigo con mi relato.

—Llegamos y vimos celebridades haciéndose fotos y posando para las cámaras. Fue raro bajarse del coche y verse deslumbrada por los flashes, pero nos agarramos por la cintura y así, las tres juntas, caminamos por la alfombra roja hasta la entrada del local. Nos paraban pidiéndonos fotos. Al principio nos daba un poco de corte, pero terminamos posando como si fuera algo habitual para nosotras.

—¡Qué envidia! —exclama mi hermana.

—Pues eso no es nada. Dentro, una mujer rubia de piernas largas y un escote de infarto nos acompañó al segundo piso, la zona vip. Desde allí se podía ver toda la pista de baile perfectamente...

—Bueno, ahora me toca a mí petardas —anuncia Fede con una amplia sonrisa en la boca—. Veo que aún no sabéis nada.

—Pues déjate de tanto misterio y habla. —Noe parece al borde del colapso.

—Habéis salido en la televisión y estáis en *YouTube*. —Lanza la bomba abriendo los ojos como platos, asintiendo y gesticulando.

—¡¿Qué?! No entiendo nada Fede, a ver explícate.

—Que te has hecho famosa con las petardas de tus amigas y no me has invitado a la inauguración de *BluLine*. Mira que eres mala, hermanita —vocifera Fede mientras se deja caer en el sofá.

—Eyyy, más petarda serás tú, nena —contesta Noe que, lanzándose sobre mi hermana, se pone a hacerle cosquillas.

Me siento junto a ellas, más confundida si cabe. Observo a mi hermana y me rasco la cabeza. «Espero que ningún paparazzi estuviera metido en el baño donde me encontré con Gus...» pienso y me muerdo el

labio.

—Sí, Carrie Bradshaw (haciendo alusión a *Sexo en New York*). Los paparazzi te han inmortalizado en la inauguración del *BluLine* y os he visto bajaros de una limusina. Lo que no me explicaba era qué hacíais allí vosotras entre tanta gente rica, por eso quería que me contarais todo con detalles.

Ahora sí me cuadra todo, al final han colgado nuestras fotos con las de los personajes famosos. Me pongo roja como un tomate, ¡qué vergüenza! Y me entra la risa.

—...Y nosotras que pensábamos que no nos incluirían en el reportaje. Tampoco tuvimos en cuenta las cámaras de televisión ni los móviles. —Me llevo la mano con la palma abierta a la frente—. Todo tiene una explicación. —Noe se cubre el rostro y ahoga un gritito.

—Vale, te perdono porque estabas guapísima, las tres lo estabais. Solo por eso y porque me alegro de que hayas aprendido con el tiempo a vestirme y maquillarte, eso quiere decir que todos mis esfuerzos no fueron en vano.

La miro y muevo la cabeza de un lado al otro desaprobando lo que me está diciendo, ni que yo fuera un desastre total. Algo de buen gusto tengo, de vez en cuando me arreglo y por supuesto no soy fea. Tampoco una diva de Hollywood... pero no soy fea.

Alargo la mano y le revuelvo el cabello castaño, lo lleva corto, muy corto, estilo *pixie* y tiene los ojos grandes y verdes como yo. Tenemos los mismos ojos que mi madre. Solo que ella tiene más pecho y un culo de infarto, y yo soy delgada. No tengo ni mucho por delante ni mucho por detrás. Fede se ha llevado lo mejor.

—Pon la tele, venga, que va a comenzar el programa ese de prensa rosa. A ver si lo repiten. —Coge el mando y la enciende.

Increíblemente aparecemos después de unos minutos en el resumen de las

noticias de sociedad, damos saltos y gritos.

Mi teléfono comienza a sonar, y comienzan a llegar mensajes.

—¡Que me está llamado todo el mundo! —exclamo señalando el teléfono y quedándome helada.

—Claro. Cuando yo lo vi era muy tarde, y no creo que hubiera mucha gente frente al televisor en ese momento. Pero este programa de cotilleo tiene mucha audiencia, sois famosas ahora hermanita.

Me llevo una mano a la cabeza. ¡Por Dios! ¡Yo en la televisión! Si lo hubiera sabido habría llevado un cartel de mi pastelería para hacerle publicidad. Mi hermana nos muestra su teléfono con el video de *YouTube* y no hacemos otra cosa más que reírnos observando con detenimiento nuestro paso por la alfombra roja mientras ella camina delante del sofá poniendo una mano en la cadera y moviéndose como una modelo.

—Yo podría haber caminado también por esa alfombra roja...

—Jajaja, la próxima nos vamos todas —agrega Noe.

Capítulo 6



Si paseas por las calles de Firenze te invito a descubrir sus símbolos: la flor de Lis y los Leones, a la primera la encontramos en la bandera, en escudos, etc.

Los únicos ruidos que se oyen en la casa son los ronquidos de Ettore. Pobre, anoche estaba un poco molesto porque no le dejábamos dormir, me quedé hasta las tantas charlando con Noe y Fede. Cuando mi amiga se marchó seguí hablando con mi hermana un rato más y mi niño me hizo saber que estaba molesto rompiéndome las zapatillas de andar por casa. Ahora duerme a pata suelta pegado a mis piernas.

Estoy ardiendo, el calor es insoportable. Mi hermanita ronca como un lirón a mi lado, sin hacer ruido miro el reloj en mi mesita de noche: son las dos de la tarde.

Me siento en la cama. ¡Mierda!, es muy tarde, me paso las manos por los cabellos revueltos pensativa. En una semana tendré treinta años... definitivamente me pesan. La verdad, no sé si es el hecho de cambiar el dos por el tres lo que me deprime tanto. Resoplo.

Me levanto, por decir algo, arrastrándome hacia la ventana, subo la persiana, alzo una mano para cubrirme los ojos de la luz del radiante sol y Ettore se revuelve en la cama buscando la oscuridad debajo de las sábanas.

Mi hermana gruñe y se tapa la cara con la almohada.

Me observo con los ojos entrecerrados en el espejo de mi habitación que me devuelve una imagen de lo más patética: soy un oso panda con todas las de la ley. Tengo el rímel corrido y mi cabello parece un nido de cigüeña. ¡Qué horror! Abro la boca, saco la lengua y digo «aaahhh» poniendo una mano delante de mi boca. ¡Puaj!, mi aliento huele a cubo de basura. Me dirijo descalza hacia la cocina, saco de la nevera una botella de agua y me la bebo de un solo trago.

Voy al baño y me meto en la ducha. Sí, es lo que necesito antes de seguir vagando por la casa como un fantasma, ya no tengo el cuerpo para trasnochar.

El agua tibia que corre por mi cabeza y desciende por mi espalda me reconforta, el olor del champú llena mis pulmones, me enjabono y vuelvo a sentirme persona.

Camino renovada hacia salón y busco el bolso en el sofá, revuelvo dentro mientras me dejo caer allí mismo.

Mi hermana llega hasta el salón y se tumba junto a mí frotándose los parpados y con cara de sueño pregunta:

—¿Hace mucho que te has levantado?

—Hace poco. Acabo de darme una ducha —digo encogiéndome de hombros y bostezando.

—Es domingo, podrías dormir un poco más.

—Son las dos de la tarde, ¿no te parece suficiente? ¿Tienes hambre?

—pregunto, mientras me dirijo a la cocina

—Si cocinas tú, sí. ¿Qué delicia me vas a preparar?

Comemos un poco de pasta y tomate, no tengo ganas de hacer nada más y, después de la «copiosa» comida, decidimos salir a dar una vuelta para tomar un poco el aire y ver el sol. La primavera está siendo más que generosa

y nos está regalando días preciosos y calurosos, además el pobre Ettore tiene que salir a estirar sus cortas patitas.

Cuando nos ve ponernos en movimiento se levanta y se dirige a la puerta, siempre es el primero en llegar.

Fede coge la correa de Ettore y camina unos pasos por delante ya que él la lleva a rastras. Es un perro pequeño, pero tiene la fuerza de un toro.

Yo aprovecho y por el camino hablo por teléfono con mi madre, que me cuenta que sus amigas la han llamado para que me viera en televisión, estaba eufórica dando gritos. De fondo se escucha a papá que dice «¡Estabas preciosa, cariño!». Mi madre me comenta que están esperando para comer a mi hermana, mi cuñado y mi sobrina.

Qué tiempos aquellos cuando nos reuníamos en familia los fines de semana para almorzar... La verdad es que puede llegar a ser pesado, pero cómo lo extraño; daría lo que fuera por vivir más cerca. Aunque también me gusta Firenze y no me imagino viviendo en otra parte, la siento mi hogar.

Contesto también un par de wasaps de Sole y Noe. A esta última le pregunto cómo ha amanecido, son las cuatro de la tarde así que imagino que ya debe estar despierta.

Me responde que está en casa sana y salva. Vive con su madre y su hermana, su padre murió cuando eran muy pequeñas y su madre las sacó adelante sola.

Me quedo más tranquila sabiendo que «las mosqueteras» hemos sobrevivido.

Paseamos por el centro disfrutando del paisaje metropolitano. Hace un día muy bueno y caluroso. Los turistas comienzan a llenar las calles con sus ropas coloridas y sus sombreros y los guías turísticos con esos palitos tan graciosos para que no se pierda el grupo.

No parece domingo, las tiendas están abiertas y sobre todo el

ambiente es muy alegre. Claro que es Italia, el mundo entero viene a visitar sus monumentos y sus museos. Ya debería estar acostumbrada a las multitudes porque en Roma es igual. Pero bueno es que Roma es Roma, tarde o temprano todos terminamos por visitarla, después de todo «todos los caminos conducen a Roma».

Caminamos junto a la orilla del Arno y nos detenemos en la muralla que lo bordea, en un sitio con poca gente, desde donde podemos contemplar el *Ponte Vecchio* lleno de personas. El sol acaricia con sus rayos las paredes amarillentas y parece que estuviera hecho de oro, las aguas del río transcurren silenciosas a sus pies y el cielo celeste es el marco perfecto para la postal.

—¿Todo bien? —pregunto a mi hermana que se ha quedado en silencio con la mirada perdida.

—Sí, estoy preparando algunos exámenes así que no tendré tiempo para levantar cabeza las próximas semanas. Por eso quería verte y estar un poco contigo, me será imposible pasar por la pastelería.

Alargo la mano y la paso sobre sus hombros atrayéndola hacia mí, la zarandeo un poquito y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—No te preocupes, no cogeré más pedidos y me dedicaré más al café.

Ella me regala una sonrisa, Ettore pega un tirón porque ha visto otro perro y por poco nos tira a las dos al suelo rompiendo el encanto del momento.

Después de tomar un poco el sol apoyadas en el muro nos adentramos por la *Galleria degli Uffizi*. La sombra que proyectan las arcadas es agradable. Un músico improvisa sus notas en un violín medio desafinado, mientras otro artista plasma en una hoja de papel la imagen de una turista.

—¿Qué te parece si nos tomamos algo en *Piazza delle Signorie*? — me ofrece Fede. La verdad es que, a pesar de que estoy muy cómoda con mis manoleínas, con el calor los pies me están matando y me apetece sentarme

un poco a disfrutar de las vistas de la *Fontana di Nettuno*.

—Vale. —Nos encanta sentarnos en la terraza de un café que da a la plaza porque desde allí nos divertimos fantaseando las historias que hay detrás de las personas que pasean por allí y toman fotos.

Imaginamos la lata que les darán a sus amigos y parientes cuando vuelven a casa mostrándoles las fotos que tanto esfuerzo les ha costado para que salieran de película, posando miles de veces hasta que se quedaron conformes.

Sí, lo sé, somos diferentes, ella tan alegre y yo tan seria. Siento mucho no haber pasado más tiempo con Fede antes de mudarme aquí, pero la distancia y mi antigua vida me lo impedían. Ella se marchó cuando me casé y perdimos el contacto durante esos años. Al separarme fue la que mejor se lo tomó, me apoyó y me ofreció que pasara un tiempo con ella aquí.

Mi madre y mi hermana Catalina en cambio me dijeron que seguramente era mi culpa, que tenía un carácter muy difícil y que mi marido seguro que había terminado cansándose de mí. Querían que hiciera lo imposible para arreglar mi matrimonio, pero, al igual que cuando se rompe algo no se pueden pegar los pedazos, yo me veía incapaz de solucionar las cosas con mi marido. Pensé que era mejor alejarse, tomar distancia y volver a empezar en otro sitio.

Sí, sé que puede parecer una locura, pero no podía reconstruir mi vida en una ciudad donde en cada rincón había un recuerdo, donde la gente que me conocía me miraba con cara de lástima porque pensaban que era una pena que me hubiera divorciado tan joven.

Mi marido se tiraba a su secretaria y cuando me enteré intentó negármelo, pero las evidencias eran aplastantes: ella estaba embarazada.

Nos casamos jóvenes, tal vez demasiado, todos nos decían que podríamos haber esperado un poco. Pero nosotros no queríamos esperar,

queríamos vivir juntos, soñábamos con viajar por el mundo y ser solo los dos por siempre: dándonos el beso de buenas noches, durmiendo abrazados y despertando juntos bajo el mismo techo. Todo eso que en la teoría sonaba tan bien, en la práctica no lo fue.

Después de la boda todo se fue al traste. Cambiamos, o tal vez simplemente se nos cayeron las máscaras. Nos alejamos, nos enfriamos, hasta tal punto que la cama parecía un glaciar en el que todas las noches cada uno buscaba un rincón donde guarecerse de la intemperie.

A mí me quedaban un par de meses para terminar mi carrera de repostería cuando pronuncié el fatídico «sí».

Cuando por fin la terminé mi marido no quiso saber nada de que trabajara, insistió en que su sueldo era suficiente y yo a regañadientes acepté, aunque en casa me dedicaba a inventar recetas y poco a poco fui llenando las páginas de una libreta.

Él trabajaba para una multinacional de telecomunicaciones en Roma y tenía una agenda muy apretada, siempre estaba viajando o de congresos. Y en su escaso tiempo libre se tiraba a su secretaria.

Vivíamos en un piso precioso en el centro, pero yo estaba sola y me aburría, y él no entendía que yo necesitaba salir de la torre de mi castillo. Me molestaba su incomprensión. Lo único positivo era que, al vivir en Roma, podía ver a mi familia más a menudo, cosa que ahora es imposible. Bueno, qué se le va a hacer, no se puede tener todo.

Cuando su infidelidad salió a la luz no me lo pensé dos veces, necesitaba cambiar de aires, de ciudad, y si era preciso también de país. No sé si me duele más el hecho de haber perdido tiempo al lado de aquel imbécil o el saber que me engañaba.

Aunque ahora sé que fue una liberación, tardé en llegar a esa conclusión. Me pasé llorando meses, yo lo quería. Pero él me había hecho

mucho daño y tenía que seguir adelante, no podía dejar que me arruinara la vida, así que un buen día me levanté y decidí coger el toro por los cuernos y salir a probar suerte al mundo real. Me fue bien, porque podría haberme ido mal.

Fede fue mi pilar, mi sostén, y en parte le debo mi nueva vida porque deseaba comenzar lejos de Roma, lejos de mi ex, y aquí estoy, con un negocio propio, con mi querido e inseparable compañero Ettore, con mis locas amigas y con mi hermanita.

Nos sentamos al sol, se está tan bien que no apetece moverse. Mientras contemplo la *Fontana di Nettuno* que tenemos delante algo, o mejor dicho alguien, llama mi atención. En medio de los rostros sonrientes de los japoneses que se agolpan para hacerse fotos, veo un rostro conocido con unos ojos celestes como el cielo que me encandilan. De pronto un chillido me saca de mi ensoñación y Ettore comienza a ladrar, tira de la cuerda y se suelta. Me levanto como un resorte y salgo corriendo.

—¡Ettore! —grito, esquivando la gente. Imitando a mi perro salchicha me dirijo hacia la fuente en la que me doy de frente con Mattia y la pequeña Daniela, que es quien lo ha llamado.

Ettore le lame la cara, mientras ella de rodillas le acaricia la cabezota, será traidor...

De no ser porque Mattia me coge entre sus brazos rodeándome la cintura, hubiera terminado en el suelo. Me apoyo contra su pecho y aspiro el perfume que emana e impregna mis pulmones, es embriagador. Una descarga eléctrica recorre mi cuerpo.

Alzo la vista y mis ojos se estrellan contra el celeste cielo de los de él, y esa sonrisa abrasadora... Siento que todo me da vueltas. «¿Aún tengo resaca? ¿Qué me está pasando?», me pregunto asiéndome a sus brazos que siguen rodeándome.

De un salto me pongo recta y me aparto. Él suelta mi cintura y se aparta un poquito.

—Gracias —digo agitada, estirando mi vestido azul de tirantes y amplia falda que me llega a las rodillas, a juego con mis manoletinias.

—Hola, ¿estás bien? Lo siento, intenté que Daniela no lo llamara, pero ya era tarde. Niños.

—Hola —atino a decir con el corazón en la boca y escucho la voz de Federica que llega agitada hasta donde estamos.

—Será tarumba el perro... —comenta agitando las manos sin darse cuenta de que estoy acompañada—. No pensaba que se fuera a escapar. Lo siento Lucy. —Aún está en shock por el susto. Sabe que si le pasara algo a mi querido Ettore me moriría.

Pero cuando termina de hablar nos mira, a mí y Mattia alternativamente, sin entender bien qué pasa y con la sensación de que Ettore conoce a esta gente.

—Tranquila Fede, no pasa nada —digo sonriendo a Mattia para relajar un poco el ambiente, no quiero que luego le eche la bronca a Daniela.

—Ey, ¿estás bien? Vi que casi te caes por correr detrás de Ettore —pregunta mi hermana ahogando una risita.

—Sí, claro —digo carraspeando—. Te presento a Mattia y a Daniela, su hija. Son clientes de la pastelería.

—¡Aaah! Hola, gracias por salvar a la princesa de quedar despatarrada en el suelo por culpa de su perro —suelta, y con desparpajo se acerca y le planta un beso. ¡Le da un beso! Cosa que yo todavía no he hecho... me quedo mirándola con los ojos como platos.

Ojalá yo tuviera la mitad de su carácter, pero no, soy más tonta... a ver si espabilo.

—Mucho gusto —contesta él sonriente.

—Parece que la pequeña le cae bien a Ettore, no es muy de niños. Al contrario, lo he visto salir corriendo o ladrándoles cuando se cruza con alguno. Y a los hombres...puff —comenta Fede. Pero no la dejo terminar, le doy un codazo y le lanzo una mirada de «¡calla!».

—Sí, parece que Daniela le ha caído en gracia —digo sorprendida también porque, para ser sinceros, tengo que decir que a Ettore le pasa como a mí: los niños no le caen muy simpáticos. Pero no sé qué es lo que tiene Daniela que con ella ha sido muy bueno desde el primer momento, tanto, que ha salido corriendo nada más escuchar su vocecita.

—Bueno es que ellos tienen un sexto sentido, ese que nos hace falta a nosotros para ver las personas que nos convienen —comenta con malicia Fede estudiando a Mattia, que mira a Daniela y a Ettore. Yo le lanzo otra mirada asesina y le doy un codazo, ella me responde gesticulando y abriendo los ojos grandes. «¿Quééé?» le contesto poniendo los ojos en blanco.

—Hace muy buen día para pasear... no podía tener a Daniela encerrada y como no conocemos a nadie por aquí, hemos decidido venir a tomar un helado al centro —explica Mattia volviéndose hacia nosotras.

—Sí, claro, nosotras también hemos salido a dar una vuelta — respondo un poco azorada esperando que de un momento a otro aparezca su mujer—. Ettore... necesitaba salir.

—Por tu acento puedo adivinar que no eres de aquí —acota mi hermana.

—Mi hija y yo nos mudamos hace poco desde Torino al mismo barrio donde tiene la pastelería Lucy. Por cierto, hace unos cappuccinos riquísimos, aunque seguro que tú lo sabes mejor que yo.

—¡Aaah!, si ya decía yo que no eras de aquí. Tienes que probar la tarta de manzana que hace, es un manjar —comenta mi hermana, que me lanza una mirada cómplice y sonrío.

Yo miro para otro lado poniendo los ojos en blanco y rogándole a la tierra que me trague... pero no ocurre el milagro.

—Uy... Me ha llegado un mensaje —dice sacando el teléfono del bolsillo y haciendo que lee. Pero yo no he oído nada y por la cara de cabrona que tiene sé que está mintiendo—. Me tengo que ir, me olvidaba de que he quedado y se me hace tarde.

—Pero... entonces... —Estoy un poco descolocada.

—Quédate que yo me cojo el *tram* aquí en la plaza. Ya te llamo yo *sister*. Encantada... Mattia. *Ciao* Dani, nos vemos en la cafetería. —Levanta la mano y saluda a la pequeña.

La niña responde y levanta la manita para saludarla, pero sin despegarse de Ettore. Lo tiene cogido por la correa y el muy... se deja llevar por aquí y por allá, cerca de la fuente.

—Lo siento —dice Mattia.

—¿Por qué?

—Hemos interrumpido el paseo con tu hermana.

—No es nada. —Sonrío quitándole importancia, la verdad es que ha sido ella quien se ha marchado dejándome tirada.

—¿Te apetece acompañarnos? Tal vez podríamos tomar algo y charlar un poco. Te invito para resarcirte de haberte hecho perder la compañera de paseo y así nos haces de anfitriona, que como te he dicho no conozco a nadie aquí... y llevo dos semanas sin hablar con ningún adulto.

Une las manos delante en forma de plegaria, pone cara de pena y señala a la pequeña que ríe despreocupada con Ettore.

Otra pista: lleva dos semanas aquí y no ha hablado con otro adulto. Mmm... «Lucy saca las antenas que te está lanzando señales», me digo.

Me muerdo el labio inferior y no puedo evitar sonreír, es tan encantador.

—Venga, acepto —respondo, no estoy en condiciones de hacerme de rogar y, por lo que he podido entender por sus palabras, está solo con Dani. Esta historia se hace cada vez más misteriosa e interesante, tendré que desplegar mis habilidades de Sherlock. Nos dirigimos a la terraza en la que estábamos antes mi hermana y yo mientras mentalmente me felicito por haberme arreglado un poco.

Mattia coge de la mano a Daniela, que lleva a su vez a Ettore que camina con gracia y sin tirar; parecemos la imagen de una perfecta familia feliz. De pronto me siento incómoda al darme cuenta de eso y miro de reojo a nuestro alrededor, sintiéndome observada.

Conforme nos acercamos a la terraza, las mujeres de las otras mesas se vuelven hacia nosotros y hasta algunas cuchichean entre ellas.

—Y... ¿te gusta Firenze? —pregunto una vez que nos sentamos, poniendo la cabeza de lado mientras contemplo el rostro de Mattia, que no aparta la vista de la niña y del perro que juegan apenas unos metros más allá.

—Eh, bueno... Sí, es muy bonita —dice posando sus ojos celestes en mí, el tono de su voz vuelve a ser melancólico.

Luce tan guapo con el tejero azul oscuro, la camisa vaquera y los *Timberland* que lleva puestos que me cuesta concentrarme en la conversación.

—Ha sido una salida. ¿Conoces ese dicho que reza «cuando se cierra una puerta, se abre una ventana»? —pregunta encogiéndose de hombros y enarcando las cejas.

—Sí —digo dando un trago a mi agua con limón.

—Bueno, pues nuestra ventana es Firenze. Es la oportunidad para comenzar de cero lejos de los recuerdos, de las cosas cotidianas, de nuestras fotos amarillentas. En fin, de nuestra vida pasada. No ha sido fácil, pero es necesario por el bien de Dani y por el mío propio.

Sus palabras están teñidas de tristeza, dejan entrever que algo no ha

ido bien en su vida, tal vez está separado. Lo miro intentando comprender el mensaje oculto, lo que no dice, y en cierto modo me siento identificada con lo que me está contando porque para mí Firenze significó lo mismo, el punto de partida para una nueva vida.

—Tú tampoco eres *fiorentina*, y mucho menos toscana —observa clavando su profunda mirada en mis ojos. Su comentario me toma un poco por sorpresa, por un momento clavo mis pupilas en él en silencio y parpadeo.

—No, soy de Roma.

—Una romana en la Toscana... interesante. —Se rasca la barbilla y asiente, con una sonrisa de medio lado.

—Bueno, si te soy sincera para mí Firenze también ha sido mi ventana —digo sonriendo mientras levanto las manos y me encojo de hombros.

—Entiendo. ¿Y se puede saber por qué? ¿Por qué te escapaste de Roma, Lucy?

Me doy cuenta de que es una pregunta sin doble sentido, simplemente le ha salido de dentro, así que respondo con sinceridad.

—Estuve casada, pero al divorciarme... quería volver a empezar lejos de todo y decidí hacerlo aquí.

Me mira sorprendido, la arruga en su frente se disipa y la expresión en sus ojos cambia, como si se hubiese retirado un velo.

—¿En serio has estado casada?

—Sí. —Me arrepiento un poco de haberle confesado mi divorcio, pero ya no puedo dar marcha atrás.

—Eres tan joven... —comenta.

—Ya ves, los errores, al menos en mi caso, se cometen a cualquier edad —respondo con ironía.

Ettore arrastra a Daniela hacia nuestra mesa, la gente que está a

nuestro alrededor nos observa, las mujeres sonríen con condescendencia al ver a la niña. Seguramente están pensando «mira que familia más bonita». La sensación de incomodidad vuelve a invadirme.

Escucho el comentario que confirma mis pensamientos, proviene de la mesa que hay detrás de mí.

—¡Qué niña más guapa!, si es que es igual a la madre —dice una anciana y me toca el hombro—. La felicito.

La miro sin saber qué demonios responderle y sonrío nerviosa rascándome el cuello. Mattia observa divertido sin decir nada.

Ettore de un salto se sube en mi falda, veo que los ojos le bailan de la alegría y tiene la lengua fuera.

—Ya no quiere jugar —reclama Daniela subiéndose encima de su padre y cogiendo su zumo de naranja, el mismo que hasta hace poco no había querido beber porque estaba entretenida con el perro.

—Seguro que está cansado —dice Mattia, en tono dulce.

Siempre se dirige así a la pequeña, con esa ternura especial que solo tiene un padre. Me recuerda tanto al mío, a cuando yo era niña...

Ettore tiene las fauces abiertas y está jadeando, la lengua rosada y larga como un espagueti le cuelga de un lado. Está acalorado, pido al camarero si me puede traer un vaso de agua y se lo bebe del tirón.

Daniela se vuelve loca al verlo, desciende de las piernas de su padre y se abalanza sobre mí, apoya los codos en mi regazo y mira embobada a Ettore mientras le acaricia el lomo. Sus ojos denotan lo maravillada que está.

—Le encanta tu perro, hacía mucho que no la veía sonreír... —dice con tristeza Mattia. Levanto la mirada y contemplo impertérrita sus ojos celestes que observan a la pequeña. Tengo ganas de preguntar sin anestesia, sin vueltas, sin tacto, qué demonios es lo que les ha sucedido... pero me contengo.

El hecho de que la gente a mi alrededor piense que somos una familia me agobia un poco, yo nunca he tenido la intención de tener niños y ahora me encuentro pasando mi tiempo libre con uno.

—Daniela, con cuidado. Así le haces daño a Lucy —dice Mattia viendo que la niña intenta trepar junto a Ettore en mi regazo.

—No pasa nada. —Sonrío condescendentemente y acaricio su rubia cabeza. Su pelo huele a vainilla y aspiró hondo.

—Te gusta mi colonia. —Me ha pillado.

—Sí, mucho —digo endulzando el tono e improviso una sonrisa.

—Huele igual que tus pastelitos, que están buenísimos.

—¿Te gustó el *cupcake*?

—Sí, mucho, gracias.

—De nada, pasa cuando quieras y te daré a probar otros.

Me descubro hablando con Daniela como si nada. Esto no funciona, no va bien. ¿Dónde está mi radar anti niños? ¿Dónde ha quedado mi terror a estos monstruitos que ponen la vida de las personas de cabeza, que no te dejan dormir cuando son pequeños y que te quitan el sueño aún más cuando son grandes?

¡Por Dios! ¿Qué me está pasando? Tal vez tengo el mismo virus que Ettore, que tampoco ladra ni a la peque ni a Mattia. Nos han embrujado.

Me asaltan las ganas de levantarme y salir corriendo. No puedo ser yo, ¡no! Me han abducido los extraterrestres y me han hecho algo, seguro, por eso tengo tanta sed. No, no, es resaca.

Ya no me importa saber qué es lo que hacen en Firenze, quiero marcharme a casa, quiero alejarme de ellos, porque lo que sea que los ha traído hasta aquí puede que se los lleve de nuevo... Y, ¿qué voy a hacer cuando me falten?

Yo no quiero una criatura en mi vida, no sé qué hacer con la mía

como para tener que preocuparme por la de otro ser. Un niño es una responsabilidad y no estoy preparada para eso. Necesitan cuidado, afecto y un montón de cosas, con un niño de por medio no se puede hablar de una relación sin ataduras... Me planteo a mil por hora una serie de problemáticas que solo debería afrontar si quisiera algo con Mattia y si él también quisiera algo conmigo.

—Imagino que no tienes niños... —dice Mattia risueño interrumpiendo mi cavilación. Creo que se ha dado cuenta de mi falta de «práctica» que, pensándolo bien, es más que evidente y completamente normal.

—No —respondo y parpadeo repetidas veces intentando no reflejar ningún síntoma de incomodidad, pero creo que es en vano. Soy demasiado transparente, si miento se me nota, me froto la nariz y esquivo la mirada, algo que acabo de hacer ahora mismo.

—Imaginaba, aunque lo haces muy bien...

—¿Puedo llevármelo un ratito más a jugar?, te prometo cuidarlo —dice Daniela sonriéndome y su carita se ilumina. Como para decirle que no.

—Por mí no hay problema —respondo y dirijo mi vista hacia su padre.

—Solo un poco más que tenemos que irnos. Y no te alejes mucho Dani.

—Vale papi... gracias Lucy —añade sonriéndole y lanzándole un beso con la mano, a lo que Mattia responde haciendo el ademán de cogerlo en el aire y cerrar el puño.

—No es difícil tratar con ellos, son personas en miniatura. Me costó comprenderlo al principio, pero cuando de pronto te encuentras solo no queda otra que coger el toro por los cuernos... Al principio se me cayó el mundo encima... ¿sabes? —Lo observo sin entender muy bien qué intenta decirme.

Estoy un poco confusa y él no me ayuda con su manera de hablar enigmática, me devuelve una mirada comprensiva y después de dar un sorbo a su vaso intenta explicarse—. Mi esposa falleció hace unos años. —De repente todas las dudas se disipan, todos los muros se derriban terminando con mi investigación y mi sed de información.

«¡Elemental mi querido Watson!», me digo a mí misma. De pronto un frío glacial me recorre la espalda, me pica el cuero cabelludo y siento que la sangre abandona mis extremidades. Menos mal que estoy sentada porque si no me caía de culo. La victoria de haber desentrañado el misterio tiene un sabor amargo.

¡Mierda, mierda! No podía ser peor, no podía ser una tía ligera de cascos que se había ido con otro, no podía ser que simplemente estaban divorciados porque se pasaban la vida discutiendo y habían decidido dejarlo... Tenía que estar... ¡muerta! ¡Jodeer!

—Lo siento —digo tragando la saliva que no tengo porque siento la boca de nuevo seca. Carraspeo y doy otro sorbo a mi agua.

—Gracias. Después de varios años he encontrado el coraje para escapar de familiares y recuerdos. Por eso hemos venido a Firenze, creo que es algo que le vendrá bien a Daniela y por supuesto a mí.

—Claro...

El teléfono en mi bolsillo comienza a sonar y lo saco.

—Disculpa. —Doy gracias desde lo más profundo de mi ser a que «San *smartphone*» me haya salvado. Me está llamando Noelia, dice que está en mi casa y que dónde demonios me he metido. Tiene cosas que contarme y no piensa marcharse sin antes hablar. Cuelgo.

—Lo siento, es Noe, la chica que te presenté el otro día, una amiga un poco pesada... —bromeo.

—Te tienes que marchar...

—Sí.

—Gracias por compartir un rato con nosotros y por dejar jugar a Daniela con Ettore, se llevan muy bien. Hacía mucho que no la veía reír tanto.

—Es extraño, pero tengo que reconocer que parece que Daniela y tú le habéis caído muy bien —comento haciéndole un poquito partícipe de las cualidades de Ettore, ya que me siento culpable por tener que marcharme.

—Es mutuo —responde y sonrío.

Despegar a Ettore de Daniela y viceversa no es una tarea fácil. Cuando conseguimos separarlos lo cojo en brazos y salgo disparada. El teléfono vuelve a sonar.

—Que sí, pesada. Estoy llegando.

Capítulo 7



Y entre idas y venidas, Siena, Pisa, Livorno, Arezzo, Massa-Carrara, Prato, Pistoia, Lucca, Grosseto, Firenze, son ciudades todas ellas que forman parte de la Toscana, y si un día de paseo tú te marchas, no te olvides de pasar y visitar unas cuantas.

Todas ellas bellas y esplendorosas, algunas conocidas, otras no tanto...

Llego corriendo, doy la vuelta a la esquina y veo a Noelia paseándose nerviosa por la acera con el teléfono en mano. Desde la plaza a mi casa no hay mucha distancia, pero la verdad entre la gente y el peso de Ettore, que ya no quiere caminar, me ha llevado mi tiempo llegar.

—¿Pero se puede saber dónde demonios te habías metido? Te he enviado un montón de mensajes y, al ver que no estabas en tu casa, pensé que te había pasado algo —dice pálida mortal y cuando termina casi sin aliento, toma aire.

—Tranquila... como verás estoy entera con mi caballero de brillante armadura Ettore que siempre vela por mi integridad de doncella —digo poniéndole delante de su cara. Él mueve la cola y la lame, es lo mejor para ablandar a Noelia. Es el único que puede con su mal genio.

—En serio —dice más tranquila y me da dos besos— deja que te mire, menos mal estás bien.

—Que sí, pesada, vamos arriba.

Una vez en casa más relajadas preparo algo para picotear, las tripas comienzan a sonarme, e invito a mi amiga a que se quede a cenar.

—Venga, que tenemos que hablar mucho, acepto tu invitación. Espera que le digo a mi madre que no voy a volver a cenar.

Después de llamar por teléfono y mientras yo corto los tomates cherry por la mitad y saco la mozzarella de la nevera, ella prepara la mesa.

—Bueno ¿me vas a decir dónde estabais? ¿No será con el buenorro del *BluLine*? Lo siento, lo siento de nuevo Lucy. ¿Habéis quedado para volveros a ver?

—Jajaja, nooo, fue el momento y ya pasó. El alcohol, la música... me dejé llevar. De todas formas, recuerda que es de Torino y seguro que pronto se va, menos mal. Estaba dando una vuelta por el centro con Fede...

—Ahhh bueno, día de hermanas. ¿Y dónde está ahora?

—Me abandonó después de que nos encontráramos con Mattia. — Agacho la cabeza esperando la reacción de Noe.

—¿Qué? ¿Con quién te encontraste? ¿Con el papito y la nena? ¡Estás que te sales Lucy! ¿Y?

—Y nada, me invitó a tomar algo. Mientras Ettore, el traidor, jugaba con la pequeña nosotros charlamos un poco.

—¿Descubriste el misterio de la mujer? —Se sienta en la silla y apoya el mentón en las manos. Posición «tienes toda mi atención».

Tomo aire y la miro con cara de circunstancias, ella se queda pendiente de mis labios, levanta las manos al aire y resopla.

—¿Te puedes dejar de tanto misterio?

—Está muerta... —digo y continúo poniendo un poco de orégano en el tomate.

—¡Nooo! Esto es muy fuerte, entonces el bombón es viudo. No me lo

creo...

—Sí, es muy triste. Murió hace cinco años, no sé ni cómo ni por qué, pero el caso es que decidió traerse a la pequeña a Firenze para poder empezar de cero.

—Uy, pues entonces no tiene ataduras, no hay mujer de por medio... Yo no me lo pensaría mucho. Tú misma.

—¡Noe! —la regaña—. Yo no sabría qué hacer con una niña, no tengo hijos propios, no creo que fuera capaz de criar... a una que no es mía. Además, sabes lo inútil que soy.

—Pero si te has hecho cargo de Ettore y míralo, la mar de feliz que vive, le has salvado la vida y no veo que se queje.

—No compares a un perro con un niño... para mí Ettore es uno más de la familia, pero un niño es una responsabilidad y sabes que a mí no me gustan.

—Son seres vivos y ambos necesitan afecto, comer y que algún adulto se haga cargo de ellos. Vamos, más o menos como los hombres.

Me entra la risa por la forma en la que ha simplificado las cosas hasta volverlas algo cómicas. Esa es la capacidad que tiene mi amiga, siempre ve el vaso medio lleno.

—No insistas, además se nota que sufre mucho todavía por su mujer. Tal vez no quiere nada con nadie, tal vez la sigue amando, como en las pelis.

—Bueno, pero el tiempo cura todas las heridas, no puede pasarse la vida llorándola. No seas boba, es un hombre y como tal tiene necesidades. Y tú estás muy pero que muy buena. Además, si el destino se empeña en reuniros no creo que sea para que charléis como dos abuelos paseando por la plaza. ¡Espera! —grita dando un salto en la silla con los ojos grandes—. ¡Qué coincidencia!, Mattia es de Torino como el bombón de Gustavo, brrrr —dice estremeciéndose—. Eso es el destino que te pone delante a uno u otro, pero

parece que tu hombre tiene que ser torinés. ¿O qué si no?

—Casualidad... —digo escéptica sin dar mayor peso a las cosas—. Bueno, cuéntame con detalles cómo fue todo con Valerio, que no te he podido preguntar.

—Ya sabes que le pedí a mi príncipe azul que pasara a buscarme al club, él dejó a sus amigos y yo te mandé a casa. Terminamos haciéndolo en la parte trasera de su coche.

Capítulo 8



Caminar por las calles adoquinadas perdiéndote entre la gente, comer un trozo de pizza saboreando los ingredientes genuinos y dejándote transportar por los cinco sentidos al paraíso terrenal, es así cómo describiría un paseo por Firenze...

Lunes otra vez. De un salto me pongo en movimiento comenzando el ritual diario de ducha, preparar a Ettore y salir disparada hacia la pastelería. Como mi hermanita no me puede ayudar tengo que hacer muchas cosas, así que he decidido levantarme más temprano. Menos mal que he suspendido los pedidos, solo tengo que hacer los dulces para la cafetería y me he inventado «la semana de las *crostatas*».

Limpio el local y termino de hornear las tartas, solo me quedan por hacer unas galletas que he preparado con las sobras de la masa, tengo todo listo para comenzar la semana. Miro el reloj, me da tiempo para ir a ver a René, mi *giornalaio* (kiosquero) donde compro el periódico todos los días para que mis clientes puedan leer las noticias mientras desayunan mis cafés y dulzuras. Esta semana quiero que se vuelvan locos con el «desfile» de *crostatas* que he preparado. René me sorprende saludándome con una enorme sonrisa y una revista que mueve como una bandera en la mano, agitándola por encima de su cabeza.

—¡Buenos días Lucy, así que eres famosa! —exclama y una señora que ojea unas revistas más allá se vuelve para observarme de arriba abajo, curiosa y un poquito incrédula.

—Shhh, René. Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco? —le pregunto sujetando con una mano la bici, Ettore lo mira desde el cestito con un poco de curiosidad y con más ganas de ladrar.

—Fíjate, aquí salís las *tres mosqueteras*. —Nos conoce porque siempre nos ve juntas, fue él quien nos puso el mote. Es un hombre que bien podría ser nuestro padre, tan simpático y educado; conozco a su mujer, totalmente lo contrario a él: tosca y sobre todo poco simpática, menos mal que no está casi nunca en el kiosco. Abro los ojos y ahogo un grito al escuchar lo que anuncia René a todo pulmón.

—¡Dame eso! —Estiro la mano para coger la revista al vuelo, la ojeo hasta que llego a la foto donde salimos las tres abrazadas, como si fuéramos las chicas de *Sexo en Nueva York*—. ¡Joder! —exclamo, y la señora vuelve a levantar la vista de lo que estaba mirando o de lo que fingía mirar, porque estoy más que segura de que se quedó para cotillear, lanzándome una mirada reprobatoria—. Lo siento —me disculpo encogiéndome de hombros y sonriendo incómoda. Toso y me vuelvo hacia René que, con ojitos brillantes y lleno de emoción, me pregunta:

—¿Qué? ¿Te la llevas?

—Sí, por supuesto René. Dame los periódicos y la maldita revista, y no se lo digas a nadie más. Por favor. —Sé que será imposible que mantenga la boca cerrada. Es más, sospecho que ya debe haber vendido varias con el reclamo de que salimos nosotras.

—De eso nada, casi está agotada, se las he vendido a todos en el barrio. —Y esto responde a mi suposición. Me llevo una mano a la cabeza y lanzo una mirada de reprobación a mi querido René, pero no puedo

enfadarme con él.

—¡René, deberíamos ir a partes iguales con las ganancias! —bromeo resignada metiendo las revistas en el cesto al lado de Ettore, que se mueve nervioso.

—Sois buenas para el negocio, ya verás cómo se te llena la cafetería. Al menos con los vecinos del barrio, están todos revolucionados.

Sofocada por la noticia de la revista y por la temperatura que ya va cogiendo el día me dirijo a mi pastelería.

Tengo tanto trabajo que me dan las ocho en un abrir y cerrar de ojos. Pero como siempre por arte de magia termino a tiempo.

Me acerco a la puerta y giro el cartel para que se lea «abierto», y con la dificultad de todos los días cojo el pizarrón y peleo con la puerta, que intenta cerrarse, para sacarlo fuera. De repente alguien me coge de la mano, es una mano fuerte.

—¿Te ayudo?

Esa voz la conozco, levanto mi mirada dejando de forcejear y me quedo como boba al encontrarme delante a Mattia, mi caballero de brillante armadura, que coge el pizarrón y como si nada lo lleva hasta la acera, donde lo coloca.

—¿Aquí está bien? —pregunta con una sonrisa, señalándolo como si se tratara de un anuncio.

—Perfecto —digo chasqueando la lengua, levantando el pulgar y guiñando un ojo—. Gracias. Buenos días, Mattia.

—Buenos días, Lucy.

Cuál es mi sorpresa cuando veo entre sus manos la revista de cotilleos donde salimos las *tres mosqueteras*, de pronto la sangre abandona mis extremidades y noto un sudor frío.

—¿Ya has abierto? Acabo de dejar a Dani en el colegio y venía a

desayunar.

—Claro, pasa. —No puedo quitar los ojos de la revista, estrujo el delantal blanco que cojo del mostrador. Llevo el cabello recogido en una cola alta y pantalón tejano, sandalias de cuña y una camiseta roja.

Mattia sonrío de una manera muy especial, por lo que intuyo que ha visto nuestra foto. Cuando tenga a tiro a René me lo cargo, eso lo puedo asegurar.

Paso detrás del mostrador y me vuelvo para preguntarle qué es lo que quiere que le sirva.

—Una porción de *crostata* de cerezas... No, mejor de frutos del bosque, sí. Y un cappuccino, de esos tan buenos que solo tú sabes hacer — bromea y me guiña un ojo.

—Jejeje, Noe exagera, siempre exagera... —digo meneando la cabeza, mientras mentalmente pienso los peores adjetivos calificativos para mi queridísima amiga.

—Pero soy yo quien lo dice, me gustó mucho. Ese toque de canela lo hace... especial —comenta poniendo la cabeza de medio lado y sonriendo.

Lo miro y se me iluminan los ojos. Casi nadie repara en ese detalle, en la mezcla del chocolate negro y la canela que pongo sobre la espuma del cappuccino. Pero Mattia lo ha notado...

—Adoro la canela —añade.

Un muchacho muy joven entra al local. No puedo ver su cara, la lleva cubierta por un enorme ramo de flores.

—Buenos días. Disculpe, ¿la señorita Francini?

—Sí, soy yo.

—Firme aquí, son para usted.

Con cara de boba, ya que nunca me han enviado flores y no sé de quién pueden ser, las cojo y me dirijo a la parte de atrás para buscar un jarrón

donde ponerlas, mientras descubro la tarjeta que está entre ellas.

Lucy,

Espero que tengas un buen lunes. Deseo probar pronto tus tartas que, si son como tus besos, estoy seguro de que serán un manjar. Hasta la próxima.

Gustavo

Esbozo una sonrisa entre incómoda y bobalicona, Gustavo me ha enviado flores. Me sonrojo, ya es casualidad que me las traigan justo cuando está aquí Mattia. Dejo la tarjeta en la parte trasera, meto en el horno las galletas que me quedaban por hacer y vuelvo al mostrador, donde deposito la jarra y el ramo. Mattia no aparta los ojos de la revista que tiene delante, aunque creo haberle pillado mirándome por el rabillo del ojo.

Cuando termino de hacer el cappuccino se lo paso, da un sorbo y continúa ojeando la revista en silencio. Ya podían haber llegado las flores en otro momento, tal vez piensa que tengo novio. ¡Jo!

Mientras continúo mis quehaceres descubro que cada cliente que entra al local lo hace con una sonrisa de oreja a oreja y me saludan de manera extraña. Al acercarme a servir las mesas reparo en que todos traen consigo una copia de la revista, están aquí por cotillas y no por buen paladar.

Sole entra con la dichosa revistita en cuestión, agitándola como una bandera. Es la gota que colma el vaso.

—¡Será cabrón! —digo en voz alta, cerrando la caja registradora con la cadera mientras paseo la mirada por la tienda llena. Mattia, que se encuentra apoyado en el mostrador, da un salto en el taburete, me mira sorprendido abriendo los ojos como platos y enarcando las cejas.

—¿Qué sucede Lucy?

—René. René el *giornalaio* os ha dicho que compraseis la revista esa de cotilleo que tenéis todos porque salía yo, me lo ha dicho, y por eso estáis

aquí —grito, y todos dejan de hacer lo que están haciendo y se quedan impertérritos mirándome. Sole se para en seco a mitad de camino entre la puerta y el mostrador y, avergonzada, observa a todos que también clavan sus ojos en ella. Bajo la mirada y continúo diciendo entre dientes—. Bueno sí, soy yo la que sale en esa foto y ella también. —La señalo, siento que mis mejillas arden y me pica el cuero cabelludo, aparto la vista para posarla en la camita de Ettore, que me observa y mueve la cola sin ser consciente de que su dueña se ha hecho famosa por una revista de mierda.

—¡¡Sí!! —dice una anciana que se levanta con la revista en la mano agitándola—. Eres nuestra chica y nos alegra venir al bar de una celebridad, además de buena eres hermosa y nos tratas muy bien. Por eso estamos aquí. —Sole echa a correr y llega detrás del mostrador. Me pasa un brazo por los hombros y me aprieta fuerte.

Todos aplauden y gritan. En lo que mis clientes me vitorean, llega mi hermana con sus amigas y, uniéndose a la ovación, saltan y dan gritos. Dirijo mi mirada confundida a Mattia, que aplaude junto con el resto de los presentes, y una sonrisa tímida comienza a dibujarse en mi rostro. Se me saltan las lágrimas por tanto cariño, no me esperaba todo esto.

—Sí, señoras y señores, esta es mi hermana, ¡la pastelera famosa! —grita Fede.

—Tú deberías estar estudiando...

—¿Y perderme esto? Estoy en un descanso...

Uno a unos se van acercando y besándome para luego volver a su sitio, el afecto de la gente me sorprende. Mattia se une a la algarabía, lo he pillado un par de veces mirándome y un escalofrío me ha recorrido entera.

De pronto el olor a quemado y el humo que comienzan a salir del obrador invadiendo la pastelería llaman mi atención. ¡Qué despistada! Las galletas, se me han olvidado por completo.

—¡Afuera! —Sin pensármelo dos veces y con el corazón en la boca, grito con todas las fuerzas que encuentro en mi interior—. ¡Todo el mundo fuera! —El terror me sobrecoge. Ettore ladra, la gente tose, y todos comienzan a chillar—. ¡Fede, coge a Ettore, por favor! —atino a decir a mi hermana. En medio de la confusión y del humo, que parece una cortina que lo cubre todo, pierdo de vista a mi gente.

Sin pensármelo dos veces me dirijo al obrador para intentar sacar la bandeja del horno, sin darme cuenta de que detrás de mí corre otra persona.

Tanteando, cojo un paño y me dirijo hacia donde intuyo que está el horno. Me lloran los ojos y el miedo me tiene aturdida. Llego al él sin casi ver y tosiendo como una loca, no quiero que los bizcochos carbonizados provoquen un incendio. Intento sacar la bandeja, pero en mi tentativa desesperada y torpe se me resbala cayéndome en el brazo, me he quemado.

—¡Aaay! —grito soltándola. El sonido del metal impactando contra el suelo retumba en mis oídos. Me faltan las fuerzas, el humo es tan denso que no veo nada y ya no puedo casi respirar, me dejo caer de rodillas.

—Lucy, ¿dónde estás? —Esa voz me alerta.

—¡Aquí, aquí! —chillo y el corazón me salta en el pecho. Es Mattia, podría reconocerlo en cualquier parte.

De pronto en medio del humo aparece su rostro, lleva puesto algo delante de la boca, solo puedo ver sus ojos celestes. Me rodea con sus brazos y me levanta, cuando abrazo su cuello, me doy cuenta al tacto con su piel desnuda de que no lleva la camiseta.

Salimos corriendo. Nada más atravesar la puerta aspiro desesperada el aire limpio de la calle y apoyo mi cabeza en su pecho percibiendo el latido acelerado de su corazón. Mi hermana corre hacia nosotros gritando mi nombre y llorando como una loca. Mientras Ettore ladra desesperado, el resto de mis clientes aplauden y vitorean a mi salvador.

—Tranquila... estará bien. —Dice Mattia dirigiéndose a mi hermana. Miro su rostro tan cerca del mío e intento secarme con el dorso de la mano las lágrimas que mojan mi cara.

Me sienta con cuidado en el suelo, se arrodilla a mi lado y, preocupado, me pide:

—Lucy, déjame verte.

La garganta me arde y no puedo parar de llorar. Intento hablar, pero parece que tengo la garganta cerrada. Después de pasear su mirada sobre mi cuerpo de arriba abajo, coge mi mano entre las suyas y escucho que exclama:

—¡Te has quemado! ¡Que alguien llame a una ambulancia! —grita.

—Ya está avisada —responde la voz de un hombre desde el montón de gente.

En la distancia me llega la voz de mi hermana que me echa la bronca y me grita, pero no entiendo sus palabras. Veo que vocifera y que mueve los brazos como loca, presa de un ataque de nervios.

Las sirenas de los bomberos me devuelven a la realidad, miro hacia la tienda y puedo ver el humo salir por la puerta. Los bomberos entran al local, abren las ventanas y las puertas de par en par, revisan los extintores y salen con la buena noticia de que no pasó nada grave, solo fueron los bizcochos que, al carbonizarse, provocaron la humareda. Nos informan de que gracias a que los saqué a tiempo evité un incendio, pero el humo ha manchado las paredes del local y necesitaré pintarlo todo.

Ahora no solo soy famosa por las fotos de la revista sino también por la torpeza...

Mientras los bomberos hacen su trabajo a mí me atienden en la ambulancia. Los sanitarios nada más llegar me han cogido del suelo y han preguntado a Mattia si está bien, si necesita algo, pero él contesta que me atiendan a mí. Me meten en la ambulancia y él se queda dando vueltas cerca.

Lo veo pasearse sin apartar los ojos, un par de veces me ha sonreído y me ha saludado con la mano mientras me vendaban, ya que tengo quemaduras. No de gran importancia, pero la suficiente como para impedirme trabajar por un tiempo... Además, por mi estado de nervios, me han dado un tranquilizante; al menos he dejado de llorar como loca.

Fede se acerca y, alegando ser mi hermana, se sube a la ambulancia.

—¿Cómo estás? Voy a llamar a mamá y papá... —Ella tiene un carácter fuerte que le hace mantener la sangre fría y no perder el norte ante una emergencia, y aunque al principio yo estaba asustada y nerviosa, después del informe de los bomberos y del tranquilizante también estoy serena.

—De esto ni una palabra ni a mamá ni a papá, y mucho menos a Catalina, Fede. Prométemelo —le ruego a mi hermana. No puedo preocuparles innecesariamente, después de todo estoy bien. No hay por qué hacer las cosas más grandes de lo que son. Ya pasó.

—Pero... —Mi hermana se hace la difícil, pero yo soy más cabezota que ella. Nadie me gana.

—Pero nada, chitón. Si les dices algo no volverás a trabajar conmigo. Y es una promesa. —La señalo con el dedo entrecerrando los ojos.

—Vale, vale, pero si me prometes que estarás de baja los quince días que te han dado los sanitarios y si me dejas que te eche una mano. Es más, me voy a mudar contigo para ayudarte en todo.

—Trato hecho.

Con tal de que se calle soy capaz de decirle que sí a cualquier cosa. Prefiero aguantarla a ella antes que a Cata *la sargento*, ella sí que es pesada y mandona. Ya tiene suficiente con dirigirles la vida a su marido y a su pequeña, no quiero darle el gusto de que venga a orquestar la mía.

Sole se ha quedado paralizada sentada en el borde de la acera, puedo verla desde la ambulancia. Con ella se encuentra Mattia, que la ayuda a

ponerse de pie con una mano mientras con la otra sujeta la correa de Ettore, que está sentadito observándolos, pobre. Mi hermana me cuenta que ha hablado con Noelia y que, cuando se ha enterado de lo que ha ocurrido, ha querido venir a verme enseguida. Menos mal que la ha convencido de que no lo haga. Llamo a Noe para decirle que estoy bien y que nos vemos por la tarde en mi casa más tranquilas y hablamos.

No puedo permitir que mi amiga pierda un tiempo precioso, la Feria del Helado está cerca y la pobre hace meses que no duerme inventando nuevas recetas y mejorando unas que ya tiene. Ha preparado unos nuevos sabores para ver si este año puede ganar el premio que se otorga a la creatividad, el año pasado logró el primer puesto así que este no debe ser la excepción, siempre tiene buenas ideas rondándole en la cabeza.

Cuando los sanitarios me dejan salir de la ambulancia, con mi hermana pegada a mí como un koala a un eucalipto, a la primera persona que veo es a Mattia.

—¿Estás bien? —Clava sus ojos celestes en mí, están un poquito rojos, se ha puesto de nuevo su camiseta y tiene el cabello revuelto. Está tan sexy que me lanzaría de nuevo a sus brazos, me ruborizo al recordarme entre ellos y apoyada en su musculoso pecho.

La gente, al ver que se han marchado los bomberos y que todo está bien, se ha comenzado a disipar.

—Sí, muchas gracias por haberme salvado, si no hubieras entrado para sacarme... —Dejo de hablar pues se me hace un nudo en la garganta, mis ojos se nublan y una lágrima cae por mi mejilla.

Mattia me observa por una fracción de segundo en silencio, alarga una mano y aprieta mi hombro mientras con el dedo gordo de la otra seca la lágrima que se me acaba de escapar.

—Era lo menos que podía hacer... estabas en peligro, cuando vi que

entrabas en el obrador y desaparecías sumergiéndote en el humo corrí detrás de ti... —Su tono es comprensivo, para luego con más ánimo agregar—. Además, no encontraré a nadie más que haga los cappuccinos tan buenos como los haces tú. Por no hablar de las tartas, sería una pena que el mundo se perdiera eso... —Sonríe y se le iluminan los ojos—. ¡Vamos, ánimo! Todo irá bien, es solo una pequeña quemadura, pronto estarás dando guerra de nuevo y los bomberos han dicho que el local está bien, que fue solo humo.

Sin poder pronunciar palabra, porque sé que si intento abrir la boca me voy a echar a llorar como una Magdalena, asiento sorbiéndome los mocos.

Trata de quitarle hierro al asunto, y yo intento improvisar una sonrisa. Mirándome la mano vendada me doy cuenta por primera vez de que mi hermana tiene razón, en estas condiciones no puedo trabajar y tendré que cerrar durante quince días.

—¿Te ayudo a cerrar el local? —me dice indicando con el mentón la pastelería.

—Oh, gracias, eres muy amable, pero...Fede... —nombro a mi hermana que como por arte de magia ha desaparecido—. Es abusar de tu amabilidad, ya le diré a Fede que me ayude, si la encuentro. —Me encojo de hombros.

De pronto aparece de la nada mi querida hermanita con cara de feliz cumpleaños.

—Me tengo que ir...

—¿Y eso? Hay que cerrar... y me prometiste que me ayudarías en todo.

—Y lo haré, pero... —Está buscando una excusa, la conozco—. Tengo que ir a por mis cosas. Vete a casa, yo iré en un rato...

—Ya te ayudo yo, Lucy... después de todo no tengo nada más que

hacer.

—Eso ¿ves? Ya tienes quien te ayude hasta que yo vuelva. Muchas gracias Mattia, eres un cielo. —Y, acercándose a él, le arrea un beso. Después me abraza a mí y me da otro con una sonrisa de oreja a oreja, levanta la mano y nos saluda—. Luego te veo Lucy, recuerda que estoy de exámenes y tengo que ir a por mis libros. Además, seguro que Mattia puede ayudarte aquí, ¿no? —Él coge al vuelo la oportunidad que le ofrece mi hermana—. Gracias por salvar a Lucy ¿eh? Un príncipe azul —Chasquea la lengua.

—Sí, sí, siempre tienes una excusa —respondo con ganas de...

—Bueno, al final nos hemos quedado los dos solos. Y Ettore. Dani sale por la tarde del cole, te ayudo a cerrar y te acompaño a casa. El calmante irá haciendo efecto y no es conveniente que vayas en bici sola por ahí. En realidad, no puedo hacer eso al pobre Ettore, temo por su salud —bromea.

—Pobrecito, qué susto se habrá llevado... mi pequeño... —digo acariciando su cabeza y comienzo a sentir los párpados pesados.

Terminamos de cerrar, Ettore no hace más que estornudar y toser sentado en su cama. Cuando quiere es un teatrero, es cierto que ha quedado un olor a humo que costará quitar de las paredes, pero él con su nariz tan fina no hace otra cosa que toser. Suspiro paseando la mirada por el local, tal vez ha llegado el momento de volver a pintar la pastelería y darle un aire más nuevo.

Dejo las ventanas del obrador abiertas para que se vaya el olor, ya volveré un poco más tranquila. Es inevitable que se me haga un nudo en el estómago al pensar que he estado a punto de perder todo lo que me ha costado tanto esfuerzo construir, tantas noches de desvelo, tanto trabajo, todo por un descuido. Mattia no se aparta de mí, en silencio se mantiene a mi lado. De vez en cuando nuestros brazos se rozan y un escalofrío me recorre entera, volviéndome hacia él lo observo furtiva.

Resoplo para evitar ponerme a llorar. Decidido, voy a cambiar el color de las paredes y lo voy a hacer sola cuando ya esté mejor de la mano, que nadie piense que me voy a pasar quince días sin hacer nada.

—Lucy, ¿estás preocupada? —rompe el silencio Mattia. Al escuchar mi nombre en sus labios me estremezco y vuelvo a la realidad, cojo mi bolso y me doy cuenta de que, sin poderlo evitar, tengo los ojos húmedos.

—No... es solo que tendré que volver a pintar el local para quitarle el olor a humo...—digo apartando la mirada de sus ojos celestes y rascándome la nariz.

—No te agobies por eso, cada cosa a su tiempo. Ahora piensa en reponerte, no te adelantes, aprende a vivir el día a día. No tiene sentido que te agobies pensando en el futuro, vive cada día con sus problemas y sus alegrías.

—Tienes razón —respondo y salimos. Echo el cierre y cuando me giro puedo ver a mi pequeño Ettore con Mattia.

—Venga Ettore, sube —dice Mattia cogiéndolo en sus brazos. Me quedo sorprendida al ver a mi perro tan sociable con un hombre, si es que hasta le mueve la cola, parece que Mattia lo ha conquistado. Lo deposita con cuidado en la cesta y coge la bici por el manubrio, la observa de un lado y del otro con detenimiento.

—¿Sabes montar en bici? —le pregunto.

—¿Que si sé montar en bici? Pues claro, en mi tiempo libre corría el *Giro d'Italia* —bromea y guiña un ojo—. Si te digo la verdad... —continúa haciendo una mueca graciosa— hace siglos que no me subo a una. Pero dicen que es como hacer el amor, que nunca se olvida.

—Bueno, más bien es que «hacer el amor es como montar en bici» —río.

—«El orden de los factores no altera el producto». Venga, vamos a

poner a prueba el dicho de que no se olvida el montar en bici, ya que el otro lo he olvidado hace muuucho tiempo. —Vuelve a guiñarme un ojo y no puedo evitar reír—. Sube detrás que yo os llevo a casa en el «Ferrari».

—¿Tú también te vas a meter con mi bici? —espeto con la mano en la cadera y poniendo mi mejor cara de ofendida. Mattia me mira fijamente, parece estar aguantando la respiración y estalla en una carcajada.

—Jajaja. ¿Por qué? ¿quién más lo hace? —Se pone serio, arruga la frente y cierra la boca en una línea intentando parecer molesto, pero se ve que no aguanta la risa.

—Mi hermana... —digo golpeando el suelo con el pie y, agarrándome la mano que ha comenzado a molestarme de nuevo, intento no darle importancia—. Si me subo no llegaré a casa con una pierna rota, ¿verdad? ¿Lo prometes?

—Prometido. —Levanta la mano haciendo un juramento solemne, montado en la bici roja de mujer más cursi que yo haya visto jamás, con Ettore mirando para todos lados en el cesto de mimbre y ladrando a todo pulmón.

Reímos, me subo en la parte de atrás y paso mi mano buena alrededor de la cintura de Mattia, que comienza una marcha zigzagueante y temblorosa. En algún momento incluso temo que nos caigamos al suelo, pero mis tejanos ya manchados con el hollín de los bizcochos carbonizados no se van a quejar, aunque sí mis huesos.

El pelo me huele a humo y también tengo la camiseta manchada. Soy un desastre y todo ha empezado con esa mierda de revista... todo por una salida... ¡las flores! Sí, en cierto modo Gustavo también tiene la culpa. Si es que yo no tengo que salir, me tengo que quedar en casa en pijama, comiendo palomitas de maíz con mi querido Ettore y viendo una peli romántica con una caja de pañuelos en el regazo. Casi me cargo mi vida por estar de fiesta...

Capítulo 9



Ponte Vecchio, el Arno, Piazza delle signorie, Santa Maria Novella, todos ellos lugares emblemáticos de Firenze...
No puedes dejar de ver su Duomo, con su campanario colorido, comerte un helado y disfrutar de su sabor mientras tus ojos se llenan de belleza, contemplando la arquitectura monumental de sus edificios...

Para volver a casa atravesamos el *Ponte Vecchio*, allí Mattia se detiene un momento y mira el río que corre manso. Desde la parte de atrás de la bici respiro hondo y contemplo la enorme belleza que es Firenze. Cuánta historia hay en sus calles, cuántos personajes han paseado su mirada por ella como nosotros en este momento en este preciso lugar.

—Qué bonito es... —suspira Mattia.

—No me canso de mirarlo...

—Qué afortunados somos...

Aparto los ojos del río posándolos sobre Mattia y puedo ver el brillo en sus ojos...

Llegamos a casa. Después de esquivar varios peatones y casi terminar bajo la rueda de un taxi le indico a mi salvador dónde tiene que detenerse, como he hecho casi todo el camino a casa. Bajamos de la bici, Mattia la sube a cuestas por las escaleras con Ettore, que no se sale del cesto ni aunque le

paguen. Le dedica una mirada de esas profundas que solo él sabe poner, con la medialuna blanca en sus ojos como dos luceros, y Mattia no tiene más remedio que sucumbir a sus encantos frotándole las orejas.

En la puerta, mientras yo revuelvo con dificultad en mi bolso con la mano buena buscando las llaves, Mattia apoya la bici en la pared e intenta despedirse dudoso y visiblemente incómodo. Parece un adolescente, toda aquella seguridad y el aspecto de hombre con una vida hecha mucho más mayor que yo, se desvanecen en un segundo para dejar paso a la inseguridad, a los nervios. Se golpea con las manos en las piernas, dándose palmaditas y termina metiéndoselas en los bolsillos delanteros del pantalón antes de hablar.

—Bueno, ya te he dejado sana y salva en casa, junto a Ettore, me quedo tranquilo. Recuerda tomarte los medicamentos, pero no sin antes comer, es importante que comas.

Hace el ademán de estirar la mano para saludarme. Lo miro en silencio, parece que cambia de idea y se inclina para darme un beso. Dejo que lo haga, percibo sus labios acariciando mi mejilla, cierro los ojos.

Sentir su aliento acariciando mi rostro es reconfortante, además de agradable.

Me inunda su perfume mezclado con el humo y el olor a masa quemada, aspiro lentamente y cuando se aparta, lo observo seria por un segundo. Él me mira estudiando mi cara, como si buscara un indicio que le dijera algo de mí, que me descifrara... tiene una ceja levantada y yo, después de parpadear repetidas veces, le sonrío para tranquilizarlo.

Dudo en hacer lo que estoy pensando, esperando que no me dé una negativa por respuesta...

—Ey, ¿dónde vas? —le suelto sonriendo, y metiendo la llave en la cerradura abro la puerta.

—Supongo que querrás descansar después de todo el trajín... —dice algo mortificado, al menos por su cara es lo que puedo percibir.

—De eso nada, me has salvado la vida y me has traído a casa. Son casi las dos de la tarde, lo mínimo que puedo hacer es ofrecerte la comida. Y no acepto un no por respuesta.

—Eh... ¿no? —responde un poco avergonzado—. No pretenderás cocinar con la mano en esas condiciones, pero puedo hacerlo yo... —añade con las manos en los bolsillos balanceándose sobre los talones.

—¿Y quién dijo cocinar? Tengo una *parmigiana* congelada que hice el otro día y está para chuparse los dedos. Eso sí, un poco de paciencia mientras se calienta en el horno...

—Ah, pues si es así, no digo que no. Me muero por comer comida de verdad.

Empujo la puerta, la casa está limpia y ordenada. Pero no es mérito mío, es el resultado de no estar casi nunca en ella y cuando estoy trato de hacer lo menos posible, excepto los días que me vuelvo loca y limpio desde el techo hasta el suelo.

Ettore pasa corriendo directo al sofá, sus uñitas suenan en el suelo y la campanilla de su chapita les da el ritmo. Apenas un par de pasos y delante de nosotros aparece la mesa redonda, las cuatro sillas a su alrededor, el mueble de la derecha donde tengo mis libros, algunas fotos de mi familia y demás cosas.

Al fondo el sofá cama, muy práctico para cuando vienen visitas, la tele y la ventana por la que entra la luz del exterior. El piso es muy luminoso, la terraza está casi vacía, solo una mesa y un par de sillas para cenar en verano, aunque rara vez la utilizo.

A la izquierda detrás de un tabique se encuentra la cocina, pequeña pero muy cómoda, no le falta de nada. La separa del comedor una mini barra con dos

taburetes en la que suelo desayunar los fines de semana y que utilizo como encimera para preparar los platos. Atravesando el salón y a la izquierda se encuentra el pasillo que conduce al baño y al fondo mi habitación.

Es un piso pequeño, pero tengo todo lo que necesito. Estoy en el centro, es barato y, lo más importante, es lo mejor que he encontrado aquí.

—Pasa, estás en tu casa.

—Gracias, pero para eso debería estar llena de cajas y desorden... por la mudanza. —Hace una mueca.

—Siéntate, ¿quieres beber algo? Tengo cerveza, zumo, agua y Coca-Cola Zero —digo, y cuelgo mi bolso en el respaldo de una silla, mientras él por fin se acomoda en la silla de al lado.

—Una Coca-Cola estará bien —responde apoyando las manos sobre la mesa uniéndolas.

Sonrío para mí sin que él pueda verme mientras me dirijo a la cocina. Saco dos latas de Coca-Cola de la nevera y la *parmigiana*, que dejo sobre la encimera. Vuelvo al salón en dirección a la mesa donde me espera Mattia con una sonrisa nerviosa en los labios, el hombre más guapo que yo haya visto jamás, y a quien ahora le debo mi vida.

La mano me escuece, el dolor es cada vez más fuerte y hago una mueca mientras me la llevo al pecho.

—Gracias —responde, y al ver mi expresión da un salto de la silla poniéndose de pie, se acerca a mí y pone su mano en mi hombro. Con expresión preocupada pregunta—. ¿Te duele?

—Sí, un poco —respondo con voz ronca—. Va siendo hora de que me tome los calmantes que me dieron.

—Lo mejor es que descanses y, si no te molesta, la *parmigiana* la caliento yo. Tumbate en el sofá junto con Ettore, que pide a gritos tu compañía —bromea, ya que el perro duerme a pata suelta—. Cualquier cosa

que no encuentre te pregunto.

—¿Seguro...? Pero te he invitado a comer y terminarás trabajando tú... —digo apenada y agradecida, porque el dolor va aumentando y aunque trato de mantenerme despierta no puedo, los párpados cada vez me pesan más.

—Claro, no hay problema, cuando estés bien me invitas a comer de nuevo —contesta él, quitando importancia al asunto. Parece que se ha relajado, ya no siento en él la misma incomodidad de antes.

Después de tomarme la medicación me tumbo al lado de Ettore, que primero gruñe perezoso, pero me deja un sitio para luego subirse mansamente en mi regazo. Apoyo la cabeza en el mullido almohadón y, sin darme cuenta, me quedo dormida.

El humo me rodea, los ojos me arden y todo a mi alrededor da vueltas. Las llamas consumen mi sueño, mi pastelería está ardiendo, toso intentado coger mis cuadernos de recetas.

De pronto en medio de tanta confusión y al límite de mis fuerzas, cuando los pulmones ya casi no me responden y me duelen hasta respirar, veo una sombra que se acerca y alguien que pronuncia mi nombre. Intento responderle, pero no me salen las palabras, y temo que no me encuentre. La desesperación me invade...

—Lucy, Lucy...

Alargo mis brazos, con los ojos aún cerrados, y los enrosco en un cuello varonil, huele tan bien. Busco su boca y meto mi lengua, sabe a gloria. No se resiste, al contrario, me acoge gustosa y su lengua abraza la mía.

Súbitamente me despierto sobresaltada. Para mi sorpresa estoy abrazada a Mattia, que está inclinado sobre el sofá, y mis labios aún permanecen posados sobre los suyos. Lo suelto y me aparto avergonzadísima.

—Lo siento... yo... —digo intentando sentarme y llevándome una

mano a la boca.

Me mira y sonrío, respiro hondo porque de verdad me falta el aire, parpadeo repetidas veces y veo que se aparta un poco.

—La comida está lista. ¿Estás bien? No pensé que te alegrarías tanto de verme...

—Oh, lo siento Mattia. Me he quedado dormida y estaba soñan... — respondo, Ettore gruñe dormido a mis pies, todo me da vueltas y la vergüenza me invade.

Se sienta a mi lado, aparta un mechón de mi pelo largo y rubio que se ha soltado de la coleta y con una sonrisa tierna en sus labios deposita otro beso en mi boca. Su lengua juguetea con la mía suave y delicadamente. Me deja más confundida.

—Sí, me di cuenta de que dormías. Lo necesitabas, pero también necesitas comer, por eso te he despertado. Me apetecía probar tus labios desde el día que te vi, Lucy... pero no quiero aprovecharme de que estés atontada por los medicamentos. Repetiremos, si quieres, cuando tengas las ideas más claras. —Hace una pausa y sonrío acariciando con delicadeza mi mejilla.

—Pe... pero... —balbuceo. Qué medicamentos ni nada, yo también desde que lo vi no he hecho otra cosa que imaginar cómo serían sus besos. Pero mejor le sigo la corriente, no quiero que piense que estoy desesperada, aunque sea cierto. Es la segunda vez que me quedo a dos velas en poco tiempo...

—Venga, te ayudo a levantarte que la comida está lista. —Se pone de pie, me coge por un brazo y me apoyo en él un poco mareada. No sé qué es lo que me ha afectado más, si el sueño, los medicamentos o sus besos. Nos dirigimos a la mesa.

El contacto con su piel es tan agradable, aspiro para que mis

pulmones se impregnen con su perfume que ahora está mezclado con olor a humo, pero huele siempre tan bien. El beso me ha puesto a mil...

—Son muy fuertes estos medicamentos —comento tocándome la cabeza, el dolor en mi brazo ha desaparecido por completo.

—Seguro... después del estrés, te ha venido bien un ratito de sueño «Bella durmiente». —Me guiña un ojo.

Me pongo colorada, no puede ser que me haya lanzado a su cuello y lo haya besado... soy una salida.

De pronto me sobresalto, me he quedado dormida mientras un hombre que no conozco se pasea por mi casa, porque haberlo visto dos veces no es conocerlo, y para rematarlo lo he besado. Aunque el segundo beso me lo ha dado él... Aaah... besa tan bien.

Me paso la mano buena por el pelo, mi cabecita comienza a trabajar a mil. ¿Y si es un asesino o un loco? No, no seas tonta Lucy, tiene una niña y no tiene cara de asesino. Qué pensamientos más estúpidos.

Mientras yo divago, él se marcha hacia la cocina. Lo observo alejarse con detenimiento, mis ojos llegan a su culo. ¡Por Dios! ¡Qué culo tiene este hombre! Ya no recuerdo en qué estaba pensando... solo me apetece estrujar ese trasero.

Me he quedado dormida, ¿y si he roncado? Me toco la boca, ¿habré babeado? Mierda, qué poco glamur...

Cuando Mattia abre la puerta del horno el olorcito de la salsa de tomate de la *parmigiana* con albahaca llena la casa. Se me hace la boca agua. Miro la mesa que está perfectamente puesta, no falta nada: los platos, los cubiertos y los vasos. Asiento con la cabeza de medio lado mordéndome el labio. Mientras yo me regodeo con el trabajo de Mattia, él se planta delante de mí.

—¡Ta-chán! —exclama depositando sobre el salva mantel la bandeja

de cristal con la *parmigiana*. Es encantador, lo miro y le devuelvo una sonrisa.

Sé que las comparaciones son odiosas, pero es imposible e inevitable pensar que mi ex, aunque hubiera encontrado la comida dentro del horno ya caliente, jamás me la hubiera servido y mucho menos hubiera puesto la mesa.

—Veo que has encontrado todo.

—Como para no hacerlo, está todo muy ordenado. Me parece que conozco mejor tu cocina que la mía. Nosotros aún tenemos en casa todo en cajas y desordenado, no he tenido tiempo para terminar de desempaquetar y para serte sincero tampoco he tenido ganas.

Comemos la *parmigiana*, que está riquísima, mientras Mattia me cuenta un poco más de él.

Le pregunto a qué se dedica, cómo se gana la vida. Me parece lo menos que puedo hacer ya que nos hemos besado.

—Bueno, soy o, mejor dicho, era chef —dice con una sonrisa en los labios y siento que el mundo se abre a mis pies, tengo ganas de que me trague la tierra.

—¿¿Chef?! Pero ¿cómo es...? Me dijiste que no comías comida de verdad desde hace mucho... —balbuceo, y tomo un poco de agua para no atragantarme.

—Y es cierto —afirma tragando otro bocado mientras saborea con gusto mi comida—, esta *parmigiana* está buenísima. Tengo que reconocer que es de lejos la mejor que he probado nunca.

Le lanzo una mirada entre asesina y divertida entrecerrando los ojos, y después de unos segundos le respondo al ver que sigue como si nada:

—Receta de mi madre.

—Felicidades a tu madre y a ti por hacerla tan bien. No te mentí, llevo un par de años sin cocinar... —Hace una pausa, parece que necesita coraje

para seguir el relato y puedo percibir que tiene que ver con la misteriosa desaparición de su esposa porque hace girar la alianza en su dedo—. No he tenido ganas de volver a mi restaurante, ¿sabes? No he podido volver a cocinar. Cuando mi mujer murió durante mucho tiempo no salí de casa, mis padres se quedaron con Daniela porque caí en una depresión. Nada tenía sentido, nada tenía sabor. Cerré mi restaurante, que tenía una estrella Michelin, haciendo caso omiso a los ruegos de mis padres, de la gente que trabajaba para mí y de mis amigos. Creo que he perdido la magia, la ilusión y el encanto de cocinar, ya no disfruto.

—No me imagino no tener ganas de hacer mis pasteles, gracias a ellos salí del pozo. Lo siento mucho por ti Mattia, y por la pequeña. —Alargo la mano sobre la mesa y cojo la suya, el contacto con su piel hace que una mecha se encienda en mi interior. Decido apartarla antes de estallar.

—Por ella es que me levanté un día, para hacer de padre y coger las riendas de mi vida. Fue entonces cuando decidí marcharme para comenzar de nuevo, y el resto ya lo sabes...

Asiento sin saber qué responder. Intento respetar sus silencios, creo que debe ser muy doloroso para él escarbar en sus recuerdos, en su pasado, pero yo no puedo dejar de verlo como un hombre, un hombre que está para comérselo, el hombre que me ha salvado de morir quemada, el hombre que me acaba de despertar como a la «Bella durmiente». A su lado todo parece un cuento de hadas.

Terminamos de comer, no me deja que le ayude a recoger la mesa y mete todo en el lavavajillas. Ahora entiendo por qué es tan eficiente con todo lo que tenga que ver con la cocina.

—Bueno, me tengo que ir. Debo recoger a Daniela de la escuela.

—Muchas gracias por todo Mattia, de veras. Me has salvado la vida, me has dado de comer y...

—No ha sido nada, y la comida la habías preparado tú. Además de buena pastelera eres una excelente cocinera.

Siento que las mejillas me arden, lo miro y sonrío. Ettore raya a su lado y le mueve la cola.

—¡Ettore, amigo! Me voy, cuida de Lucy ¿eh? Y tú Lucy, si necesitas cualquier cosa llámame, estamos muy cerca. Y aunque estuviera del otro lado de la ciudad daría igual. Dame tu número —dice sacando del bolsillo su teléfono.

Le recito mi número mientras teclea veloz en la pantalla de su *smartphone*.

—Te estoy llamando, así se te queda grabado. —El teléfono comienza a sonar en mi bolso que está colgado en la silla.

—¡Ahí estás! —le digo señalándolo.

—Bueno, ahora sí me marchó tranquilo. Cualquier cosa ya sabes, me llamas. No importa la hora. —Me pellizca delicadamente y con ternura la mejilla.

Ha llegado el momento de la despedida y no sé qué esperar. Él me evita el problema depositando un beso en mi frente. Acaricia mi rostro y me quedo mirándolo embobada. Abre la puerta y sale con total naturalidad, me saluda con la mano y cierra.

Cuando puedo reaccionar minutos más tarde, porque no sé si son los medicamentos o es Mattia quien me atonta de esa manera, me dirijo a mi bolso, revuelvo y saco el teléfono. Encuentro su llamada perdida y decido grabar el número.

Luego me dispongo a responder a los *wasaps* que me han llegado.

El primero es de Fede:

Cuéntame qué ha pasado con el príncipe azul. ¡Te ha salvado la vida! Está para comérselo. Espero que aproveches y no lo dejes escapar...

Le respondo:

Mattia es todo un caballero, me ha traído a casa, hemos comido juntos, nos hemos besado y acaba de marcharse.

¡Toma! ¡Te jodes! ¿No quieres chisme? Pues ahí lo tienes. Seguramente Fede no se va a conformar con eso, querrá saber más... y no ha pasado nada más... qué desilusión. Pensándolo bien, es un caballero, otro habría aprovechado la ocasión... O tal vez mi beso no le gustó, pienso mientras me acaricio el labio. Aunque nadie nunca se ha quejado de ellos, al contrario.

Decido seguir contestando los mensajes sin comerme mucho la cabeza.

El Segundo es de Sole:

El bombón está para comérselo. ¿Ese es el chico del que tanto habla Noe? Ha sido de película de Hollywood verlo sacarte de la pastelería en brazos, estaba a punto de coger el teléfono y haceros una foto, pero me pareció exagerado. Quiero que me cuentes todo con lujo de detalles.

Tecleo una respuesta para Sole:

Ven esta noche a casa a cenar y te cuento, aviso a Noe y así charlamos.

El tercero es de Noe:

No te conformaste con el cappuccino, tenías que hacerte la doncella en apuros... Es broma, espero que estés bien, nos vemos esta noche. No cocines, pedimos pizzas.

Le respondo:

Ok, hablamos esta noche...

No voy a seguir tecleando, con una sola mano me cuesta el doble de siempre y ya me duele todo. Si hay algo que odio es tener que escribir mensajes.

Aprovecho el tiempo que queda hasta la noche para darme una ducha,

no sin antes improvisarme un guante con una bolsa. Las actividades más banales se han vuelto más difíciles de llevar a cabo. En la ducha tardo el doble de tiempo del que suelo necesitar, pero al final, aunque cansada y estresada, estoy limpia y sin olor a humo.

Al pensar en mi pastelería y en la tragedia que podría haber ocurrido me entra la tristeza, casi me quedo sin todo lo que tanto esfuerzo me ha costado tener. Qué descuido más estúpido. Debería haber puesto el temporizador, pero se me fue el santo al cielo...

Me dirijo a la cocina, pongo la lavadora ya que tengo mucha ropa acumulada y me siento un ratito en el sofá. De pronto suena el teléfono, lo cojo: es un *wasap*. Lo abro curiosa y me tiembla la mano cuando leo el nombre que aparece: ¡es Mattia!

Hola Lucy, ¿cómo está tu mano? Espero que mejor. Estoy con Daniela, está muy enfadada porque le he contado que he estado con Ettore y contigo, y para perdonarme me ha pedido, más bien me ha exigido, que os invite a salir este fin de semana. Solo los cuatro. Disculpa que te escriba a esta hora, no sé si estás durmiendo, pero es que se ha puesto pesada. No te sientas obligada a contestar que sí. Sabes que los niños pueden ser muy insistentes...

Leo un par de veces el mensaje, me quedo con la mirada perdida... medito un rato y decido contestarle. Se lo debo, no puedo decirle que no.

Aceptamos la invitación. Saludos de parte de Ettore para Daniela.

Después de unos minutos el teléfono vuelve a sonar.

Gracias, eres un sol.

¿Yo, un sol? Jajaja... puede que me haya ablandado un poco, no sé si serán los años o qué. Este pensamiento me trae de vuelta a la realidad, dentro de unos días cumplo años. ¡Por Dios, treinta años! Son muchos... demasiados.

El portero suena, seguramente son las chicas.

Suben las dos hablando, se las escucha desde casa, riendo y parloteando como dos gallinas. Salgo al pasillo, detrás mío sale Ettore, que ladra. Le echo la bronca y entra corriendo a casa.

—Shhh —digo para fastidiarlas.

—Anda y calla tú... —vocifera Noe, siempre tan ella.

Me preguntan cómo estoy y les digo la verdad, que después del susto y del día tan ajetreado, me duele todo. Siento como si un camión me hubiera pasado por encima.

Me observan el brazo vendado, me preguntan cuántos días tengo de baja, qué es lo que pienso hacer y si me va a quedar marca. De esto último no tengo ni idea.

Mientras llegan las pizzas que hemos pedido, aparece también mi hermana cargada con sus cosas. Aprovecho que estamos todas juntas y les cuento todo lo que ha pasado con Mattia, además de la tragedia de su vida. Se quedan con la boca abierta.

También les hablo de mi sueño y de la manera en la que me he despertado, se echan a reír agarrándose las barrigas las muy perras... No se creen que lo haya besado en sueños, dicen que es una excusa que me he inventado para comerle la boca.

—¿Qué más necesitas para darte cuenta de que le gustas? —comenta secándose las lágrimas Noe.

—Sííí —asiente Sole—. Lo vi muy preocupado esta mañana mientras te curaban en la ambulancia. No paraba de caminar de aquí para allá pasándose las manos por la cabeza y resoplando. Si le hubieras visto la cara Noe, pensarías igual que yo.

—Yo opino lo mismo que las chicas. Me inventé una excusa para que te quedaras a solas con él, así que tienes que darme las gracias —añade divertida Fede.

—Bueno, no os niego que ha estado bien... no sé... Después de besarlo él me besó y fue tan dulce, tan electrizante. Me ha enviado un mensaje y me ha invitado a salir el sábado Dani, Ettore y nosotros dos.

—Eeeyyy... como una familia feliz... —bromea Noe. Tiene un humor un poco ácido para mi gusto. Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—No digas eso, que casualmente el tema de la niña es lo que me deja un poco descolocada. No es como en otras relaciones que, si las cosas van mal, si te he visto no me acuerdo. ¿Cómo se hace con una niña de por medio? Es complicado. No sé si estoy preparada para hacer de madre sustituta, es mucha responsabilidad.

—Una cosa cada vez, Lucy... no te agobies. —Sole me sonrío al ver mi preocupación.

—Claro, piensa en conocerlo, en disfrutar y lo que tenga que pasar pasará. Es inútil que te agobies de antemano. Apenas os conocéis, puede que incluso salgas corriendo porque le huelen los pies, o porque ronca, o porque tiene mal carácter.

Nos echamos a reír, pero es cierto... Al fin y al cabo, no sé nada de él ni él de mí.

Pasamos a organizar mi cumple. En un principio tenía que ser en mi pastelería, pero al final iremos a celebrarlo en la pizzería *La Bella Napoli*, donde se comen las mejores pizzas de Firenze. Las chicas han pensado que podemos reservar mesa.

Los invitados serán Noe y su príncipe rana, cuya relación parece que se va afianzando, Sole y Patrizio, lo suyo va más que bien, mi hermana y un amigo suyo, un tal Mirko.

—Podrías invitar a Mattia y Daniela, ¿no? —sugiere Noe.

—¿Qué? Nooo.

—Claro que sí, sería genial, una manera para que conozca un poco de gente. Anda, no seas sosa. —La verdad es que tiene razón, sería una buena forma para que se relacionara con la gente de aquí. Tal vez le vendría bien y después de todo... no pierdo nada.

—No lo sé, me lo tengo que pensar... —digo pellizcándome la barbilla y poniendo cara pensativa. La idea me ha gustado, pero no me apetece darles la razón tan rápido.

—Creo que es lo menos que puedes hacer después de haberle obsequiado gratuitamente un concierto de ronquidos y haberle saltado al cuello —agrega Noe con ironía, mientras da un bocado a su porción de pizza y me mira con complicidad.

—¡Yo no ronco! —respondo a la defensiva poniendo morritos.

—Jajaja, no seas mala Noe. Lucy no ronca, como mucho da algún que otro graznido.

—Sois malas... si llego a saber que os ibais a mofar de mí no os contaba nada. Brujas, malos bichos.

Las carcajadas llenan el salón de mi casa, esto es lo que más me gusta de mi libertad, poder quedar con mis amigas los días y a las horas que se me dé la gana sin tener que dar explicaciones a nadie.

No me explico con lo que amo la independencia cómo pude estar casada con un tipo como mi ex. Supongo que esa experiencia me ha dejado marcada, pero no tiene que condicionarme. Voy a disfrutar de mi vida y de las relaciones venideras, y si no hay nada serio, mejor... todo es ganancia.

—No, fuera bromas, a mí me parece un tío de lo más atractivo, es todo un caballero. Además, un padre guapísimo. Siento mucho lo que le ha sucedido, pero la vida sigue y tarde o temprano tendrá que reanudar todo lo que ha dejado en suspenso. No se puede pasar la vida llorando por su mujer. Y tú... bueno Lucy, sé que no te gustan los niños, pero Daniela es adorable,

además se lleva muy bien con Ettore —comenta Noe.

—Espera, espera... que estás corriendo demasiado. Solo han sido un par de besos, nadie habló de casarse. No niego que tienes razón cuando dices que es guapo porque estaría siendo hipócrita, pero de ahí a tener algo, hay un largo camino... No creo que él esté preparado y yo mucho menos.

Mis palabras son para dejarles claro que no quiero nada que me ate a Mattia, creo que las cargas que lleva son muy pesadas y no está preparado para una nueva relación, y yo tampoco, estoy bien como estoy, sola. Aunque no le voy a hacer ascos si quiere darme alguna noche de placer...

—Noe, ¿por qué no nos cuentas más sobre tu príncipe azul misterioso? Estás todo el día con el teléfono, pero no nos has dicho mucho. Aunque parece que las cosas van más que bien ¿eh? —dice Sole sacándome del atolladero.

La miro agradecida. A veces Noe puede ser demasiado directa, cosa que no me gusta mucho.

—Bueno, se llama Valerio Pucci y es arquitecto —dice levantando y bajando repetidamente las cejas y poniendo esa cara de salida que nos hace morir de la risa—. Trabaja con su padre en la empresa familiar, es hijo único... —enumera con los dedos.

—Uuuyyy —interrumpe Sole y Noe le lanza una mirada asesina.

—Uy ¿qué? ¿Por qué dices eso? —pregunta seria.

—Los hijos únicos son un problema... están muy apegados a su madre y no hacen nada sin su permiso. Después dormirás con tu suegra en medio.

—Pues eso no es lo que pasó la otra noche cuando hicimos el amor —responde altanera.

Sole se queda mordiéndose la boca para no reírse y yo la miro sin pronunciar palabra, si conozco a alguien que sabe lo que quiere y que va a

por ello sin importarle nada más esa es Noelia Binni, mi amiga. Levanto la lata de Coca-Cola y sonrío asintiendo.

—Me ha entrado curiosidad por conocerlo, así que ya sabes, lo tienes que traer a mi cumpleaños.

—Aunque no lo hubieras invitado lo llevaría conmigo —bromea Noe.

—Y tú Sole, ¿qué tal con Patrizio? La noche de la inauguración pensé que le ibas a quitar las amígdalas.

Sole se sonroja y toma un trago de su Coca-Cola. Creo que me he pasado, ella siempre sale en mi defensa, pero bueno, estamos de cachondeo...

—Bien, es muy atento. Llevaba tiempo invitándome a salir y yo me resistía, no quería mezclar el trabajo con lo personal, pero después de ceder a sus insistencias para la inauguración del *BluLine*, pienso que ha sido la mejor decisión del mundo. Por el momento vamos despacio y por partes, no queremos correr, poco a poco.

—Sí claro, típico estilo Sole... medio monja... —bromea Noe.

—Qué quieres que te diga, no soy de las que terminan en la parte de atrás de un coche con las bragas en los tobillos con el primero que se me cruce —comenta con retintín.

—Cuando me muera podré decir que he disfrutado de la vida, no como vosotras que esperáis el príncipe azul que nunca llega. Si te das una vuelta por el mundo descubrirás que hay más ranas que otra cosa y que el secreto es saber besarlas para convertirlas en príncipes. Ahora me quiero concentrar en Valerio, en sus ojos color miel y en su cabello negro como la noche, en esos bíceps... y su hermoso culo. —Se muerde el labio, hace como si estrujara algo con las manos y lanza un suspiro. Nos echamos a reír como locas.

Noe tiene razón, la vida es tan corta que hay que vivirla, exprimirla, disfrutarla, sin pensar mucho, que por lo menos cuando seamos viejas

podamos decir «he vivido y ha valido la pena».

Antes de marcharse Noe nos cuenta que tiene la receta del nuevo sabor de helado a punto y que está más que segura de que va a ganar la Feria de nuevo. Empieza mañana y dice que por ser mi cumple el fin de semana próximo le va a poner mi nombre al helado.

Capítulo 10



Fortezza da Basso.

Una fortificación del tiempo de los Medici, en la cual hoy se celebran muchas convenciones y ferias.

Una obra preciosa, parte de los tesoros arquitectónicos florentinos...

He pasado una noche muy mala, entre el calor y el dolor de la mano casi no he pegado ojo, me he tenido que tomar de nuevo los calmantes. Miro el reloj y veo que son las seis de la mañana, demasiado pronto. Ettore se revuelve a los pies de mi cama quejándose. Me doy vuelta e intento coger el sueño para seguir durmiendo un ratito más.

Cuando me despierto por segunda vez son las ocho de la mañana, el sonido de la chapita de Ettore me despierta, ya está dando vueltas por la casa.

Fede se marcha corriendo, tiene que ir a la universidad, así que me da un beso, me pregunta cómo estoy y le digo que mejor. Insiste en quedarse, pero yo la animo a que se marche, me apetece estar un poquito sola.

Me levanto y me doy cuenta de que no tengo nada para desayunar, es normal, no desayuno nunca en casa. Me doy una ducha para despejarme porque los medicamentos me hacen estar atontada y después de cambiarme la venda estoy lista para salir. Tendré que acostumbrarme a esto de no ir con prisas, de no tener nada que hacer.

Fuera el sol resplandece, Ettore está feliz, va caminando delante de mí moviendo su cola, alegre y despreocupado. Los dos estamos haciendo algo nuevo, disfrutar de la ciudad.

Camino inmersa en mis pensamientos, quiero pintar el local y estoy imaginando de qué color quedarían bien las paredes. Todos los muebles son blancos... mmm... Me gustaría un color rosa pastel con vivos celestes, algo que sea muy chic y fino, ahora las paredes son blancas y sosas.

No me doy cuenta de que, por la fuerza de la costumbre, me he dirigido al barrio donde está mi pastelería. Cuando caigo en la cuenta me encuentro delante del kiosco de René... bueno, voy a comprarle algunas revistas y a decirle que durante unos días no voy a pasar a por lo de todos los días ya que la pastelería estará cerrada.

—Buenos días Lucy, preciosa. ¿Cómo estás? —Señala mi vendaje mientras se frota el bigote con la mano y luego se la pasa por la cabeza. La expresión en su rostro regordete y arrugado es de preocupación, sus grandes ojos azules me observan esperando una respuesta—. Me he enterado de la desgracia, pero ha habido suerte. Lo importante es que tú estés bien, lo demás se arregla. Hola Ettore, bribón, aquí tengo una galleta.

—Sí, René, muchas gracias. Estoy bien.

—¿Así que te ha salvado el recién llegado, Mattia? Ya has encontrado tu príncipe azul, Lucy —dice y me guiña un ojo.

Cuando escucho el comentario siento que la bilis me sube por la boca del estómago. Estoy cansada de que todo el mundo quiera verme con alguien al lado, pero qué manía tienen. ¿No se puede estar sola y tranquila? Tomo aire y me preparo para contestarle con una buena retahíla.

—Mira René, Mattia no es mi príncipe azul, es cierto que me ha salvado del humo —y que está como un queso. Me ruborizo al recordar mi cabeza apoyada en sus pectorales desnudos. Carraspeo y continúo—, y que es

muy amable conmigo, pero eso no quiere decir que vayamos a terminar juntos. Y te digo algo más, estoy cansada de que todo el mundo no haga otra cosa más que hablarme de Mattia. Mattia esto, Mattia lo otro... —René al principio se queda con la boca abierta, sin pronunciar palabra, pero cuando voy llegando al final de mi discurso veo que su expresión cambia y aparta los ojos de mí para posarlos más allá.

—Buenos días. ¿Qué pasa conmigo? —La voz proviene de mi espalda, miro a René y asiente. Cierro los ojos con ganas de morirme allí mismo y, apretando los labios, intento esbozar una sonrisa. Siento que de pronto la sangre abandona mis extremidades y, mientras me giro, Ettore da un tirón y sale disparado hacia mi interlocutor.

—Oh, buenos días Mattia... —saludo resignada, sabiendo que me ha escuchado.

Estoy segura de que tengo las mejillas como un tomate porque siento un calor abrasador en mi cara, deseo que la tierra me trague. Bajo las gafas grandes que llevo en la cabeza colocándolas en mis ojos para intentar tapar mi bochorno. Mattia sonrío, llega a mi lado y me planta dos besos, luego se agacha para acariciar la cabecita de Ettore que le saluda ladrando y moviendo la cola.

—¿Cómo está tu mano? —Me he quedado paralizada por la vergüenza de haber sido pillada hablando de él. Me alucina que siempre vaya con una sonrisa en sus labios, una barba incipiente y esos ojos azul cielo que encandilan. Después saluda sonriendo a René que, detrás del mostrador de su kiosco de revistas, también sonrío.

—Buenos días Mattia —responde disimulando haciendo que busca algo al fondo del kiosco. Después de dar caña y dejarme siempre mal parada todo el mundo se hace el desentendido. Me muerdo la lengua para no gritar e improviso una sonrisa tonta.

—Eh, estoy mejor —miento por segunda vez en la mañana, rascándome la nariz y mirando a la acera de enfrente. Con todo esto por lo menos me he olvidado del dolor de la mano, que ya no es tan fuerte. Eso debe ser bueno. De ánimo me encuentro avergonzada, humillada, pillada, etc.

Espero que no haya escuchado todo mi discurso... soy una bocazas, si es que debería aprender a callarme.

—Me alegro mucho —dice despreocupado, y dirigiéndose a René continúa hablando—. El periódico René, que me muero de hambre. Lucy, ¿ya has desayunado?

Por una fracción de segundo contemplo su rostro, tiene una expresión renovada que no había visto hasta ahora, parece feliz. Sí, esa es la palabra exacta.

—¿Y? ¿qué me dices? —Interrumpe mis pensamientos.

—Aún no he desayunado... —Por poco contesta mi estómago, que ruge.

—Mira qué coincidencia. Te invito, ya te he dicho que tienes que comer, los medicamentos son muy fuertes.

—Claro, sí. Tienes razón, casualmente había salido a desayunar...

Sentados en la terraza de un café, tomamos el sol de esta mañana de primavera. Ettore se echa a mis pies, tranquilo y relajado, dejándose acariciar por los rayos de sol matutino.

Me parece extraño estar tranquila y relajada tomando algo por la mañana en un bar donde me sirven un día de la semana en el que todo el mundo corre a sus trabajos y yo no... Desde que llegué a Firenze no he tenido ni un momento para mí, y no me he dado cuenta. Estos dos años se me han pasado volando, como si no los hubiera vivido.

Es triste, pero así es. A veces pienso que nos tienen que pasar

determinadas cosas para detenernos, mirar en qué parte del camino estamos, tomar un respiro y disfrutar de algo tan cotidiano como saborear un café en buena compañía y sin prisas.

—Mmm... está buenísimo —digo dando un sorbo a mi cappuccino.

—De eso nada, le faltan la canela y el chocolate amargo —responde Mattia guiñándome un ojo—. Gracias por aceptar la invitación de Daniela. Lo siento, pero se puso muy pesada. Creo que tendré que comprarle un perro a este paso. No para de hablar de Ettore y de hacer dibujos. Lo bueno de todo es que nos estamos acercando, es duro ser padre y que tu hija te vea como a un extraño. Lo peor de todo es que fue culpa mía, yo la alejé, la dejé con mis padres cuando murió su madre y ellos la criaron porque yo no me sentía capaz de hacerlo. Estaba tan afectado que perdí un tiempo precioso. Ahora la estoy descubriendo y me encanta, ya no me imagino la vida sin mi pequeña.

Lo miro y asiento, no me puedo ni imaginar lo difícil que debe haber sido afrontar la vida con una criatura pequeña, si yo no sé qué haría con un bebé ahora...

Tengo que sacarlo de sus pensamientos tristes.

—Jajaja. Pues creo que ya tienes demasiado con una niña, un perro es una gran responsabilidad, casi como un niño. Si no mira a este consentido...

—Sí... la verdad es que con ella tengo suficiente. Menos mal que se ha adaptado muy bien a la escuela y a su nueva vida, y con la aparición de Ettore ya no extraña tanto a sus abuelos ni la casa en Torino. Ha vuelto a sonreír.

Lo miro embobada mientras habla y por poco me olvido de que tengo que decirle lo de mi cumpleaños.

—¿Tenéis planeado algo para la semana próxima, el viernes por la noche?

—Mmmm deja que mire mi apretada agenda —responde con ironía

—. No, casualmente estoy libre. —Su sonrisa de medio lado y esa mirada cómplice que me lanza me derriten literalmente. Tengo que confesar que Mattia me vuelve loca como nunca antes me había sucedido, y creo que, aunque no lo quiera aceptar, estoy colgada por él. El aire fresco de la mañana hace que se me pongan el vello de punta, o tal vez es Mattia...

—Quería invitaros a mi cumpleaños —digo un poco avergonzada presintiendo que me va a preguntar cuántos años tengo.

—¡Lucy, es tu cumpleaños! Por supuesto que estaremos allí. Gracias por pensar en nosotros, no conocemos a nadie, así que es nuestra primera salida oficial en Firenze.

—Mis amigas han organizado una cena en la pizzería *La Bella Napoli*, ya te pasaré la dirección. Es una buena ocasión para que conozcas gente, irán los novios de las chicas y mi hermana, y a ellas ya la conoces.

—Muchas gracias. Y con respecto a nuestra salida... bueno, Daniela quiere conocer Collodi, el *Parque de Pinocho*, y me tiene sin vida. ¿Qué te parece?

—Sí, me encanta la idea. Yo tampoco lo conozco, pero me han dicho que la *Casa de las Mariposas* es preciosa.

—Entonces ya tenemos dos salidas planeadas y solo estamos a martes... Si seguimos así organizamos las vacaciones de verano. Reímos. Mi teléfono comienza a sonar, lo saco apresurada, es una llamada de Noe.

—*Hola accidentada, ¿cómo está esa mano? ¿Qué tal has pasado la noche?*

—Hola Noe, bien. Aunque no he pasado muy buena noche —digo, y Mattia me mira frunciendo el ceño, hace un rato le he dicho que estaba bien. Mierda, no se me da muy bien mentir... Sonrío encogiéndome de hombros.

—*Te llamo para decirte que estoy en la Fortezza da Basso y que*

acaban de abrir las puertas de la Feria del Helado. Ya que no vas a trabajar podrías pasarte por aquí, así me haces un poco de compañía y comemos juntas. Claro, si no te molesta y tienes ganas... ¿Qué estás haciendo ahora que eres libre del yugo del trabajo?

—Desayunando... —primero dudo si decirle con quién... me animo y después de una pausa agrego— con Mattia.

El grito que pega es ensordecedor, tanto que tengo que apartar el aparato de mi oído. Pero si hasta Mattia lo ha escuchado y me mira perplejo.

—Jajaja Noe, siempre Noe —digo un poco avergonzada señalando el teléfono.

Sonríe y levanta los pulgares, luego se pasa las manos por los cabellos castaños y se pone las gafas, escondiendo sus ojazos azules detrás de los cristales oscuros.

—*¿Me ha escuchado?*

—Te han escuchado hasta en Siena, guapa. Jajaja —respondo con una sonrisa tonta y una risita cantarina.

—*Bueno, podéis venir los dos. Aviso en la puerta para que os den los pases gratis y me venís a hacer compañía.*

Cuando termino de hablar dejo el teléfono sobre la mesa. Mattia alarga la mano y roza la mía, una electricidad recorre mi brazo y todo mi cuerpo.

Clavo mis ojos en él, que contempla los círculos que traza con su dedo en la piel suave del dorso de mi mano. Se abalanza sobre la mesa y sin más preámbulos, con la otra mano me coge por la nuca con delicadeza, pero firmemente, y me besa. Con su lengua se abre camino entre mis labios que se abren gustosos ante su invitación suave y húmeda, acaricia mi lengua y juguetea con ella. Le muerdo el labio, me encantan sus besos; es más, estaba deseando saborear nuevamente su boca. Se aparta.

—Tenía tantas ganas de repetir, el otro día no me pareció oportuno aprovecharme del efecto de los analgésicos... pero que sepas Lucy que no he hecho otra cosa que pensar en tus labios.

Lo observo por una fracción de segundo, su rostro cercano al mío, el tono de su voz y esos ojos azules me han hipnotizado. Alargo la mano buena, retuerzo uno de sus rizos y sonrío. Coge mi mano vendada y deposita un beso en cada uno de mis dedos, me apoyo en el respaldo de mi silla. Se escucha el vaivén de la ciudad, los platos y las tazas chocar y el murmullo que proviene de las mesas a nuestro alrededor. Pero todo ello solo es la «música» de fondo del momento que estoy viviendo.

Me muerdo los labios, saboreando el beso y sopesando la situación. Mattia me contempla expectante, está ansioso esperando una reacción mía, lo sé, lo presiento, y de golpe alargo mis manos, sujeto su rostro con las dos manos y le doy un beso.

—Eres encantador, Mattia Cazzaniga... —digo dándole repetidos besos cortos en los labios.

Ettore se pone a dos patas sobre mis rodillas buscando un poco de atención, Mattia sonrío y, acariciando su cabeza, habla:

—Lo siento amigo, ahora la tendrás que compartir conmigo...

Y me da otro beso. Nos marchamos de la mano perdiéndonos por las calles estrechas de la ciudad. Me siento feliz, cómoda y sobre todo como si caminara entre algodones. La sensación de euforia me invade, no quiero pensar que sea amor esto que siento, porque menudo lío...

Decidimos que hasta que sea mediodía daremos una vuelta por la Feria del Helado. El año pasado fue muy interesante, además de helados había comida, y como Mattia es chef para nosotros es como un parque de diversiones.

Caminamos de la mano, paseando por los *stands*, probando las

delicias que se cruzan por nuestro camino, pues no solo hay helados, sino también comidas y postres. Se divierte explicándome los ingredientes que lleva cada plato, los distintos tipos de sales que hay. Está sonriente y cada vez que puede me besa, mientras caminamos cogidos de la mano puedo advertir una ligera presión de vez en cuando proveniente de su mano. Parecemos dos adolescentes y no niego que estoy disfrutando mucho de todo esto porque hacía mucho que no estaba tan tonta con nadie, y mucho más que no me sentía tan bien compartiendo mi tiempo.

En un *stand* donde están expuestas las trufas más caras del mercado, un muchacho alto de ojos oscuros, cabello negro, espaldas anchas y una sonrisa arrebatadora, clava su mirada en mí y me quedo paralizada.

Oh... es Gustavo Grassi, el tío del *BluLine*. Sonríe, levanta la mano y saluda, a lo que yo asiento con una sonrisa tímida.

«Uy, dónde me he metido», pienso. Mattia, que me ha pasado su brazo por los hombros, ejerce una ligera presión atrayéndome aún más contra su cuerpo al advertir la presencia de Gustavo. Él también ha visto que me ha sonreído...

Inmediatamente me giro y busco su rostro, está tenso, tiene la mandíbula apretada y la vena del cuello hinchada. Al menos es lo que parece desde mi posición. No entiendo a qué viene tanta hostilidad, ¿será celoso?

Eso no me gusta, ni siquiera sabe de qué conozco a Gustavo...

Cuando me doy cuenta el moreno escultural está a nuestro lado y continúa sonriendo. Me quedo pálida y, al observarlo, me percató de que su mirada está clavada en mi acompañante, no en mí. ¿Qué pasa aquí?

—¡Cazzaniga! —exclama y un baldazo de agua heladísima, diría glacial, me cae encima. Parpadeo repetidas veces. Estos dos se conocen... bueno al menos no son celos lo que tiene Mattia, pero algo pasa ente ellos. Ettore, de un tirón que casi me tira al suelo, me hace reaccionar y se pone a

ladrar como un poseso. Intento hacerlo callar, pero sé que será un trabajo duro.

Siento cómo se tensa el cuerpo de Mat. Miro extrañada a uno y al otro.

—Gustavo Grassi, después de mucho, nuestros caminos se vuelven a cruzar —responde Mattia un poco descolocado.

—Mira por dónde en Firenze. Lucy qué coincidencia más agradable volver a verte, las vueltas que da la vida —dice, y deja caer su mirada abrasadora en mí. Yo le devuelvo una sonrisa de lo más fingida.

Mattia inmediatamente se aparta lo justo para clavar su mirada inquisidora en mi rostro.

—¿Vosotros os conocéis? —me pregunta extrañado. Unas arrugas en su frente ponen énfasis en su pregunta, mis ojos recorren su rostro y se detienen en sus pupilas azules.

—Sí, nos conocimos en la inauguración de la discoteca *BluLin* e. ¿Cómo estás Mattia? —Gustavo no me deja responder, lo hace por mí y eso me hace subir la bilis, pero intento tragar. Aparto la mirada de mi chico que visiblemente ahora sí se ha puesto celoso... aunque entre nosotros no hay nada, o al menos eso creo... solo nos dejamos llevar por el momento.

—Bien.

Menos mal que Ettore se ha tranquilizado porque se ha distraído olfateando por aquí y por allá.

—No imaginaba que estarías con alguien y menos aún viviendo en Firenze. Me alegro de que hayas podido rehacer tu vida. —Vuelve a emitir un comentario dirigiéndose a Mattia, en su tono puedo percibir cierta acidez y no entiendo a qué viene todo esto, pero lo que si es cierto es que se conocen. Ahora recuerdo que cuando se presentó dijo que era chef como Mat y que

vivía en Torino. El mundo es un pañuelo.

—Vivo aquí desde hace muy poco —responde cortante mi acompañante sin dar detalles a su interlocutor. Percibo una cierta tensión por parte de ambos.

—¡Pero qué idiota! —dice Gustavo golpeándose la frente con la palma de la mano—. Me lo dijeron tus suegros. Yo he venido por unos quesos, negocios, y ya que estaba aproveché la oportunidad de pasarme por la Feria. Siempre me pasa igual, cada vez que vengo no me quiero ir de Firenze —dice mirándome de arriba abajo sin disimulo. Comienzo a ponerme nerviosa.

Mattia parece advertir las miradas que me lanza el recién llegado, y me estrecha aún más contra su cuerpo. Sus músculos están tensos, al igual que él, y rodeo su cintura con mi brazo.

—Así que os conocisteis en la famosa inauguración de *BluLine* — comenta entrecerrando los ojos Mattia mirándome serio.

—Sí, ya te lo ha contado Gustavo.

—Me he tomado el atrevimiento de pasar por tu pastelería, pero la he visto cerrada... y ahora entiendo el porqué. Con la mano así no creo que puedas hacer muchos pasteles.

—Un accidente... —digo levantando la mano vendada. Y me acuerdo de las flores, qué mala pata tener que darle las gracias delante de Mattia. Trago saliva—. Gustavo, gracias por las flores. Son muy bonitas, no tenías que molestarte.

Mattia me lanza una mirada extrañada. Tal vez tenga que explicarle más tarde.

—Oh, no fue nada, solo un detalle. Me alegro de que te gustaran... Qué lástima lo de tu accidente, me hubiera gustado mucho probar alguna de tus creaciones. Me ha entrado la curiosidad.

—Una pena que ahora no pueda hornear nada, será para la próxima. Pero que sepas que es la mejor pastelera de Firenze, o de la Toscana entera — dice con una sonrisa sarcástica Mattia.

Ey, pero estos dos gallitos se están tirando picotazos sobre mí. ¿Qué leñes les pasa a los hombres? Al recordar nuestra aventura en el baño del *BluLine* quiero que me trague la tierra, me tocará contárselo a Mattia ahora que sé que se conocen.

—¿Se puede saber de qué os conocéis vosotros? Aunque tengo una ligera sospecha, pero me gustaría que me lo contarais. —Miro alternativamente a uno y a otro.

—Lucy, Gustavo Grassi es un conocidísimo chef. Era mi competencia en Torino, montamos nuestros respectivos restaurantes y pronto nos hicimos un nombre en el mundillo. Es un muy buen contrincante.

—No tanto, al final tu chico ganó la partida. Aquel año obtuvo la estrella Michelin, y luego no me dio la revancha, cerró. Pero bueno, al final también he obtenido mi estrellita, me la han dado dos años consecutivos. — Esto último lo dice con soberbia.

—Con que al final te las han dado... eres bueno en lo que haces Grassi, te felicito. De verdad.

—Gracias, pero ya te dije que las victorias no tienen el mismo sabor si los contrincantes no son tan buenos como tú... ¿No has pensado volver a cocinar?

—No, al menos por el momento.

Mi teléfono comienza a sonar y me aparto de los chicos llevándome a mi querido Ettore. Mientras respondo los observo hablar. Miro embelesada el culo de Mat... el tejano que lleva puesto se le ajusta en esa zona, si es que no puede ser tan guapo. Me muerdo la uña del dedo gordo.

Qué situación más incómoda, quién iba a pensar que me podía pasar

esto a mí...

—¿Y? —es Noe.

—¿Qué?

—*Os estoy esperando, me muero de hambre.*

—Ahora vamos. No te imaginas a quién me he encontrado.

—*No me imagino, dime.*

—A Gustavo, el chico del *BluLine*. Y la mejor parte es que Mattia y él se conocen...

—*Nooooo...*

Cuelgo y vuelvo a donde se encuentran los chicos, los dos se quedan en silencio y me miran.

—Era Noe, nos está esperando... —digo.

Mattia alarga su mano y coge la mía.

—Ha sido un placer verte de nuevo Gustavo. Mucha suerte con tus negocios.

—Igualmente, Cazzaniga, ya nos veremos. Me ha gustado volver a verte después de tanto tiempo y en tan buena compañía. No te pierdas, en el mercado ya no hay contrincantes tan buenos como tú o como yo. —Esboza una sonrisa arrolladora y mete una mano en el bolsillo del pantalón tejano que lleva apoyando el peso en un pie, parece un modelo de revista.

—Claro, claro. Adiós.

—Lucy... hasta pronto y que te mejores. —Mi respuesta es una sonrisa boba.

Mientras nos alejamos Mattia, que ha visto que Gustavo se ha quedado mirándonos, me toma con las dos manos la cara y me planta un beso que me deja sin aliento.

Parece un lobo marcando su territorio, he podido advertir su malestar al ver que Gustavo se dirigía a mí con cierta condescendencia.

—No lo soporto —comenta cuando reanudamos la marcha y cogiéndome la mano la aprieta con firmeza.

—¿A Gustavo? No me había dado cuenta. —La ironía con la que me sale el comentario es mayor de la que esperaba. Mat entrecierra los ojos y hace una mueca.

—¿Te has dado cuenta de cómo intentaba coquetear contigo?

—No... —respondo—. Para nada. Son imaginaciones tuyas. —Intento quitarle importancia y Mattia resopla.

—Mira que el mundo puede llegar a ser muy pequeño cuando quiere, no me habría imaginado que os conocíais... y que las rosas que te llegaron el día del accidente en la pastelería eran tuyas...

—Eso mismo pienso yo, que el mundo es un pañuelo. Es amigo de Patrizio, el chico que nos dio los pases vip para la inauguración del *BluLine*. Estuvimos hablando un poco, a mí también me sorprendieron las flores —digo haciéndome la tonta.

—En fin... seguro que quería ligar contigo, pero llega tarde, eres mía —dice y me rodea la cintura con los brazos. Reímos.

Capítulo 11



Collodi, un pequeño pueblo situado a pocos kilómetros de Firenze en el corazón de la Toscana. Es el lugar natal de Carlo Lorenzini, creador de uno de los cuentos más conocidos en el mundo entero, Pinocho. Cuando llegas a ese pueblo de cuento de hadas te das cuenta de que su autor se inspiró en la belleza de aquellos parajes, en la magnificencia de los jardines que la rodean, en lo entrañable de las casitas que cuelgan de las colinas...

Allí se encuentra el Parque de Pinocho y, erguida en la puerta, una estatua gigante del famoso personaje da la bienvenida a todos los visitantes que, con ojos sorprendidos y un poquito emocionados, lo descubren.

Sin olvidarnos la Casa de las Mariposas, en cuyo recorrido puedes encontrarte rodeado de miles de esas criaturas multicolores tan frágiles y bellas... Volvemos a ser pequeños por un rato...

Por la tarde después de comer con Noe y de echarnos unas risas, Mattia me invita a su casa.

—Te aviso, aún no he terminado de desembalar —dice abriendo la puerta del piso, que se encuentra en un muy buen sitio, tiene ascensor y aunque es un edificio antiguo es muy bonito.

Hace un ademán inclinándose hacia adelante y extiende un brazo.

—*Avanti*. —Me invita a pasar. Cuando atravieso el umbral me recibe

un amplio salón lleno de cajas apiladas, algunas abiertas y desparramadas por aquí y por allá. La ventana no tiene cortinas y la estancia es muy luminosa. Los suelos de parqué crujen bajo el peso de mis pasos.

Hay un gran sofá en un lado y un enorme televisor cuelga de una pared. En la mesita de centro hay varias cajas de pizza apiladas y unas latas de Coca-Cola.

Ettore corre como si estuviera en su casa y se sube a un puf que hay cerca del televisor, allí se hace un ovillo y se queda tan tranquilo.

Mattia, visiblemente nervioso, se adelanta para recoger el desorden.

—Es la cena de anoche. —Se dirige a la cocina y yo detrás, echo un vistazo y veo que los platos y las tazas se apilan en la encimera. Definitivamente en esta casa hace falta un poco de orden y limpieza.

—Me dijiste que no habías «terminado» de desembalar, pero creo que ni siquiera has comenzado —digo y río.

—Es más complicado de lo que pensaba —suspira, dejando caer los hombros—. En realidad, y aunque no lo parezca, soy una persona muy ordenada. Todo esto no es propio de mí, pero es que soy capaz de organizarme. Los horarios del colegio y las actividades extraescolares... es todo tan nuevo para mí.

—Todo lleva su tiempo —digo, y me acerco para coger su mano. Me da mucha pena verlo tan afectado. Siempre que habla de Dani, en su rostro hay un velo de tristeza y sobre todo de preocupación.

Sus ojos color cielo se posan en mí y una sonrisa tímida asoma a sus labios. Alarga las manos, toma mi cara y se pega a mi cuerpo lentamente. Puedo sentir su aliento acariciar mi rostro, nos miramos en silencio. De pronto su boca busca la mía, cierro los ojos, nuestros labios se encuentran, se unen, y nuestras lenguas se abrazan recorriéndose, saboreándose, danzando sin prisa.

Me coge la cabeza y me atrae con más ímpetu, puedo sentir sus brazos rodear mi cuerpo y yo respondo pasando los míos alrededor de su cuello. Doy un brinco y enredo mis piernas en su cintura, puedo percibir la erección creciente en su pantalón, me empuja contra la pared. Mi espalda se pega contra ella.

Su respiración es agitada, jadeo. El corazón me late apresuradamente en el pecho, no puedo detener mi boca que busca ávida sus labios, ahora muerdo el lóbulo de su oreja y con intensidad hundo mis dedos en las ondas doradas de su cabello.

Me sujeta con fuerza y nos dirigimos al salón, esquivando cajas y tropezando. Por el camino pisa algún que otro juguete que suena, Ettore levanta la cabeza, gruñe y vuelve a dormir, nosotros reímos.

Me deposita en el sofá, le quito la camiseta azul que lleva puesta dejando libre por fin su torso y paso mi mano acariciando con la yema de los dedos su pecho. Su piel arde, es suave y lisa. Mordisqueo y lamo cada rincón de su pecho, puedo ver en sus ojos la lujuria, se muerde los labios y se lanza a mi cuello, pasando su lengua húmeda por mi piel. Me estremezco, vibro, mi cuerpo se enciende con cada caricia, con el contacto ardiente de su piel.

Desabrocha torpemente y con prisa mi camisa dejando expuesto mi sujetador negro de encaje, recorre mi canalillo pasando su lengua suave y húmeda por él. Por encima de la tela muerde mis pezones duros y excitados, tengo ganas de él, quiero sentirlo dentro, estoy deseosa de saciar mi sed.

Desciende dejando un reguero de besos por mi estómago, se detiene en mi ombligo y juguetea en él, mientras desprende mi pantalón y lo hace resbalar, junto con mis braguitas, hacia mis pies, acariciando mis muslos. Pasa su lengua por mi sexo excitándome, haciendo que desee tenerlo dentro. Después de deleitarme, lo cojo por la nuca y lo beso, obligándole a tumbarse sobre mi cuerpo, sudoroso y tembloroso. Su erección me acaricia.

—Quiero sentirte dentro de mí... no me hagas esperar más... —le suplico.

—Eres hermosa, sabes tan bien... como uno de tus *cupcakes*... uuuummm —aspira jadeante en el hueco de mi cuello poniendo ambas manos a cada lado de mi cabeza y se dispone a penetrarme.

—¡Espera! ¿Tienes condones? —pregunto.

—No —gruñe apartándose frustrado.

Desde la posición en la que me encuentro alargo la mano, cojo mi bolso, revuelvo dentro y saco uno.

Se lo paso, se lo pone y sin más dilación me penetra despacio primero. Me aferro con fuerza a su espalda, enterrando mis dedos en su piel, mientras mi cuerpo se acostumbra poco a poco a su sexo. Luego acelera el ritmo, siento su respiración agitada, su peso me aplasta placenteramente. Me entrego por completo, nuestros cuerpos sudorosos, enredados, acoplados, se mueven al mismo ritmo. Sus besos son tan apasionados que me quitan el aire.

Sus manos recorren cada rincón de mi cuerpo, sus dedos acarician los pliegues de mi sexo proporcionándome placer, cierro los ojos y me rindo al él. Mi espalda se arquea y cuando estoy a punto de dejarme ir se detiene. ¿Eh? ¿Pero qué ha pasado?, me pregunto y apoyándome en mis codos me enderezo.

—No princesa, quiero que sea conmigo dentro... —Sonríe y se introduce nuevamente en mí. Mi cuerpo lo agradece, es más lo exige y volvemos a movernos al mismo ritmo. Con mis brazos rodeando su cuello y mi boca mordiéndolo, me dejo ir envuelta en su abrazo.

Desnudos reposamos en el sofá. Con la cabeza apoyada sobre su pecho me deleito percibiendo los latidos de su corazón que poco a poco vuelven a ser tranquilos y acompasados. Mattia pasa sus dedos por mi cabello, acariciándome la espalda y haciéndome estremecer.

—¿Me puedes decir qué me echaste en el café, peque? Porque ha sido probar tu cappuccino y no parar de pensar en ti, de imaginarte, de saborearte en mi mente... Cuando me besaste el otro día en tu casa te habría tumbado en el sofá y te habría hecho el amor allí mismo... pero tuve miedo...

Levanto la cabeza y dirijo mi mirada extrañada a su rostro.

—¿Miedo?

—De que no quisieras nada conmigo... pero al ver hoy la posibilidad de perderte, no lo he podido soportar. Imaginarte en otros brazos o con otro hombre... Nuestro encuentro con Gustavo me ha abierto los ojos.

De nuevo Gustavo, creo que voy a tener que contarle lo que pasó en el *BluLine*.

—Mat...yo...

Pone un dedo en mis labios para evitar que continúe

—Shhh peque...no digas nada, no quiero saber nada. Tu vida antes de mí no me importa... —Le doy un beso en los labios.

—¿Peque? Es la segunda vez que lo dices...

—Bueno Lucy, eres mucho más joven que yo, por eso te digo «peque». Otra de las razones por las que intentaba frenarme. No sabía si tú... querrías estar con alguien como yo, más viejo.

—¿Viejo, tú? No lo había pensado —miento. Aparto la mirada de sus ojos celestes y me rasco la nariz.

—Espera, espera, estás mintiendo. —Enarca las cejas y abre exageradamente los ojos.

—¿Eh? —Me ha pillado—. No, nada que ver... ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta, y ¿tú?

—Voy a cumplir treinta...

—Mierda. —Se levanta como un resorte y comienza a buscar su ropa, me giro en el sofá y apoyando la cabeza en mi mano lo observo extrañada. Su

culo es perfecto, por no hablar de su... bueno, todo Mattia está para comérselo.

—¿Y ahora qué pasa? Me vas a echar de tu casa porque soy menor de edad, venga que treinta años no son ni muchos, ni tan pocos... —digo pensando que su reacción es exagerada.

—No... Vístete Lucy... —me dice pasándome mi ropa. Comienza a cabrearme esta situación, será cretino. Me levanto y cojo mi ropa.

—¿Me puedes decir qué demonios es lo que te pasa? ¿Por qué te pones así? Si a mí no me importa, ¿por qué a ti sí? ¿O es que acaso no te ha gustado lo que ha pasado entre nosotros? A mí no me lo ha parecido —ladro mientras desnuda agito mi ropa sin la menor intención de ponérmela.

—Pensé que eras joven pero no tanto —dice, y luce tan sexy solo con el tejano y el pelo revuelto. Mi mirada cae en su ombligo en el que me gustaría perderme. Pero tengo que concentrarme, este tío me está diciendo que lo que acaba de pasar entre nosotros ha sido un error. Ha sido él quien me ha invitado a su casa, quien se ha colado en mi pastelería, se ha convertido en mi salvador y me ha cuidado cuando estaba mal, ¿y ahora me viene con esto?

—Si para mí no es un problema que tú seas mayor que yo, ¿por qué para ti es tan importante y problemático que yo sea más joven?

Mattia deja caer sus hombros hacia delante como dándose por vencido y emite un bufido, me mira con los ojos entrecerrados y mueve la cabeza de un lado al otro.

—No solo son mis cuarenta años, además tengo cargas muy pesadas y... no creo que sea justo involucrarte... No había planeado llegar a esto. —Se pasa las manos por el cabello—. Me he dejado llevar, todo ha sido tan rápido. Yo... lo siento.

—¿Que lo sientes? La vida no espera, yo estoy separada, tú viudo. Me gustas, te gusto... Vamos a conocernos otro poco, sin presiones, sin reglas,

sin ideas preconcebidas, vamos a divertirnos y a pasarlo bien. —No puedo creer que estas palabras estén saliendo de mi boca, pero son el resultado de las comeduras de coco de mis amigas. «Vive la vida», me dicen siempre.

Me abalanzo sobre él y paso la mano vendada en torno a su cuello mientras con la otra le sujeto la barbilla y le planto un beso. No puede resistirse y me toma con fuerza entre sus brazos apretándome contra su cuerpo. El contacto con su piel es la sensación más maravillosa que he experimentado en años. Sus besos saben tan bien y sumados al aroma que desprende su cuerpo, siento que la cabeza me da vueltas.

—No corras, caminemos... —le digo. Es lo primero que se me pasa por la cabeza porque la verdad es que si me preguntan si estoy preparada para criar a una niña diría que no lo sé, o mejor dicho diría ¡no!

En mis planes no entran los niños, pero no quiero asustar a Mattia. El sexo ha sido fabuloso, no tiene sentido empañar el momento con preocupaciones futuras, nadie sabe lo que puede pasar.

Mattia asiente, sonrío y me da un beso en la nariz. Con él me siento protegida, será porque le veo como mi salvador y por eso entre sus brazos me siento tan cómoda. La diferencia de edad no me asusta, al contrario, he salido siempre con chicos que más o menos tenían mi edad y han resultado ser unos inmaduros. Tal vez uno mayor sea diferente, me pica la curiosidad.

El resto de la semana la paso en mi casa. Mattia después de dejar a Dani en el colegio viene a verme, desayunamos juntos, hacemos el amor en todos los rincones, saboreándonos, deleitándonos, descubriendo cada centímetro de nuestros cuerpos, amoldándonos el uno al otro, hablando y conociéndonos como no había hecho con nadie hasta ahora.

Con el transcurrir de los días la quemadura de la mano apenas me duele y mis amigas están tan inmersas en sus vidas que solo sé de ellas por

algún mensaje que nos enviamos.

Fede está desaparecida por los exámenes, al final ha vuelto a su piso. Lo último que sé es que le está yendo muy bien, es inteligente así que no le cuesta ponerse a estudiar y tiene una memoria de elefante, algo que siempre he envidiado. Para mí mejor, tengo más intimidad.

No solo estamos encerrados en casa, también salimos a pasear por la ciudad como dos enamorados cogidos de la mano. De pronto Firenze se me presenta mucho más bonita de lo que es, los días transcurren tranquilos y no echo tanto de menos mi trabajo.

El sábado salimos de la ciudad como si fuéramos una familia. Daniela va en la parte de atrás del *Jeep Renegade* de su padre junto a Ettore, que viaja en su trasportín dormitando, aunque al principio se ha puesto a ladrar sin parar.

La mañana es soleada, algunas nubes blancas como el algodón surcan el cielo y una brisa tibia hace presagiar que el día será caluroso.

Mattia extiende su mano, aprieta con firmeza mi rodilla y, lanzándome una mirada sexy, me guiña un ojo. Me remuevo nerviosa en el asiento, no sé cómo reaccionar con Daniela en el asiento de atrás. Le devuelvo una sonrisa.

Busca mi mano y cogiéndola se la lleva a la boca para depositar un beso en mi palma. Es un dulce, un terrón de azúcar, un bombón.

—Tranquila, le caes bien. No hace otra cosa más que hablar de ti y de Ettore.

Sonrío.

Pasamos el día en Collodi, ciudad natal del autor de Pinocho, damos un paseo por la *Casa de las Mariposas* y por el parque de diversiones dedicado a la fábula; es muy divertido, lleno de risas y alegría. Mi relación con Daniela se estrecha, busca mi mano, intenta conversar, me cuenta cosas

de la escuela, que falta poco para las vacaciones y que vendrán sus abuelos a buscarla para llevarla a la casa que tienen en la playa en Rimini, una ciudad turística en la Costa Romagnola, para pasar allí el verano.

Mientras ella se divierte corriendo con Ettore por un parque antes de nuestro regreso a Firenze, Mattia y yo charlamos a la sombra de un frondoso árbol. Sentados sobre la hierba fresca me rodea con sus brazos y yo apoyo mi cuerpo en su pecho acomodada entre sus piernas.

—¿Vienes a cenar a casa? —Me besa en el cuello descolocándome como siempre, encendiendo en mí esa hoguera que no me deja pensar con claridad.

—Mmmm, ¿cocinas tú?

—Claro.

—Entonces, sí.

—Perfecto, que sepas que no cocino para alguien desde hace mucho. Para mí es nuevo volver a vivir con Daniela, acostumbrarme a sus necesidades. De pronto la vida te cambia las prioridades y todo lo que dabas por sentado no existe más... Me hundí y no había nada que me hiciera reaccionar...

—¿Qué es lo que te hizo cambiar, levantarte de nuevo y decidir venir a vivir a Firenze?

—Un día fueron a visitarme mis padres con Daniela, mi hija había crecido tanto... Ella corrió a mis brazos gritando ¡papá! ¡papa! Me abrazó tan fuerte que me estrujo el alma, fue una manera de despertarme. Mis padres y mis suegros intentaron hacerme ver que ella era lo único que me quedaba de mi mujer y que no tenía la culpa de todo lo que había pasado, que tenía que luchar por ella, por su futuro, no podía abandonarla a su suerte. Aunque sus abuelos la hubieran sacado adelante, ella ya había perdido a su madre y me estaba perdiendo también a mí, y eso me golpeó tan fuerte que me despertó

de mi letargo. No te voy a mentir, no fue fácil salir de mi estado depresivo, pero con la ayuda de mi familia me levanté y tomé la decisión de marcharme de allí para volver a comenzar. Y aquí estamos...

Disfruto escuchando los latidos acompasados de su corazón con la cabeza apoyada en su pecho, mientras él juega con sus dedos en mi cabello.

Me aparto un poco y contemplo su rostro, observa con atención los movimientos de Daniela que juega en el césped correteando con el perro. Aparta la mirada de ellos cuando se da cuenta de que lo observo, la fija en mí e inesperadamente me planta un beso.

—...Y apareciste tú, con tu frescura, esa alegría tan tuya, tus cappuccinos y tu perro salchicha que le devolvió la sonrisa a mi pequeña. Lloraba mucho la primera semana que estuvimos solos aquí, estaba tan mal que pensé que debíamos volver a Torino, que había sido una pésima idea traérmela así sin un plan, razón por la cual no había deshecho las cajas de la mudanza —confiesa avergonzado.

—Ahh... entiendo. —Y para quitar hierro al asunto agrego un chascarrillo—. Entonces tú solo quieres a Ettore para que haga feliz a Daniela, y como es mi perro por eso te empeñas en endulzarme a mí también. Pero en realidad yo no te gusto para nada... —Sonrío.

—Nooo. Me gustas Lucy, a tu lado he vuelto a encontrar las ganas de seguir, de quedarme y luchar —responde serio, arrugando la frente.

Le doy un beso, me rodea los hombros con sus brazos y me mueve lentamente de un lado al otro, acunándome.

Dani corre hacia nosotros y me coge de la mano. Mientras Ettore salta a nuestro alrededor, corremos descalzas sobre la hierba fresca cogidas de la mano, es divertido y mucho más fácil de lo que pensaba. Después de mucho tiempo me siento verdaderamente feliz, todos mis miedos se han disipado, es algo tan natural... De pronto la niña se suelta de mi mano, corre hacia una

mata donde hay flores y comienza a cortar unas cuantas. Ya tiene un ramillete de coloridas flores silvestres, pero de repente da un alarido, su carita tiene una expresión entre el miedo y el dolor. Al oír su grito todos mis sentidos se ponen alerta, el terror me sobrecoge y corro hacia ella casi sin aliento. Le cojo la mano, es un mar de lágrimas y lo único que dice es que le duele, me arrodillo a su lado y comienzo a mirarla de arriba abajo, intentando averiguar lo que le ha sucedido. Ha tirado el ramillete al suelo y lo único que hace es gritar ¡papá!

Entre tanta confusión puedo ver unas abejas dando vueltas sobre las flores. Mattia corre hacia nosotras.

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué tienes Daniela?

—Me duele papi, me duele —llora y levanta la manita donde tiene un punto rojo que ha comenzado a hincharse.

—Tal vez la ha picado una abeja, hay muchas en las flores —digo.

—Tranquila princesa, no pasa nada, ahora te vamos a curar.

Mattia la coge en brazos y yo camino a su lado. Nos dirigimos hacia la sombra del árbol, allí la deposita sobre la manta en la que estábamos sentados, Dani no para de llorar y yo me estoy angustiando, me siento culpable, impotente y muy preocupada.

—Espera aquí, tengo un botiquín en el coche. ¿Lucy puedes quedarte con ella?

—Sí, claro. —Antes de marcharse me da un beso en la cabeza y me susurra en el oído «todo irá bien».

Cuando vuelve le pone una pomada, le venda la mano y le da un antihistamínico, increíblemente la pequeña poco a poco comienza a calmarse. Ahora solloza y se seca las lágrimas con el dorso de la mano, se ha acurrucado a mi lado poniendo la cabeza sobre mi regazo. Acaricio sus cabellos dorados, su respiración es tranquila. Yo también al verla más

tranquila he comenzado a relajarme.

—Tenemos las manitas iguales... —dice levantando la suya también vendada.

—Sí, está de moda —bromeo sonriendo.

Mattia nos observa en silencio mientras guarda las cosas que ha utilizado en el botiquín.

—Lucy, ¿tú tienes mamá? —pregunta Dani con los ojos aún húmedos. Levantando su cabecita de mis piernas me mira con esos ojos color miel que tiene ella—. ¿Sabes que la mía se marchó al cielo cuando yo era pequeña?

¡Ay no, por Dios! ¿Qué es lo que le digo? ¿Qué le contesto? Siento que un balde de agua fría me cae encima. Pero ¿cómo manejo esta situación? Parece que me estuvieran poniendo a prueba y no sé cómo salir de esta.

Mis ojos se dirigen a Mattia que levanta la vista y la clava en mí, esto es algo que no me esperaba, abeja de m... Todo iba tan bien, ha tenido que venir a picar a Dani y a ponerla triste y melancólica, ahora me doy cuenta de que mis miedos a ratos se materializan y aparecen con más fuerza que nunca.

Piensa, Lucy, piensa, tú puedes... pero ¿qué demonios le digo?

—Lucy tiene mamá, vive en Roma. —Mattia me salva, una vez más.

—Sí, eso... vive en Roma —repito yo.

—Pobrecita, seguro que tú también la echas de menos... —exclama la peque acariciando mi mano y se queda absorta en sus pensamientos. En ningún momento pensé que saldría este tema, pero seré estúpida. Y ella se preocupa por mí, qué tierna, los niños son tan empáticos.

—Bueno creo que es hora de ir recogiendo todo, debemos regresar...

—Mattia pone fin a mi incomodidad, que Dani parece no haber advertido.

Capítulo 12



A unos pasos del Ponte Vecchio esta la Piazza del Mercato Nuovo. Si miras bien en uno de sus laterales encontrarás la Fontana del Porcellino, una fuente que tiene como protagonista un jabalí. La cultura popular dice que si frotas su hocico (que está brillante por la gran cantidad de turistas que lo hacen) y metes una moneda volverás a Firenze.

—Papá, tengo hambre...

—Dani en la nevera hay un *panino*, comételo que aún falta para llegar
—responde Mattia mientras conduce.

El sol va cayendo en el horizonte acariciando las colinas toscanas, el cielo se tiñe de colores púrpuras, el aire que entra por mi ventanilla es tibio y huele a hierba tierna, a campo, y acaricia mi rostro. Cierro los ojos y aspiro profundo.

—¿Estás bien Lucy? Estás muy callada...

Antes de contestar a Mat le dedico una mirada tierna, me giro y veo que Dani después de comer se ha quedado dormida en el asiento de atrás, al igual que Ettore en su trasportín.

—Me llevé un susto de muerte. —Mi tono es bajo.

—Son niños, les pasan las cosas más extrañas y una picadura de abeja es algo que puede ocurrirle a cualquiera. No tienes por qué preocuparte, Dani

no es alérgica a las picaduras. Está bien, ahora duerme. —Sus palabras me reconfortan, presiona con su mano mi rodilla y sonrío.

—¿Traes siempre comida?

—Así es, he aprendido que con los niños siempre tienes que llevar dos cambios de ropa, agua y comida. No sabes cuándo se van a ensuciar, van a tener sed o hambre, por no hablar del completo botiquín que tengo en el coche. Eso me lo enseñaron mis padres, porque yo no tenía ni idea. Perdí mucho tiempo que podría haber compartido con mi hija, he sido un tonto y lo lamento.

—Tienes aún mucho más por compartir. Ella te quiere y el lazo que hay entre vosotros no se va a romper nunca.

Sonrío, es tan tierno verlo en su rol de padre, creo que es lo que me encanta de Mattia, a pesar de que insiste en que es ahora cuando está aprendiendo a ser padre de verdad, yo creo que es algo que cada uno lo lleva dentro, algo innato, lo sientes o no. En mi caso no y lo que ha pasado esta tarde lo pone aún más de manifiesto. No puedo dejar pasar por alto lo que ha sucedido y mi falta de tacto, soy una completa idiota, no tengo práctica con los niños y mucho menos estoy preparada para afrontar ciertos temas.

Entramos en la ciudad, la noche ha caído y las luces de las farolas iluminan las calles.

Cuando subimos a casa de Mattia él lo hace cargando en brazos a una Daniela que duerme profundamente y con su manita vendada se cubre la carita. Yo llevo el trasportín de Ettore que también está rendido, no lo he visto tan cansado en toda su vida.

Mattia va directo a la habitación de la niña donde la acuesta y la arropa en su cama, Ettore aprovecha una vez libre de su caja para subir a la cama de la pequeña. Me acerco para cogerle y Daniela estira sus bracitos hacia mí.

—¿Me das el beso de las buenas noches?

—Claro, que descanses princesita. —Le doy un beso y aspiro. Su olor es tan rico y su piel tan suave y tibia.

—Te espero en la cocina —digo parada en la puerta dirigiéndome a Mat.

—Ahora voy.

Cuando estoy en la puerta de la habitación escucho la dulce vocecita de la niña hablar a su padre.

—Papi, ¿crees que Lucy querrá ser mi mamá ya que la mía está en el cielo? A mí me gusta, es divertida y muy bonita.

Me quedo petrificada al oír lo que dice, aprieto a Ettore contra mi pecho y siento que se me escapa el aire de los pulmones mientras las mejillas me arden. Reanudo mi camino hacia el salón donde me muevo nerviosa de aquí para allá. No me puedo quedar aquí, necesito aire, me estoy ahogando. Abro la puerta y me marchó lo más rápida y silenciosamente que puedo.

Camino a paso veloz por las calles, sin mirar atrás, Ettore va a mi lado a paso ligero, puedo oír su chapita tintinear. Lo miro y me dedica una mirada de esas suyas donde se le ve la medialuna blanca de sus ojitos negros, con una expresión divertida con sus orejitas pardas. Acaricio su cabeza y continuo mi camino, tengo que alejarme de allí lo más rápido posible.

Llego al *Ponte Vecchio*, allí aminoro el paso y me dirijo hacia la baranda, las calles están casi vacías, poco tráfico y tranquilo. Extraigo de mi bolsillo el teléfono que no ha parado de sonar desde que he salido de casa de Mattia, sé que es él y no quiero responder.

Tengo varias llamadas perdidas y unos mensajes.

No entiendo qué es lo que te ha pasado, cuando he salido ya no estabas. Responde Lucy, por favor. Al menos dime que estás bien.

Contesto de forma escueta:

Estoy bien, hablamos mañana.

Apago el teléfono, necesito desconectar. La noche es clara, hay luna llena e ilumina el firmamento por completo ocultando a mis ojos las estrellas.

El río corre tranquilo bajo el puente, parece una cinta de plata iluminado por los rayos de la luna.

Respiro hondo, necesito llenar mis pulmones. ¿En qué berenjenal te estás metiendo Lucy? ¿Creías que iba a ser fácil?

Tiene una niña y si lo nuestro no funciona, sufrirá y sufriré yo. Ella se ha encariñado conmigo y yo también con ella. Como para no hacerlo, es un sol y es tan buena e inteligente... Todo está pasando muy rápido... demasiado diría yo, no sé cómo manejar las cosas y mucho menos cómo se lo voy a decir a Mattia.

Ettore me rasca la pierna con su patita, está cansado y yo también. Lo cojo entre mis brazos, le doy un beso entre las orejas y nos marchamos a casa cabizbajos después de un día maravilloso con un final extraño, con la esperanza de dormir y mañana con la luz del nuevo día ver las cosas con más claridad.

Así como me he acostado, con los ojos como los de un búho, así me he despertado. No he podido pegar ojo y cuando lograba dormirme soñaba cosas sin sentido.

Miro el reloj, son las siete, es muy temprano. Ettore duerme como un tronco, dichoso de él que ha estado toda la noche roncando y ocupando casi toda la cama.

Me levanto, estoy cansada de estar en la cama sin poder dormir dando vueltas de un lado para otro. Cuando me pasa eso por lo general me levanto a inventar recetas, pero con la mano así no puedo hacer nada. Me acaricio la venda, menos mal que ya no me duele, ayer cuando me curé, las ampollas ya

se habían aplacado.

Enciendo el teléfono y comienzan a llegar mensajes, sabía que iba a ser así.

Uno es de mi hermana, que me dice que va a venir a desayunar, que me extraña y que quiere saber cómo estoy. La petardilla ha desaparecido, después de hacer tanto problema y decir que se venía a estar conmigo, ¿en qué estará?

Decido hacer unas tortitas con miel, están buenísimas y con Nutella son lo más, a Fede le encantan.

El resto de los mensajes son de Mattia, decido no abrirlos... Todavía no sé qué decirle, tal vez que me ha dado miedo y he salido por patas... si le digo eso le perdería para siempre, no puedo hacerlo.

Cuando mi hermana llega me encuentra cocinando.

—Hola Lucy. Mmm... ¡qué bien huele! Estás haciendo tortitas, mis preferidas. ¿Qué noticia me tienes que dar? —exclama rodeándome con sus brazos la cintura y llenándome de besos.

—Hola desaparecida, ¿cómo te han ido los exámenes? —pregunto apuntándola con la cuchara mientras arrugo la frente.

Levanta las manos y ahoga una sonrisa.

—Bien, bien, aunque todavía faltan algunos... —Mete el dedo en la preparación de las tortitas y se lo chupa.

De pequeña lo hacía y mi madre le echaba la bronca, yo también la atizo con cariño con la cuchara.

—¡Ay!

—Te va a sentar mal —la reprendo y me parece que está hablando por mi boca mi madre.

—Ufff, ya te pareces a mamá.

Mientras desayunamos el teléfono suena un par de veces. Es Mattia

que me da los buenos días y me pregunta cómo estoy, no le contesto.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes tan mala cara? ¿Acaso te sigue molestando el brazo? Si quieres te acompaño a que te lo miren.

—No, es otra cosa la que me preocupa.

—Cuéntame, Lucy...

Tomo aire, dejo caer los hombros y le cuento todo lo que ha pasado desde que Mattia me salvó en la pastelería. Aunque ya sabía lo del beso en sueños, el resto es una novedad, incluido el percance con la abeja. También le digo lo que escuche decir a Dani a nuestro regreso a Firenze... Se queda con la boca abierta y observándome en silencio, como si yo fuera un extraterrestre. Cuando termino le pregunto.

—¿Y? ¿qué opinas?

—¿Y qué? No sé, ¿qué quieres que te diga? Eres demasiado racional Lucy, déjate llevar por el corazón. Los niños son fuertes y se adaptan a todo, no son tan frágiles como pensamos, ellos ven más allá de lo que ven nuestros ojos.

Me froto los párpados y luego me cubro la cara con las manos... me siento atrapada, aunque no sé si es la palabra correcta.

—Puuufff —bufo.

—Mira, lo mejor es que hables con Mattia. Tal vez si le pides un poco de tiempo y le dices lo mismo que me has dicho a mí, que piensas que las cosas están yendo demasiado rápido, él también lo pueda entender y decirte algo. Pero no salgas corriendo sin decirle nada. Tienes miedo y es normal, pero habla con él, estás actuando como una niña. No siempre puedes solucionar las cosas escapando de ellas y me refiero a tus relaciones, no todos los hombres son como tu ex. Mattia parece una persona bastante centrada.

Mientras Fede, mi hermana menor, que de pronto parece tener más

sabiduría que yo, intenta convencerme de ir a hablar con Mattia, suena el telefonillo. Si es que el miedo es tan irracional que nos hace actuar de maneras inesperadas.

—Son ellos —digo con cara de haber visto un fantasma después de preguntar quién es. Siento que la sangre abandona mis extremidades y un escalofrío me recorre entera. Tengo ganas de verlos, pero a la vez una sensación extraña me invade y me invaden las ganas de salir corriendo.

—Bueno, al menos uno de los dos es maduro y afronta las situaciones —comenta Fede y levanta las manos al cielo—. ¿Ves Lucy?, él no quiere que te escapes, si fuera así no estaría aquí. Además, me imagino que no debe estar entendiendo nada, ponte en su lugar. Si sigues haciendo el tonto puedes perder una oportunidad para ser feliz.

Corro hacia mi habitación chocándome con todo lo que encuentro a mi paso para ponerme algo para recibirlos y lo único que encuentro es un pantalón corto tejano y una camiseta de tirantes, blanca. Qué remedio, mejor que el pijama seguro. Me recojo el pelo en un moño, tendrá que bastar. Me miro al espejo las ojeras, me pongo un poco de corrector y un poco de brillo de labios.

Vuelvo al salón a la pata coja, después de darme por enésima vez en el dedo pequeño del pie contra un mueble cuando Fede les abre la puerta. Entran cogidos de la mano, Ettore sale a saludarlos al escuchar el revuelo, estaba dormido en el sofá, pero se despertó al escuchar el telefonillo.

—Buenos días, lo siento... no quería interrumpir... —se disculpa Mattia visiblemente incómodo.

—No interrumpes nada, al contrario. Estaba intentando convencer a la cabezota de Lucy de que fuera a verte —responde mi hermana dándole dos besos—. ¡Hola princesa! ¿Te acuerdas de mí? Soy Fede. —Se agacha y coge la carita de Daniela con las dos manos, lo veo todo desde donde me encuentro

de pie, en el salón.

—Claro, hola.

Mattia las deja hablando de forma amigable y entretenidas, y se dirige hacia el salón donde me encuentro yo de pie, sin saber qué hacer, rizándome los dedos. Me pone nerviosa porque no aparta los ojos de mí. Camina seguro y con una expresión extraña en los ojos. Esa camiseta verde que lleva puesta hace resaltar el moreno de su piel. Tengo ganas de saltarle al cuello y llenarle de besos, pero en cambio me quedo parada sin poder articular palabra.

Se acerca y me da un beso en la boca, no me muevo.

—Me dejaste preocupado, pensé que te había sucedido algo... no entiendo qué es lo que te pasó.

—Lo siento —respondo mortificada.

—Dani, ¿te gustan las tortitas? —pregunta Fede a la pequeña.

—Sí.

—¡Bien! Si no os parece mal, nosotras vamos a desayunar y vosotros podríais ir a hablar a alguna parte. Tranquilos, por nosotras no os preocupéis.

Mattia observa a mi hermana y a Dani, que ya tiene el plato lleno de tortitas, y están decidiendo si ponerle miel o Nutella.

Me coge de la mano y siento su presa firme.

—Daniela haz caso a Fede, y Fede muchas gracias. Enseguida volvemos.

—Vale, *ciao*. —Mi hermana me guiña un ojo y nos saluda con la mano.

Caminamos en silencio cogidos de la mano por las calles del centro de Firenze, el día es precioso, el cielo es celeste y el aire tibio. Los turistas se agolpan llenando todo con sus coloridas y alegres vestimentas. Atravesamos el mercado San Lorenzo mezclándonos con la gente entre los puestos que

venden toda clase de artículos de cuero y demás cosas.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras intento esquivar a unas mujeres que tratan de decidirse por un bolso.

—Necesitamos hablar tranquilos y creo que un café no es el mejor sitio para hacerlo. Si te parece, vamos a mi casa.

Después de mirarlo directamente a los ojos por una fracción de segundo y deleitarme con su visión, asiento con la cabeza.

Hacemos el camino hasta la casa de Mattia en silencio, cogidos de la mano y esquivando la gente a paso ligero.

Nada más entrar observo que la casa ha cambiado, está todo en orden y limpio.

—¿Me puedes decir qué es lo que te pasó anoche? Pensé que todo estaba bien entre nosotros, pero desapareciste y no me contestas al teléfono. ¿Por qué Lucy?

—Tuve miedo, escuché a Daniela cuando te decía lo de su madre anoche y, junto con el susto que nos llevamos por la tarde con la abeja, me vi superada. Creo que no estoy preparada, tal vez tenías razón —confieso, y me da rabia aceptar que él tenía razón al decir que carga con pesadas mochilas.

Me observa con una expresión triste, tiene la frente arrugada y sus ojos han perdido el brillo que habían adquirido con el pasar de los días. Alarga la mano y acaricia la medialuna de mi rostro y yo no puedo contener el llanto. Me siento tan estúpida, tan cobarde.

Me envuelve en sus brazos, apoyo la cabeza en su pecho y él la besa acariciando mi espalda. Sé que intenta reconfortarme, pero yo me siento con el alma a los pies, soy una cobarde...

—Te entiendo... y no te culpo. Mi vida es complicada y no voy a juzgarte si no quieres seguir adelante —dice con voz ronca.

—Pero... me gustas y me siento bien contigo y con Dani, solo que...

—Las palabras me salen atropelladas, me aparto para ver dentro de sus ojos
—. Necesito tiempo.

Coge mi rostro entre sus grandes manos y me besa hasta dejarme sin aliento, con apremio y necesidad.

—Intenté por todos los medios convencerme de que esto era una mala idea. Sopesé los pros y los contras, no hay noche que no vaya a la cama pensando en mi hija y preocupándome por su futuro, pero el destino nos empujó uno a los brazos del otro... Después de muchos años me vuelvo a sentir vivo, aquí —dice cogiendo mi mano y depositándola en su pecho— ha vuelto a latir un corazón que siente y vibra a tu lado. Tú eres luz, aire fresco, primavera. Eres vida y risas, y no quiero que eso cambie. Y si eso significa que tenemos que ir poco a poco, lo haremos. Dani es una niña inteligente, le caes bien y no te preocupes, es fuerte, de los dos es la más fuerte.

Sus palabras me reconfortan, me siento segura entre sus brazos, todo parece tan simple y sencillo. Cierro los ojos y una lágrima corre por mi mejilla, ¿cómo puedo ser tan tonta?, estoy a punto de perder a Matt y todo porque no sé controlar mis miedos.

—Solo te pido que vayamos despacio, quiero adaptarme a todo, y poder responder a Daniela cuando me haga preguntas... No quiero alejarme de ti y mucho menos de ella...

—Si es lo que deseas no te agobies Lucy. Dani ha tenido una mamá, pero ha muerto; yo no quiero que seas su madre, eso es una responsabilidad con la que no quiero que cargues. Todo irá llegando con el tiempo, los afectos, las respuestas y demás.

Rodeo con mis brazos su cuello y poniéndome de puntillas rozo mi nariz con la suya. Muerdo con delicadeza su labio, deposito un beso en la comisura de su boca y nos fundimos en un beso. Desparecen todos los miedos, las angustias y las incertidumbres, siento que vibramos.

Ya más tranquila y relajada, después de nuestra charla Matt me propone hacer pasta para comer todos juntos en mi casa. Me parece una muy buena idea, Fede estará feliz, a ella le encanta la pasta casera y sobre todo le gustará ver que hemos arreglado las cosas.

En la cocina me encuentro que todo ha cambiado, la encimera está limpia y no hay trastos. De verdad parece que se ha puesto las pilas y está intentando poner de su parte para organizar su vida, creo que tengo que seguir el ejemplo.

—¿Quieres ayudarme? —pregunta mientras se lava las manos.

—Claro, pero con la mano así no puedo hacer mucho. —Levanto la mano vendada y sonrío.

La cocina es amplia, distribuida en forma de L con alacenas y todo decorado de forma rústica, al mejor estilo toscano. Una mesa de madera para seis se encuentra en el centro.

Saca una fuente de cristal de un mueble, harina, huevos, agua y aceite de oliva.

—Haremos pasta casera ¿qué te parece? —pregunta descorchando una botella de vino tinto y dejándola a un lado, en la mesa, junto con dos copas.

—La harina para mí es algo cotidiano, me pone a mil... —Intento bromear mientras me agarro al borde de la mesa y lo miro sonriente, con lascivia. Me encanta cómo le quedan los tejanos que lleva puestos y verlo moverse tan cómodo en la cocina me está poniendo muy caliente. Con agilidad hace una corona con la harina y comienza a amasar.

Sus brazos, a pesar de que no son exageradamente musculosos, se ven fuertes. La fina capa de vello dorado que los recubre y que la camiseta de manga corta que lleva puesta me deja ver lo hace aún más apetecible. Sin darme cuenta me muerdo los labios justo en el instante en el que me mira.

—De momento solo te voy a pedir que seas una chica buena y que sirvas vino para los dos. Luego pondremos remedio a esos labios ansiosos.

Hago lo que me pide, lleno las copas y me acomodo en una silla a su lado para verlo amasar. En un abrir y cerrar de ojos tiene los *tagliatelle* hechos. No puedo dejar de sentirme excitada al verlo, doy un sorbo a mi copa y me abalanzo sobre la mesa, apoyando mis codos en medio de los restos de harina. Me acerco buscando su boca, muerdo su labio inferior y deposito un beso en la comisura. No puedo obedecer sus órdenes de ser buena, no puedo reprimirme más...

Me coge el rostro con ambas manos, las tiene llenas de harina y de masa, pero me da igual. Después de dejarme sin aliento con un beso ardiente, apasionado y lascivo, su boca recorre mi cuello, dejando un reguero de besos y erizándome la piel. Me coge por la cintura, me sienta en la mesa y abriendo mis piernas se coloca entre ellas. Aferrándome con firmeza por la cintura me acerca a su cuerpo, apoyándome contra su erección. Con cada movimiento, con cada beso y caricia me voy encendiendo, mi cuerpo como de costumbre se va adelantando, preparando, poniéndose ansioso.

—¿Te das cuenta de que me enciendes con el más mínimo gesto, pillina? —dice divertido y excitado. Coge mi mano y la deposita sobre su erección, que yo acaricio por encima de la tela del pantalón—. Me tienes loco.

—Y tú a mí —respondo sin parar de besarlo.

Me quita la camiseta de tirantes, dejando al descubierto mi sujetador de encaje rojo, se pasa la lengua por los labios y gruñe. Enredo mis dedos en sus cabellos dorados, entrecierra los ojos azul cielo, me pasa la lengua por el canalillo y gime. Me estremezco.

Me tumba en la mesa mientras continúa dedicándole toda su atención a mis senos. Desciende mordiendo mi piel, saboreándome, hasta el ombligo,

allí juguetea con su lengua y continúa para encontrarse con mi sexo, donde se detiene. Gruñe, succiona y muerde delicadamente mi piel. Un volcán estalla en mis entrañas y recorre mi vientre, hacia el sur, donde no para de jugar delicadamente con su lengua, al mismo tiempo que acaricia la cara interna de mis muslos flexionados sobre la mesa.

Me dejo ir por completo, cuando Mattia advierte que me contorsiono sobre la mesa presa de un orgasmo, se prepara para embestirme. Lo rodeo con mis piernas temblorosas y sin mayores preámbulos me penetra. Ávida de su miembro lo aprieto con mis piernas contra mi cuerpo, recorro con la yema de los dedos la piel ardiente de su espalda, mientras muerdo sus labios succulentos. Él gime y continúa su baile, primero lentamente, acariciando con su sexo el mío, luego poco a poco sus movimientos se vuelven rápidos y va alternándolos hasta que ambos nos compenetramos en el ritmo. Después de alcanzar el cielo caemos exhaustos entre gemidos y gruñidos.

Mis piernas yacen inertes, rendidas como el resto de mi cuerpo. Extasiada de placer, me rodea con sus brazos y nos quedamos un rato allí. Apoyo mi cabeza en su pecho y siento el latido agitado de su corazón, me besa la cabeza mientras recorre suavemente con sus dedos mi espalda, acariciándome y besando mi coronilla.

—Así no hay quien cocine —dice sonriendo, cogiendo mi cara entre sus manos y depositando un beso en mis labios.

Le doy un mordisquito en la punta de la nariz.

—Pues yo estoy famélica.

—Yo también, pero de ti. Eres deliciosa —dice, me coge un brazo y comienza a darme mordisquitos—. Sabes a chocolate, a vainilla...

—Y tú sabes a menta, a regaliz, a canela... —le respondo entrando en su juego.

Terminamos por fin de meter todo lo necesario en *tuppers* para

llevarlo a mi casa. Las chicas deben estar esperándonos... nos hemos pasado la mañana aquí.

Nada más entrar nos reciben la música a todo volumen y las chicas bailando y cantando a pleno pulmón en el salón.

Dani sale corriendo y me rodea con sus brazos. Me agacho y le doy un beso en la cabeza, luego corre hacia su padre y se abraza a sus piernas.

—¡Lucy, papi!

—Ey que te iba ganando, no me dejes así... —protesta mi hermana.

—No es cierto. Te ganaba yo. ¿Quieres jugar con nosotras?, es un concurso de canto y baile —se dirige a mí la peque. Miro a Mat, y él asiente con una sonrisa en los labios, que le hace lucir aún más guapo si se puede. No sé qué tiene este hombre que me vuelve loca.

—Ve mientras yo preparo la comida. Total, es solo calentar, ya que la parte «gorda» la hicimos en casa. —Me lanza un guiño y yo le devuelvo una sonrisa pícaro. Sé muy bien que se refiere a lo que sucedió en la mesa de la cocina.

Fede corre hacia nosotros con los ojos iluminados y los clava en los *tuppers* mientras los abre. Llevándose las manos a la boca exclama:

—¡Pasta casera! Eres grande, Mat.

—Espera a probarla —le advierto.

—Ya me dirás qué te parece.

—A mí me encanta la pasta casera —vuelve a la carga Fede.

—¿Vamos a bailar o no? —pregunta Dani poniendo morritos.

Mientras Mattia cocina, nosotras bailamos y «aullamos» en el salón.

El olor a trufas llena la cocina e inunda rápidamente la casa con ese perfume delicado y delicioso, se me hace agua la boca.

Comemos entre risas y juegos, el ambiente es tan agradable que no me puedo creer que tengo la casa llena de gente y me siento muy bien. Claro

que estaba acostumbrada a mis amigas, pero eran otras charlas, era otra forma de estar juntas. Con Mat y Daniela mi casa parece un hogar, ella lo llena todo de risas y alegría mientras yo me deleito con los besos y las caricias de su padre.

—Mmmm... es un manjar —comenta Fede al probar el plato de *tagliatelle* con trufa que tiene delante.

—Gracias.

—¿No has pensado en volver a trabajar? No puedes privar a la gente de comer estas delicias —comento saboreando la comida. Las papilas gustativas de mi lengua están de fiesta.

—Mi idea era volver a abrir un restaurante, pero reconozco que me asusta. Desde que he llegado no he hecho otra cosa más que esquivar a la idea de ponerme a buscar locales, aunque he encontrado sin querer varias cosas interesantes. Tengo una lucha interna.

—No, de eso nada. Es difícil volver al ruedo, pero tienes que dejar de lado tus miedos, no he probado comida más buena —insisto—. Además, no soy la única que piensa así, te dieron una estrella Michelin.

—Yo voto porque abras un restaurante, con tu fama enseguida lo tendrás lleno —añade Fede. Mat y yo nos quedamos mirándola, al menos yo no entiendo de lo que está hablando—. Sí, Dani me mostró en *YouTube* que tenías un programa de cocina en Torino...

—¿Y eso? —pregunto curiosa, y para qué vamos a negarlo un poquito mosqueada, ya que soy la última en enterarme de las cosas.

—Era un canal de provincia, nada importante.

—Sí, papi. Le enseñé los videos que me hacía ver la abuela... cuando vivía con ellos.

Mattia besa las mejillas de su pequeña, que se ha sentado en su regazo, y pasea su mirada por nuestros rostros. Asentimos mientras damos

palmaditas, aunque a mí tendrá que contarme algunas cosillas...

Por la tarde salimos de paseo, mi hermana se marcha a seguir estudiando. Ha sido un domingo atípico, pero muy bonito que me gustaría repetir.

Después de cenar una pizza en el centro volvemos a su casa. De la picadura de abeja de Dani solo queda el recuerdo, está tan contenta. Preparo café mientras Mattia la acuesta.

—¿Te quedas a dormir? —me pregunta con un brillo especial en los ojos.

Me toma por sorpresa, dudo un momento.

—No puedo —digo, y advierto su desilusión—. Otro día... tiempo al tiempo... —Me besa en la frente—. Además, he quedado con las chicas para desayunar. Hace mucho que no nos vemos, ¿recuerdas? Estoy malita... —le digo haciendo un puchero y levantando mi mano vendada, aunque junto a él no me acuerdo para nada.

—Claro, lo siento Lucy, intentaré ir más despacio. Es que, si fuera por mí, pasaría todo el día junto a ti.

Me levanto casi a mediodía, lo de las chicas era una mentira piadosa, sigo con temores. Aunque han menguado no han desaparecido y está el hecho de que no conozco casi nada de la vida de Mat, algo que se ha puesto de manifiesto con lo que ha sucedido. Quién me iba a mí a decir que trabajó en televisión. Busco en *YouTube* los videos y lo veo: un poco más joven, tan guapo como ahora, sonriente y moviéndose muy cómodo delante de las cámaras. Son videos de una televisión de provincia, como bien dijo él.

Como y después de poner la lavadora me dispongo a tumbarme en el sofá. El telefonillo suena.

Me pregunto quién puede ser. Es mi hermana Federica, ¿otra vez por

aquí? ¿Qué es lo que querrá? O pasa desaparecida semanas enteras, o está aquí todos los días.

—¿Cómo estás? Pasaba para ver cómo va tu mano y para que me contaras porque ayer no pudimos hablar. Pero por cómo transcurrió la jornada imagino que hablasteis y que todo quedó aclarado.

—Sí, le expliqué mis miedos y él me entendió...

—Me alegro mucho, hacéis buena pareja y poco a poco irás cogiendo práctica para tratar con los niños. Ayer estuviste muy pero que muy bien. Me parece que la relación con Dani va viento en popa.

—Sí.

Tal vez mi hermana tiene razón y es cuestión de práctica. Ya no veo a Dani como un extraterrestre, le estoy cogiendo cariño y hasta me lo paso bien con ella.

—Lucy, quería contarte que me voy con Mirko a Berlín, ¿Lo recuerdas, lo de la beca que tenemos? Estaré fuera un mes más o menos. A menos que necesites que me quede, que si me lo pides cancelo todo.

—De eso nada, tú márchate, que la pastelería está cerrada. Tengo que pintarla, pero de eso se encargará el seguro.

—¿De verdad? No quiero que te quedes con todo el trabajo y sola.

—No, no. ¡Qué envidia! ¿Cuándo te marchas?

—Después de tu cumpleaños, si insistes en que no me necesitas aquí.

Mi hermana es así, un espíritu libre. No se ata a nada que no sea su maleta. En cierto modo la envidio, yo no podría irme así sin más. Creo que me estoy haciendo vieja, los treinta que estoy a punto cumplir me pesan mucho ya. ¡Qué incordio!

—Pero vuelve, que te voy a necesitar como todos los veranos en la pastelería, espero poder volver a abrir pronto. Mira que si no te presentas en el trabajo me busco otra camarera.

—¡De eso nada bonita! Ese es mi puesto, si vuelvo y encuentro a otra ahí la saco arrastrándola por los pelos —dice haciéndose la macarra, y con esa melena que lleva ahora teñida de azul bien podría pasar por una, aunque le queda muy bien.

—Te vas a librar de ayudarme a buscar colores para volverla a pintar.

—Puff menos mal. Jejeje. —Se pasa una mano por la frente y sonrío irónicamente. Le doy un empujón.

Fede se va a rebuscar en la nevera. Mis amigas, desde que están liadas con sus príncipes azules, están desaparecidas y con la pastelería cerrada me aburro.

Al pensar en mi pobre pastelería suspiro, me miro la mano y pienso que no puedo haber sido más torpe.

Fede vuelve con dos latas de Coca-Cola Zero, me pasa una y se sienta mi lado en el sofá. Ettore duerme patas arriba al lado de la ventana aprovechando el aire fresco que se cuele por ella. Estos son los momentos en los que tener una hermana menor es un beneficio. De mis hermanas siempre he tenido mejor relación con Fede que es más similar a mí. Cata es más seria, si le cuentas algo enseguida te juzga, no te escucha y mucho menos te da un consejo. Será por eso por lo que nos mantenemos en contacto solo para saber si estamos vivas.

A Fede le cuento con lujo de detalles lo que hablé con Mat, cómo me tranquilizó, lo perfecto y adorable que es, lo loca que estoy por él y que estoy dispuesta a intentarlo. También que no voy a escuchar a mis miedos, porque si por ellos hubiera sido no habría dejado a un marido que me engañaba, no tendría mi pastelería y no hubiera llegado tan lejos.

Mi hermana da saltos de alegría, pero enseguida se queda en silencio. Sé que está tramando algo en su cabecita loca. Me mira con los ojitos que le bailan.

—Dispara.

—Cuéntame la historia de la mujer de Mattia, ¿qué es lo que le pasó?

—Su mujer murió en un accidente de coche y sus padres se quedaron con Daniela porque él cayó en una depresión. Pero ha tenido que espabilar porque los suegros se la querían quitar y ha decidido venir a empezar de nuevo aquí.

—Como tú... Firenze es un punto de partida que os une. ¡Qué romántico!

Capítulo 13



Piazzale Michelangelo.

Un mirador desde el cual se puede contemplar en todo su esplendor la belleza de la ciudad. Allí abajo corre el Arno, más allá el Ponte Vecchio, la cúpula celeste corona el paisaje de ensueño...

Martes por la mañana. Me levanto más animada, me ha venido bien charlar con mi hermana y pasar un día sin Mattia, solo hemos hablado por *WhatsApp*.

Me doy una ducha, me maquillo un poco para cubrir las ojeras, me pongo un vestido fresco y mis bailarinas. Mattia me envió un mensaje invitándome a desayunar, quiere que le acompañe a ver un local al que echó el ojo nada más llegar; me ha dicho que me lo contará todo cuando nos veamos.

Me está esperando en el portal con una sonrisa enorme en los labios. Contemplo con dulzura al hombre que me rodea la cintura con sus fuertes brazos y deposita un beso en mis labios.

—¡Buenos días!

—Te noto entusiasmado —digo cuando se aparta.

—No he dormido en toda la noche, estoy súper emocionado y no he parado de hacer planes y proyectos.

—Yo como siempre estoy que me muero de hambre y sin un café no soy persona, así que quiero que me cuentes todo con una taza de cappuccino delante.

Nos dirigimos al centro donde desayunamos, me cuenta con lujo de detalles lo que le tiene sin vida y me contagia su entusiasmo en el mismo momento que escucho lo que tiene que decirme. Luego nos perdemos por callejuelas, Mattia me lleva cogida de la mano y no para de hablar. De vez en cuando se detiene para rodearme con sus brazos y besarme hasta quitarme el aliento, parecemos dos adolescentes. Por fin llegamos a la plaza *Santa María Novella*, cerca de la Estación Central de trenes de Firenze.

Tiembla como una hoja, es un manojito de nervios. Aprieto su mano, quiero hacerle sentir que voy a acompañarlo en este nuevo camino. Sé lo importante que es tener a tu lado a la gente que te quiere cuando estás empezando, cuando estás llena de dudas y piensas si es una buena idea o si tienes que salir corriendo.

—Es aquí —dice casi sin aliento deteniéndose delante de un restaurante con una terraza preciosa. En la puerta puedo ver un cartel colgado que dice «se vende» y entramos. El lugar es tranquilo y a media luz, en una esquina, podemos ver a un señor anciano con un periódico entre las manos.

—Buenos días, está cerrado.

—Buenos días soy Mattia Cazzaniga, he hablado con usted, creo. ¿Es el dueño?

—¡Oh sí! Pasad, pensé que erais turistas en busca de comida.

Nos muestra el local, paseamos por el salón y visitamos la cocina. Tengo que reconocer que es muy acogedor y bonito, con unos cuantos arreglos por aquí y por allá, unos manteles nuevos y un toque más juvenil quedaría estupendo.

—¿Qué te parece? —me pregunta Mattia en un momento en que nos

quedamos solos.

—Es bonito, está bien situado. Pero la elección es tuya.

—Voy a hacerle una oferta. Creo que es una señal que aún se encuentre disponible.

Paseamos un poco por el centro aprovechando la hermosa mañana de primavera y disfrutamos de las vistas del *Ponte Vecchio*. Al mediodía decido llevarlo a comer los mejores *arancini* que haya probado en Firenze a la pizzería donde iremos para mi cumpleaños este fin de semana, *La Bella Napoli*.

—Qué imaginación tienen para ponerles nombres a las pizzerías — bromea—. Todas se llaman: Napoli, Vesubio, Bella Vista...etc.

Me hace reír con sus ocurrencias y las caras que pone. Los del norte son así, en continua rivalidad con los del sur.

Después de comer nos separamos. Mat se marcha a la inmobiliaria, no quiere perder el local: el anciano ha aceptado su oferta, pero ahora hay que hacer papeleos. Mientras, yo aprovecho para pasar por mi pastelería, quiero valorar los daños, recoger la correspondencia y, para qué voy a mentirme, la extraño.

Ver a Mat tan ilusionado me ha hecho recordar mis comienzos y añorar mi trabajo, no veo el momento de retomarlos.

Abro la puerta y en el buzón encuentro una pila de cartas. En el aire todavía se puede sentir el olor a humo, el techo ha quedado negro. Todo se ve tan triste y silencioso.

Me siento en una mesa para abrir mi correspondencia: facturas de la luz, publicidad, etc.

¡Espera! ¿Qué es lo que ven mis ojos? Una carta del ayuntamiento de Firenze. Siento un fuerte nudo en el estómago, no pueden ser buenas noticias. Me tiemblan los dedos mientras rompo el sobre y la abro. Paseo un par de

veces mis ojos por el contenido, intentando encontrarle un sentido. Por más que leo y releo no entiendo o, mejor dicho, no quiero entender.

Es el informe de los bomberos, el ayuntamiento me prohíbe volver a abrir el negocio al menos en este local, porque no posee una salida de emergencias posterior.

Un balde de agua helada me cae encima, se me nubla la vista, el nudo en mi garganta se aprieta más fuerte y siento la boca seca. Me echo a llorar, apoyo la frente en la mesa y me quedo así un buen rato.

«Esto no me puede estar pasando a mí» me repito una y otra vez entre sollozos. Con todo lo que me ha costado llegar a construir mis sueños, ahora veo cómo se convierten en cenizas delante de mis ojos.

El teléfono suena, no tengo ganas de mirarlo, pero lo cojo; es un wasap de Noe que me pregunta cómo estoy. Presa del hipo intento escribir un mensaje coherente, la cabeza me gira a mil. Le contesto por fin «mal, muy mal».

El teléfono vuelve a sonar, pero esta vez es una llamada de Noe.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? Voy ya mismo. ¿Dónde estás? —
No me deja contestar.

—Espera, espera, físicamente estoy bien, pero es mi vida laboral la que se está yendo a la mierda. Me ha llegado una carta del ayuntamiento, tengo que cerrar la pastelería por un informe de los bomberos. No sé, es algo muy raro porque cuando abrí me dieron el ok, cumplía con todas las normativas de seguridad y ahora, después de lo que ha pasado... —explico con voz ronca.

—Pero ¿qué es lo que dices chiqui? ¿Estás segura de que no puedes volver a abrir?

—Sí, segura. Tengo la carta delante.

—Lo siento... voy ahora mismo, ¿dónde estás?

—Prefiero que no, necesito poner un poco de orden en mi cabeza, no te lo tomes a mal amiga. Además, quiero llamar al ayuntamiento, tengo que aclarar las cosas.

—Ok, tranquila. Sabes que puedes contar con nosotras para lo que necesites. Tal vez haya sido alguna equivocación.

—Gracias. Sé que siempre estáis conmigo. Un beso.

Vuelvo a casa. Mientras cierro la puerta Ettore que ha salido a recibirme como siempre. Mueve su cola, me arrodillo en el suelo y lo cojo entre mis brazos, apretándolo fuerte contra mi pecho. Siento un gran vacío en el estómago, me arden los ojos de tanto llorar.

De camino he pensado en ir mañana al ayuntamiento para que me den una explicación, tal vez pueda apelar la orden. Eso me anima un poco, no pueden ser tan intransigentes, a mí nadie me dijo nada de todo esto cuando abrí el local. Buscaré los permisos y los llevaré.

El teléfono vuelve a sonar, es un wasap de Mattia en el que me avisa de que acaba de salir de la inmobiliaria y que ya ha firmado los papeles. Todo ha salido bien y hasta le han hecho un pequeño descuento.

¡Lucy, tú me traes suerte!

Suspiro al leer el mensaje, los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas. Siento un poco de envidia, mientras su vida se encarrila, la mía se está desmoronando.

¡Qué bien, felicidades!

Contesto contrariada. Qué fea es la envidia, es una sensación horrible. Me dirijo al sofá quitándome por el camino las bailarinas, que quedan desparramadas por el suelo, y me tumbo allí. Recibo otro mensaje:

Esta noche quiero celebrarlo. He conseguido una niñera de cinco estrellas para Daniela.

No tengo ningunas ganas de salir, pero me da pena, Mat está muy

ilusionado y no puedo ser tan mala persona. Ya tendré tiempo para llorar.

Vale.

La respuesta no tarda en llegar:

Esta noche a las ocho te recojo en tu casa.

Me acomodo en el sofá y me quedo dormida, no tengo ganas de hacer nada. A la mierda mis planes de pintar, de cambiar los colores, estoy a punto de quedarme sin trabajo. Cierro los ojos y me abandono a los brazos de Morfeo, es el único lugar en el que no hay preocupaciones ni penas, es donde mejor estaré en este momento.

Cuando Ettore de un salto se sube a mis piernas me despierto sobresaltada y miro el reloj: son las siete de la tarde. Suspiro y desganada me meto en la ducha, me pongo un vestido negro con escote en v y falda campana, dejo mi cabello suelto y me calzo mis *peep toes* negros.

El teléfono suena, un wasap. Me estoy comenzando a cabrear, nunca me ha molestado tanto que me lleguen mensajes. Me gustaría poder encerrarme y tirar la llave. Es mi hermana.

Fede: *¿Qué haces esta noche?*

Yo: *Salgo.*

Fede: *Diviértete mucho pillina y ponte guapa. Aprovecha estas mini vacaciones, ya tendrás tiempo de hacer pasteles.*

Si ella supiera que me estoy quedando sin curro, no bromearía... resoplo molesta.

Yo: *¡Y tú estudia!*

Fede: *Para hoy me he conseguido un trabajillo.*

Yo: *No sé en qué andas, pero será mejor que estudies Fede y que dejes la cháchara de lado. Pensé que tenías suficiente con lo que te pago en la pastelería.*

Fede: *No seas pesada Lucy, te prometo que no estoy dejando de lado*

mis estudios y que más que un trabajo le estoy echando una mano a un amigo. Tú sal y disfruta, hermanita.

El portero suena. Meto el teléfono en mi bolso y me despido de Ettore, que se ha acurrucado en un rincón en el sofá.

—¿Sí?... —Es Matt —. Ya bajo...

Tomo aire, me pongo derecha, levanto la cabeza y me preparo para poner mi mejor cara. «Mientras hay vida, hay esperanza» me digo.

Mat al verme deja escapar un silbido, parece otro tan alegre y extrovertido. Me abraza estrechándome con fuerza contra su cuerpo, me planta un beso y me hace girar por los aires. La verdad es que junto a él mi mal humor se disipa, tiene ese poder, me hace sentir como una princesa y aleja de mí como el viento a las nubes de tormenta, despejando mi ánimo de los grises nubarrones que amenazan con precipitarse.

Conduce el *Jeep Renegade* con una mano en el volante y sosteniendo la mía con la otra. Llegamos a *Piazza Michelangelo*, un lugar precioso, un mirador natural sobre la ciudad de Firenze. Desde allí se divisa la cúpula del *Duomo* con su campanario, el Arno y su tan famoso *Ponte Vecchio* y en el horizonte las luces intermitentes de los aviones que aterrizan en el aeropuerto Leonardo Da Vinci.

Detiene el coche y se vuelve hacia mí, me contempla en silencio y le devuelvo la mirada extrañada.

—¿Te sucede algo? Estás muy callada —pregunta acariciando la medialuna de mi rostro. Trago saliva, no quiero llorar. No voy a llorar.

—No me pasa nada... —respondo apartando mis ojos de los suyos mientras me rasco la punta de la nariz y luego el cuello.

—Mmmm, ¿seguro? Siempre que mientes haces eso.

—¿El qué?

—Apartar los ojos y rascarte el cuello.

—No estoy mintiendo... solo estoy cansada. No insistas por favor. —
Pensé que estaba mejor, pero parece que por momentos mi ánimo decae.

—Tengo preparada una sorpresa, espero que te guste. A ver si de paso te subo un poco el ánimo, que parece que esta noche mi princesa está un poquito de bajón.

Me da un beso rápido, descendemos del coche, se dirige a la parte de atrás y yo lo imito. Tengo que admitir que me encantan las sorpresas y no tengo ni idea de qué es lo que se trae entre manos.

Saca una cesta y un ramo de flores de lavanda, me las pasa.

—Las ha elegido Daniela. —Las tomo entre mis manos y las huelo. Tienen un lazo azul en torno al tallo. Son tan bonitas y delicadas.

—Son preciosas. ¿Sabes que mi sueño es vivir en la Provenza rodeada de campos de lavanda?

—Entonces Daniela ha acertado, mi *ardillita* está en todo.

Me toma de la mano, besa mis nudillos y nos dirigimos al césped a los pies de la estatua de David de Michelangelo (una copia por supuesto), donde extiende un manta a cuadros roja y blanca; de la cesta comienza a sacar platos que contienen cosas deliciosas y están cubiertos por papel transparente.

—Desde el día que entramos en tu pastelería —dice mientras sirve una copa de vino y me la pasa, una punzada de tristeza me atraviesa el corazón al pensar en mi tienda—, por el *cupcake* que quería Daniela y te vi saliendo de detrás del mostrador con tu belleza arrebatadora, mi vida ha cambiado. Lucy, si hoy he comprado el restaurante es gracias a ti, porque tú me has dado el valor de hacerlo y no te miento cuando te digo que me has traído suerte. Parecía que estaba esperándome. Mi hija ha vuelto a sonreír gracias a tu perro y su relación conmigo se ha ido afianzando. Fue deseo de Daniela ir a buscarte las flores. ¿A que no sabes quién es su niñera esta noche?

—No tengo ni idea.

—Tú la conoces y muy bien... —rebusco en mi cabeza, pero no se me ocurre nada, la tengo demasiado llena de cosas. Niego con la cabeza chasqueando la lengua—. Se llama Federica —dice y sonrío.

Al oír el nombre de mi hermana, lo miro con los ojos abiertos como platos.

—No me dirás que ella estaba al tanto de todo esto...

—Sí. Resulta que cuando volvíamos del cole de Dani me la encontré como caída del cielo. Yo quería celebrarlo contigo, pero mi preocupación era con quién dejar a mi hija. Se me ocurrió preguntarle si conocía a alguna niñera y se ofreció muy amablemente... y como desde que se quedaron juntas el domingo Dani no ha parado de hablar de Fede... me pareció una idea genial.

—Supongo que gratis.

—Mmmm... no voy a hablar de las relaciones laborales que tengo con tu hermana —bromea.

—Será petarda... —digo moviendo la cabeza—. Lo que sí puedes es estar tranquilo, es muy responsable. Daría su vida por la peque si es necesario.

—Es simpática y buena. Con Daniela enseguida congenió, como te he dicho no para de hablar de ella.

De esa manera entendí la razón de los mensajes de mi querida hermanita. Terminamos de cenar degustando los exquisitos platos que ha preparado Mattia y contemplando el mágico paisaje que se dibuja delante de nuestros ojos. La ciudad iluminada es un espectáculo único.

Me cuenta un poco más de su vida en Torino, de su etapa como cocinero en la televisión, y que cuando recibió la estrella Michelin fue todo un revuelo. La prensa fue a su restaurante e hicieron una cena por todo lo alto

para galardonarlo. Sus padres estaban muy orgullosos de él, pero su felicidad no era completa porque las cosas con su mujer no marchaban bien, ella se había vuelto fría y distante. El frescor y la humedad de la noche se me meten dentro y un escalofrío me recorre entera.

Terminamos la noche en mi casa, enredados en las sábanas de mi cama. Es justo lo que necesito para quitarme por completo de la cabeza la preocupación de mi trabajo, retozar con Mattia, entregarme a su boca, sus caricias, deleitarme mordisqueándolo, saboreándolo, lamiéndolo entero. Recorrer con mis manos y mi lengua toda la extensión de su cuerpo es uno de los placeres de esta vida.

Cuando recobro el conocimiento estoy envuelta en sus brazos y sus piernas, durmiendo plácidamente desnuda junto a ese adonis que es diez años mayor que yo, que tiene una niña y que está para comérselo. Estoy sin trabajo, el ayuntamiento me prohíbe volver a abrir y no sé qué voy a hacer. Pero todo eso no importa cuando siento un gruñido ligero y sus labios recorren mi cuello, haciéndome estremecer.

—¿No duermes nunca? —comenta en un susurro.

—Acabo de despertarme.

—Uuummm... hueles tan bien... siempre a dulces. —Pasa su lengua por mi cuello y me excita.

Con la luz del día la magia de la noche anterior parece disiparse y los problemas vuelven a ocupar mi cabeza haciéndose más presentes que nunca. Eso me genera malestar y me siento incómoda, pero no quiero contarle a Mattia lo que me sucede, no quiero empañar su alegría. Después de todo lo que ha pasado en su vida se merece un poco de felicidad y no quiero ser yo quien se la quite.

Me levanto y me doy una ducha fresca, cuando salgo Matt me mira desde la cama aún adormilado.

—¿Qué haces? —pregunta frotándose los ojos y estirándose.

—Tengo que ir al ayuntamiento.

—¿Y eso?

—Documentos de la pastelería.

Alarga la mano y coge la mía, me siento a su lado en la cama, comienza a besarme el cuello, sorbiendo las gotitas de agua que corren por mi piel.

—Quítate esa toalla, tengo hambre... quiero desayunarte. —Por poco me derrito.

Sentado detrás de mí hace resbalar sus manos por debajo de la toalla hasta llegar a mis senos pellizcando mis pezones, me enciende. Echo la cabeza hacia atrás y aprovecha para besar mi cuello mientras continúa masajeando mis pechos. Una mano comienza a resbalar lentamente por mi abdomen, me estremezco, continua su camino, mete su lengua en mi boca y sus dedos alcanzan mi sexo, dibuja pequeños círculos en mi clítoris acariciándolo con cuidado. Mientras no me da tregua mordiendo mis labios introduce sus dedos en mi ya húmeda y excitada vagina.

—Venga, chica mala. No me dejes así —dice apartándose un momento y con la mano que le queda libre coge una de las mías y la posa en su erección. Su miembro duro y excitado es una clara invitación al mejor sexo y no puedo decir que no.

Disfrutamos retozando una vez más y terminamos enredados entre las sábanas.

—¿Pasamos el día así? —me susurra Matt al oído.

—No, tengo que ir hoy mismo. —Vuelvo a la realidad, no quiero perder más tiempo, quiero aclarar las cosas. Mi trabajo está pendiente de un hilo y eso no me está dejando vivir.

—Mmm... vale. Yo tengo que hacer muchas cosas también. Quiero

inaugurar el restaurante en menos de un mes.

Me visto a regañadientes, no puedo dejar pasar ni un día más, tengo que sacarme esta espina que tengo clavada. Nos despedimos y nos vamos cada uno a hacer sus cosas. Hasta no saber a ciencia cierta cuál va a ser el destino de mi actividad, no voy a contarle nada a Mattia y mucho menos a mi hermana que está a punto de irse de viaje, no quiero que se preocupen.

Cuando salgo del ayuntamiento mis ánimos están por los suelos, me siento en la escalera que conduce al edificio y me quedo mirando la nada. Todo el mundo va y viene sin reparar en mí. Una lágrima corre por mi mejilla y me la seco con el dorso de la mano.

No voy a poder volver a abrir mi negocio. Siento una pesada carga sobre mis hombros. Tengo algo de dinero ahorrado, pero no es una fortuna, tal vez me dé para tirar adelante un par de meses, pagando mi piso y comiendo... pero no me permite abrir otro negocio o mudarme. Por no hablar de que tengo que pagar el préstamo del banco.

Me dedico a inventar mil y una excusas para no ver a nadie, para que no vengan a casa y me encierro a cal y canto. Menos mal que todos caen en mi engaño, aunque siguen insistiendo con el maldito teléfono.

El pobre Ettore es quien sufre mi depresión, me paso lo que queda de la semana en estado vegetativo, comiendo guarrerías, sin ducharme, con los ojos rojos de tanto llorar y respondiendo lo justo y lo necesario los mensajes del teléfono solo para que nadie sospeche. Menos mal que con todo el trajín del negocio y de la niña Mat no se da cuenta de que algo no va bien. Las horas perdidas en las oficinas para arreglar papeles le ocupan todo el tiempo, el resto lo pasa en el restaurante controlando la reforma que ha comenzado a hacer apenas le han entregado las llaves del local.

La semana llega a su fin, mi cumpleaños está a la vuelta de la esquina y creo que no hay más solución que desaparecer. He tocado fondo, estoy

sucia, maloliente, vieja y sin trabajo. Un mensaje en mi teléfono me devuelve a la realidad. ¡Es de Gustavo! Sí, el cocinero que encontramos en la Feria del Helado, el amigo de Patrizio, el pesado y guapo, el de las flores y con el que casi... mmm en el baño del *BluLine*. Me pongo nerviosa, me sudan las manos, ¿qué es lo que quiere?

Me pregunta cómo estoy de la mano y si sería posible probar alguna de mis creaciones. Cree en la palabra de Mattia, que dice que soy la mejor, y me pregunta si me interesaría hacer pasteles para sus restaurantes en Firenze, ya que, a pesar de conocer a muchos famosos pasteleros, lo que quiere es algo auténtico, sabores que remonten a los paladares a la infancia, a las tartas que hacían nuestras *nonne*.

Mi corazón late alocadamente y yo doy saltos por todo el salón. Ettore me mira y preocupado comienza a ladrarme, después de varios días de inactividad he despertado.

Es cierto lo de la luz al final del túnel, yo la estoy viendo. Lo siento por Mattia, pero necesito trabajar y si no puedo hacerlo en mi pastelería, esta es una buena oportunidad. Necesito el dinero, tal vez pueda volver a abrir en otro sitio. Tengo que trabajar para seguir viviendo y este mensaje llega como caído del cielo. Me calmo un poco y le contesto:

Claro que puedo hacerte una tarta con sabor a Toscana, a casa de la abuela, a hogar, para que la pruebes. Dime dónde y para cuándo la quieres.

Para mañana, en el restaurante «Il chinghiale d'oro» escribe, y me indica hora y dirección.

Me pongo manos a la obra y decido ir a por los ingredientes. Pero cuando voy camino de mi habitación me huelo la ropa, me miro en el espejo y veo mi estado total y completamente deplorable, así que primero una ducha y luego el resto.

Por el camino, ya más animada, me dedico a contestar mensajes y

llamadas que no han parado de llegar. La tarde es calurosa pero muy linda, las golondrinas revolotean sobre mi cabeza y la vida vuelve a tener brillantes colores.

Cuando regreso a casa tengo todo lo necesario para hacer una tarta de limón. El secreto es la ralladura de la cáscara de limones de *Sorrento* que le agrego a la preparación y el toque de *Limoncello*.

Me paso toda la noche en la cocina porque quiero estar segura de que me sale perfecta, sin ningún defecto, y también hago la crema con la que la voy a rellenar. Estoy eufórica, he puesto la música a tope y me muevo más que feliz por la cocina improvisando pasos y cantando con la cuchara como micro AC/DC y su *Thunder*, que me levanta el ánimo.

Empiezo la mañana del viernes, día de mi cumpleaños, en pijama saltando y cantando. Sé que le va a gustar, nadie se resiste a mi tarta de limón, con esto tengo todas las de ganar. Es increíble cómo en unas horas la vida te puede cambiar, estaba tan amargada y deprimida que casi no veo el mensaje que me ha traído de vuelta la alegría. Bueno, tampoco me tengo que hacer ilusiones, pero no puedo evitarlo, lo necesito. Necesito creer.

De pie en el balcón de casa veo amanecer, tengo la espalda agarrotada, me arden los ojos, pero eso no importa, estoy feliz. El sol acaricia con sus rayos los techos colorados de las casas, respiro hondo el aire fresco de la madrugada.

Me doy otra ducha y para las seis y media estoy sentada en el salón de mi casa tomándome un cappuccino y comiendo un trozo de tarta, que está de muerte.

El teléfono suena, son mis padres, siempre los primeros en llamar para felicitar me. No les digo nada de lo que ha pasado en la pastelería, como al resto. Tal vez si todo sale bien logre solucionar mis problemas. Me siento afortunada.

Horas más tarde...

Me maquillo, me pongo un par de pantalones blancos, una camisa celeste cielo, mis cuñas azules y me recojo el cabello. Lista para llevarle la tarta a Gustavo.

Me monto en la bicicleta y coloco con cuidado la caja de la tarta en el cesto de la bici. De mi quemadura estoy completamente restablecida, solo me la cubro con una venda para que no me dé el sol y me queden marcas.

Cuando llego al restaurante son las diez de la mañana, la terraza está rebosante de gente. Nada más entrar me doy cuenta del buen gusto de Gustavo, es un lugar muy refinado y sobre todo de alta cocina. Me pregunto si también será suyo este restaurante. En la entrada me recibe un camarero que me pregunta si quiero una mesa.

Le digo que busco al señor Gustavo Grassi, que me ha citado aquí y con una sonrisa en los labios el chico me mira y pronuncia mi nombre.

—Lucy, ¿eres Lucy?

—Sí —asiento como una niña, sintiendo que la sangre abandona mis extremidades y un frío glacial me recorre entera. Los nervios se han hecho presentes—. Sígueme por favor. Te está esperando.

Atravesamos el restaurante y cuando llegamos a una puerta de cristal me indica que pase. Lo miro extrañada, pero hago lo que me pide. Para mi tremenda sorpresa me encuentro con una terraza bañada por el sol en la que se encuentra una enorme mesa llena de platos. Destacan las macetas con limoneros y las bellas hortensias azules que alegran con sus colores el paisaje.

De pie al lado de la mesa se encuentra Gustavo, con su pelo negro engominado, bien afeitado, con una sonrisa arrebatadora y vestido completamente de blanco: un cocinero en toda regla. Me tiemblan las piernas al recordar nuestra aventura... y hasta donde llegamos en el baño del

BluLine.

—Hola, Lucy. Bienvenida —dice, y acercándose me da dos besos.

—Buenos días, Gustavo —saludo sujetando con las dos manos la caja de mi tarta de limón, que de pronto se me antoja poca cosa para tanta elegancia. Pero ya estoy aquí, aunque si me dieran la posibilidad saldría corriendo.

Me indica que puedo dejarla en la mesa. El camarero que me ha llevado hasta allí ha desaparecido. Miro más allá de la barandilla de la terraza y puedo ver las magníficas vistas sobre la ciudad que tiene el restaurante.

«Cuando Mattia se entere de todo esto se va a enfadar...» pienso, pero es por trabajo. Le contaré lo que ha sucedido con los permisos y tal vez pueda entenderme.

—Esto es precioso. —Contemplo casi con la boca abierta el paisaje que se extiende ante mis ojos, se puede ver la cúpula del *Duomo* de Firenze y la torre del campanario.

—Gracias, este es uno de mis restaurantes.

—Pensé que solo estabas de paso, no que trabajaras aquí también.

—Bueno, dije que estaba aquí por negocios. Decidí comprar este restaurante.

—Felicidades —añado perpleja, y no puedo evitar que se transparente mi estado de ánimo.

Por fin se acerca a la mesa donde he dejado mi tarta, abre la caja como si estuviera por descubrir un tesoro y se queda encantado nada más verla. Me pide que le ponga un trozo. La corto en porciones y se la sirvo, la prueba y su cara lo dice todo, es un poema.

—Tienes que trabajar conmigo o para mí. Te ofrezco un buen sueldo, si quieres puedes mantener tu negocio abierto, estoy dispuesto a amoldar los horarios. No quiero perder a alguien con tu talento. Cazzaniga tenía razón, no

he probado tartas tan buenas como estas, deberías pensar en ampliar tu negocio.

No puedo evitar contarle lo que ha sucedido con mi pastelería, es una estupidez mentirle o querer mostrar una realidad diferente. Así que le comento mi situación, mis problemas con el ayuntamiento y mis temores por no poder volver a abrir mi pastelería.

Él se muestra muy empático, tanto que se acerca a mí y me rodea con sus brazos. Me quedo un poco descolocada, una manera extraña de comenzar una relación laboral. Inmediatamente me aparto caminando hacia la baranda, no quiero que se confunda.

—No te preocupes Lucy, todo tiene solución. No te aseguro nada, pero tengo conocidos en el ayuntamiento. Sabes que conozco a Patrizio y a su familia, si me permites puedo hablar con ellos. En Italia las cosas funcionan así, todo es más fácil si tienes alguien conocido e influyente.

Me vuelvo con los ojos abiertos como platos y el corazón latiéndome a mil. Eso sería estupendo, no me puedo negar la posibilidad de intentarlo.

—¿De verdad harías eso por mí? —Es mi negocio, me ha costado mucho trabajo sacarlo adelante y no quiero perderlo. Y el ofrecimiento de Gustavo me suena bien.

Él sonríe, se acerca con paso firme hacia mí y con una sonrisa estampada en sus labios turgentes. Puedo contemplar una fila de dientes blancos como perlas que resaltan en su piel dorada y su pelo negro. Sus ojos oscuros parecen brillar. Extiende sus manos y coge las mías apretándolas con firmeza.

—Claro que sí, Lucy. —Toma mi mano vendada, la acaricia con mucha atención y luego clava sus ojos oscuros en los míos. Un escalofrío me recorre entera, es un hombre muy atractivo y seductor.

Lo miro y sonrío, e involuntariamente me muerdo los labios. Cuando me doy cuenta de eso me rasco el cuello, nerviosa. Advierte mi incomodidad

y cambiando por completo de tema me invita a comer los manjares que se encuentran en la mesa.

—Todo lo que ves aquí lo cociné yo, quería que probaras mis creaciones y por eso he preparado una selección de las mejores. Espero que no rechaces mi invitación a comer —dice sonriente mientras me sirve un plato con las más variadas cosas—. Fue una gran sorpresa encontrar a Mattia en Firenze, pero no me extraña, la Toscana es una zona muy productiva y recibe mucho turismo, del bueno. Sabía que él había dejado de cocinar después de que su mujer muriera en ese accidente de tráfico tan trágico. No te voy a negar que entre nosotros siempre hubo un tira y afloja, pero no hasta el punto de deseárselo el mal. Es un contrincante digno, me entristeció mucho. — Puedo ver en su expresión que no me está mintiendo, es algo que juega a su favor.

—Pronto volverá al ruedo. Ha comprado un restaurante en el centro.

—¿En serio? Me alegro. Es bueno saber que el mundo de la cocina italiana vuelve a contar con una presencia como la de Mattia Cazzaniga, aunque parece que está perdiendo el olfato. Porque en otros tiempos no habría dejado escapar a una pastelera como tú, ¿o es que no quieres trabajar con él?

Lo miro un poco descolocada, doy un sorbo a mi copa de vino.

—En realidad él no sabe nada de lo que está pasando con mi pastelería... y tampoco que estoy aquí... —respondo desviando mi mirada y clavando mis ojos en el plato avergonzada. Me siento una traidora.

—No me digas que puedo ser el detonante de una discusión —dice con ironía.

—No, tampoco es eso, pero es que no se lo he contado a nadie más que a ti porque no sabía qué hacer. Me sentía abrumada y tengo que reconocer que contigo, al no conocerte, fue fácil abrirme y hablarte de lo que

me pasaba.

—Gracias, me halagas. Puedes confiar en mí para lo que necesites. Sé que no comenzamos con buen pie aquella noche en el *BluLine*...

Lo miro y siento que me arde la cara.

—Sí...

—No, no digas nada, empecemos de nuevo... Como ya te he dicho sería un desperdicio desaprovechar la magia de tus manos. ¿Tienes más recetas tuyas? Busco los sabores tradicionales, como ya te he comentado quiero lo genuino.

—Sí, muchas.

Mientras comemos los manjares que ha preparado nuestra charla se hace más distendida, hasta el punto de que Gustavo comienza a hablarme de su vida.

Capítulo 14



La Toscana en primavera...

Colinas que suben y bajan como olas verdes, que se extienden tapizadas de abetos que elevan sus copas a lo alto, al cielo celeste, al sol cálido que acaricia el paisaje casi con devoción, como un amante acaricia el cuerpo de su amada.

Parece ser que la comida y el sabroso vino *chianti* que bebemos hacen que nuestra charla se vuelva más íntima.

Gustavo comienza a hablar y en su rostro puedo ver la melancolía. Sus ojos se humedecen y yo me quedo completamente absorta en sus labios escuchando la historia que tiene para mí...

—Encontrar el amor no fue nada fácil, aunque las mujeres eran una materia que a mí se me daba más que bien, con mi labia siempre me llevaba a las más guapas. La temporada que pasé en Francia estudiando en la academia de cocina fue la mejor de mi vida, y la ventaja que tiene ser italiano es que donde vas triunfas con las mujeres. No sé si será nuestro *sex appeal* o nuestra sangre latina. Pero después de amanecer en las más variadas camas, a la vera de las mujeres más hermosas, lo único a lo que le dedicaba enteramente mi tiempo realmente con toda la pasión, era la cocina.

»Me sentía bien entre ollas y sartenes, la mejor parte era ir al mercado

para poder conseguir la materia prima, percibir los aromas de las hierbas frescas mezcladas con el olor dulce de las cebollas, caminar entre la gente buscando los tomates más rojos o las coles más verdes. Aquellos mercados franceses son para mí como un paraíso donde perderme y poder disfrutar... Cuando los conocí me pasaba horas metido allí, entre la gente, dejándome llevar por el ritmo de los anuncios de los vendedores, por los olores a queso o a cebolla fresca...

»A mi regreso a Torino me dispuse a cumplir mi sueño: abrir mi propio restaurante. Ya había aprendido de los mejores, consideraba que había llegado el momento de ponerme a prueba, poner en práctica mis habilidades y ser galardonado con una estrella Michelin.

»Mi objetivo era llegar a estar entre los mejores, pero cuando empecé a moverme en el mundillo descubrí que no sería nada fácil. El nombre de Mattia Cazzaniga comenzó a sonar en mis oídos, era un hueso duro de roer. Tenía un restaurante en el centro y una clientela muy selecta, con una cocina para paladares exigentes, tanto que siendo tan joven ya estaba entre los mejores cocineros de Italia y había ganado un montón de concursos. Lo que desconocía era su vida personal porque se encargaba de tenerla lejos de los flashes de los paparazzi y la verdad es que no me interesaba en absoluto, ya tenía suficiente con tener que escuchar su nombre en la boca de cualquier erudito de la cocina con el que hablaba. Llegué a probar su cocina y lamentablemente tuve que aceptar que era muy bueno.

»Nos cruzamos un par de veces, yo no podía dejar de sentir celos por todo lo que Mattia había conseguido y por lo que eso representaba para mí, mis sueños de toda una vida: una carrera exitosa, un nombre y el reconocimiento del mundo de la cocina. El destino algunas veces es muy caprichoso y un poquito hijo de puta...

—¿Por qué lo dices? —pregunto.

—Un día —continúa Gustavo—, mientras elegía en el mercado las mejores verduras para una *vichysoisse* que pensaba cocinar para mí, fui a coger las coles de Bruselas y, ensimismado en mis pensamientos, mis manos chocaron con unas más pequeñas, suaves y delicadas. Levanté la vista inmediatamente. Iba a protestar, pero al encontrarme con aquella visión tan hermosa se me atragantaron las palabras en la garganta y no pude decir nada. Era una ninfa, la reina de las ninfas, una criatura grácil con los cabellos dorados como el trigo, las mejillas rosadas como los pétalos de una rosa y la mirada melancólica, sus labios carnosos parecían una fresa madura... Por primera vez en mi vida no supe qué decir, pero ella reaccionó.

—Lo siento —se disculpó la muchacha con las mejillas sonrosadas.

—Este... —balbuceé intentando endulzar mi expresión. No quería que pensara que estaba molesto, no deseaba asustarla—. Cógelas tú, son las mejores y las más frescas.

—¿De verdad? —comentó, y sin darle mayor importancia a su botín lo introdujo en el cesto de la compra y se marchó. Me quede mirándola sin poder reaccionar.

»La muchacha se acercó tranquilamente a unas manzanas que se encontraban formando una pirámide perfecta, rojas y lustrosas. Pude ver cómo cogía una del montón e inmediatamente comenzaron a precipitarse el resto cayendo como una lluvia a su alrededor y desparramándose por el suelo. Fue una visión maravillosa a pesar de lo dramático, porque la chica se quedó paralizada.

»Corrí hacia ella y, mientras le preguntaba si estaba bien, comencé a recoger las manzanas. Ella, colorada, se puso de rodillas y empezó a ayudarme.

—Déjame, ya lo hago yo... —protestó ella.

—Solo quiero ayudarte —respondí.

»Mientras intentaba ser caballero y ella no me lo permitía, llegó un empleado.

—Pero ¿qué ha pasado? Toda esta mercancía se va a arruinar. Tendrá que pagar el destrozo, señorita —dijo en tono borde el empleado del supermercado.

—No fue mi intención, simplemente se cayeron. —La chica tenía los ojos congestionados, era mi oportunidad para salvar a la doncella, así que salí en su defensa.

—No te preocupes muchacho, dime cuánto te debo por todo esto y lo pagaré en la caja.

—Sí, señor.

La chica me miraba sin parpadear y, cogiéndola por los hombros con delicadeza, la ayudé a ponerse en pie. Temblaba como una hoja y podría jurar que enjugó alguna lágrima, ya que intentó ahogar algún que otro sollozo.

—Gracias. —Su tono había cambiado.

—De nada.

—Y disculpa por haberme comportado tan mal contigo y haber sido tan borde.

—Te perdono si te tomas un café conmigo.

—De acuerdo, pero invito yo, es lo menos que puedo hacer. —Esta vez la muchacha me miró a los ojos y su expresión cambió, su rostro se dulcificó y un brillo especial se instaló en sus ojos color miel.

»Sentados en la terraza de la cafetería disfrutábamos juntos del sol de primavera y yo me deleitaba con la visión de su belleza. Me encantaba que cada vez que la miraba se sonrojaba, cómo se tocaba el cabello o simplemente el tono de su voz.

»Aquel primer día juntos fue insuperable. Hablamos de todo un poco, pero nada de cosas personales. Lo único que sabíamos el uno del otro eran

nuestros nombres.

»Una cosa llevó a la otra y comenzamos a quedar en aquel café tan particular, allí donde nuestros mundos convergían, donde pasábamos las tardes disfrutando del sol y de nuestras charlas. Un día, por fin, logré convencerla para que quedáramos una noche a cenar. Prometí hacerle uno de mis platos favoritos y ella a regañadientes aceptó. Pensé que tal vez no le interesaba como hombre, por su continuo rechazo y su manía de no contarme nada de su vida.

»Aquella noche terminamos enredados entre las sábanas de mi cama antes del postre. Su cuerpo era perfecto, sus curvas sinuosas, sus pechos voluptuosos. Ella entera era una oda a la belleza y a la perfección.

»Pero no era solo sexo lo que nos complementaba, pasábamos momentos agradables compartiendo gustos. Aunque me pareció extraño, había dejado claro por enésima vez que no comentáramos nada sobre nuestra vida, pero me tenía completamente conquistado; por ella era capaz de ir a la luna si me lo pedía.

»Los meses pasaron y mientras yo iba enamorándome, mi restaurante comenzaba a dar frutos. Todo parecía por fin encauzarse en mi vida, me sentía la persona más afortunada del mundo. Ya casi no pensaba en mi rival, Mattia, y lo único que tenía en mi cabeza era crear nuevas recetas y retozar con mi amada Dana en mi cama.

»Mi restaurante empezó a ser muy visitado por personajes de la alta sociedad de Torino y mis platos formaban parte de los menús de las cenas de los políticos, así conocí al padre de Patrizio. Pero también Mattia seguía ganando terreno, nos cruzamos varias veces en concursos de cocina, hasta un día estuvimos enfrentados en un debate en el que vergonzosamente (tengo que admitirlo) perdí los papeles. Después de eso la noticia de que le concedían la estrella Michelin junto a un descubrimiento que hice pusieron

mi vida patas arriba.

—¿Cuál fue ese descubrimiento? Si puedo saberlo... —pregunto. Hace una mueca y continúa con su historia.

»Pero una mañana mientras desayunaba, me atraganté literalmente con el café al leer un artículo en el periódico...

—¿Qué decía ese artículo? —pregunto curiosa.

»La vida puede ser muy injusta cuando se lo propone: delante de mis ojos estaba la foto de la mujer que había conquistado mi corazón acompañando a su esposo. Fue un golpe muy duro. Por fin me cuadraban muchas cosas, como por ejemplo sus negativas a hablar de nuestras vidas, los horarios extraños a los que nos teníamos que encontrar, entre otras cosas. Me sentí estúpido...

»Caminé nervioso por mi cocina y me fui directo al salón dejándome caer en el sofá, atónito.

»Pero lo que más me dolía era que ella estaba casada. Cogí el teléfono y la llamé, me sentía como un lobo enjaulado escuchando el tono del teléfono, esperando oír su voz melodiosa, pero nada. Necesitaba que me explicara las cosas, enterarme de sus propios labios de la verdad. Las yemas de los dedos me ardían y el corazón me latía en las sienes. Como no me pude comunicar porque el teléfono me daba apagado y no tenía otra manera de contactar con ella, dediqué el resto del día a intentar sacármela de la cabeza.

»Llamé a mi restaurante para avisar de que no me sentía bien y que no iría, salí a correr varios kilómetros, pero nada surtía efecto. En mi cabeza solo resonaba su nombre y podía ver la imagen de la feliz pareja grabada en mis córneas.

»Al final, después de una ducha refrescante, traté de relajarme cocinando en casa. Cortaba la cebolla como un poseso con el cuchillo arriba y abajo y, como era de esperar, me hice un pequeño corte con el cuchillo.

Mientras me chupaba el dedo y paladeaba el sabor metálico de la sangre en mi boca el teléfono comenzó a sonar. Miré en la pantalla, era ella. Sin pensarlo ni un segundo lo cogí.

—¡Hola!

—Gus, *amore mio*...

—¿Por qué no me respondías al teléfono? Te he llamado un montón de veces, tenemos que hablar.

—Lo sé, por favor Gus, no me juzgues.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No lo sé, tenía miedo... Necesito verte, ¿puedo ir a tu casa?

» Cuando la vi solo fui capaz de cogerla entre mis brazos, aunque me sentía herido. Había pensado mil cosas que decirle, pero al tenerla delante todo aquello desapareció de mi cabeza y en su lugar solo podía escuchar a mi corazón.

—Shhh, ¿me quieres? —le pregunté enmarcando su rostro con mis manos y mirándola directamente a los ojos.

»Ella no titubeó, correspondió a mi mirada y respondió.

—Te amo, mi marido es un hombre muy bueno y me quiere mucho, pero yo no estoy enamorada de él...

»Al escuchar aquellas palabras me sentí el hombre más feliz del mundo. La besé en la frente y sequé las lágrimas que caían por sus mejillas con las yemas de mis dedos.

—Yo también te amo, cariño.

»Se apartó dejándome de pie, se dirigió hacia la ventana con la mirada clavada en algún punto. Parecía no ver y se frotaba las manos. Me imaginé lo peor, pensé que me abandonaría, que lo nuestro había terminado.

—Gustavo, hay algo que no te he dicho —dijo con tono serio girándose y clavando sus ojos color miel en los míos. La expresión de su

rostro terminó de aterrorizarme.

—¡Habla, por Dios! —le imploré acercándome a ella. Tomé sus manos, las tenía heladas. Después de unos minutos que a mí me parecieron una eternidad por fin volvió a hablar.

—Tengo una hija.

Sentí un puñetazo en la boca del estómago y se me escapó todo el aire de los pulmones, me quedé petrificado.

—Te has quedado callado... —dijo con tristeza.

—No sé qué responder, yo te quiero por encima de todas las cosas... —Pero en mi cabeza pensaba mil cosas a la vez: un niño siempre la unirá a ese hombre, un niño es algo serio... Y yo, aunque deseaba con locura tener uno, también quería que fuera mío... Pero en el fondo estaba seguro de que podía llegar a querer a esa pequeña como si fuera mía y de que en un futuro podríamos tener más niños y vivir todos felices.

»Ella me abrazó con fuerza y luego me cubrió de besos, los besos más dulces y amorosos que nunca nadie me hubiese dado.

»La apreté contra mi cuerpo y comenzamos a besarnos, primero suave y delicadamente, para después hacerlo más apasionadamente, tanto, que sentía que a ella le faltaba el aire...

»Hicimos el amor con urgencia y con pasión. Entre nosotros la química era perfecta, era la mujer más hermosa y fogosa que haya pasado por mi cama.

—¿Y qué pasó? Porque hablas en pasado y ahora estás solo...

—Como te dije con anterioridad el destino puede ser muy cruel. — Sus ojos se humedecieron y apartó la vista, he tocado un punto doloroso y me siento mal porque no es mi intención—. Después de pasar un tiempo maravilloso juntos la vida nos separó.

»Teníamos tantos planes juntos... Queríamos venir aquí, abrir un

B&B y vivir en medio de los campos toscanos. Compramos una casita rodeada de girasoles y abetos, pero ella no llegó a conocerla, se marchó antes de que pudiéramos ver cumplidos nuestros sueños.

—Lo siento —digo con un fuerte nudo en mi garganta. Busco su mano sobre la mesa y la aprieto con fuerza. Después de clavar sus ojos en mi mano, Gustavo me mira y en su rostro se dibuja una sonrisa condescendiente. Luego responde:

—Gracias...

Después de nuestra charla, decido invitar a mi futuro jefe a mi cumpleaños como muestra de agradecimiento por lo que va a hacer por mí.

La historia que me ha contado me ha parecido muy romántica y la verdad es que ahora lo veo con otros ojos, más humano, menos materialista y vacío. He descubierto que también tiene un corazón que late en ese cuerpazo de modelo, que no es solo fachada y que al fin y al cabo no tengo nada que temer, porque su corazón pertenece a una mujer.

Capítulo 15



Si quieres comer las pizzas por excelencia tienes que ir a un restaurante o trattoria napolitana, hay muchas dispersas por todo el territorio italiano. Los napolitanos son un pueblo de inmigrantes por naturaleza y allí donde van llevan consigo las costumbres y sobre todo las comidas de su tierra. Por ello encontramos en casi todo el mundo las pizzas, que hoy tienen hasta denominación de origen.

Termino de vestirme, me he puesto un vestido azul corto, unos *stilettos* negros y llevo el cabello recogido. El telefonillo suena, son Mattia y Daniela y les digo que suban. Me he quitado por fin la venda y no me ha quedado ninguna marca, menos mal. Estoy radiante de felicidad.

—Hola preciosa, ¿dónde estás? —pregunta Mattia. He dejado la puerta entreabierta y he vuelto a la cocina, Daniela como siempre en lo único que piensa es en Ettore, que ha salido a recibirlos. Puedo escuchar sus gritos y los ladridos.

—En la cocina, preparando las tartas para llevar —respondo.

Matt se planta en la puerta y al verlo casi me quedo sin aliento, lleva puesta una camisa celeste cielo que combina con sus ojazos, un pantalón azul oscuro y lleva el pelo despeinado, con esa barba tan sexi de un par de días. Se me abre la boca y me quedo a medias de lo que estaba haciendo.

Saca de detrás de su espalda un enorme ramo de rosas rojas, se acerca con una sonrisa en los labios y me rodea con la mano que le queda libre. Vibro, siento su aliento acariciando mi rostro, cierro los ojos y percibo sus labios posándose en los míos, su lengua buscando introducirse en mi boca. Nos besamos larga y apasionadamente.

Se aparta un poquito y en un susurro dice:

—Feliz cumpleaños, *amore mio*... —Sonrío y me sonrojo—. Estás preciosa, creo que no te voy a dejar salir de casa, te quiero solo para mí. ¿Crees que sería egoísta?

—Mucho... —Aunque bromeo a mí también me apetecería más quedarme con él en casa.

—¡Feliz cumple, Lucy! —grita Daniela abrazándose a nosotros. Matt la levanta del suelo, ella pasa sus bracitos alrededor de mi cuello, me da dos besos babosos y me entrega una bolsita metalizada que lleva en la mano.

—¿Es para mí? —pregunto sonriente abriendo mucho los ojos.

—Sí, lo hemos elegido papá y yo.

De la bolsita extraigo una cajita de terciopelo azul, la abro y me encuentro con un colgante que representa el infinito.

—Es precioso, gracias.

Mattia guiña un ojo a Daniela que se abraza sonriente a su cuello y le da dos besos.

Cuando llegamos a la pizzería entramos al salón que las chicas han reservado y que está lleno. Todos se quedan en silencio al vernos aparecer como una familia. Mattia lleva tres cajas que contienen las tartas que me han sobrado de mi entrevista, aunque él eso no lo sabe, y yo tengo cogida de la mano a Daniela, que carga con Ettore.

—¡¡Feliz cumpleaños!! —gritan mis amigas con la cara como un poema. Ya sé que después de esto me tocará charla con ellas.

Mi hermana, tan efusiva como siempre, da brincos y tira serpentinas revolucionando a todo el mundo.

Después de los saludos tocan las presentaciones. Noe ha ido con su príncipe azul, Valerio, que la verdad no está nada mal. Es un chico agradable y sobre todo muy educado y atento. Soledad está con Patrizio que es un encanto, aunque al principio pensé que era un cretino por ser hijo de un político, y la loca de Fede ha venido con Mirko y una amiga, Melissa, que está igual de loca que ella.

Me propongo disfrutar de mi fiesta de cumpleaños. Cuando me acomodo en el lugar que me han reservado, en la punta de la mesa, veo que por la puerta aparece Gustavo con una sonrisa de galán de telenovela y una bolsa con un lazo enorme, imagino que es un regalo.

Me pongo de pie como un resorte. Mattia me dirige una mirada desconcertada y luego mira hacia la puerta, su cara no es muy halagüeña.

Mierda, no puede ser... no me ha dado tiempo a contarle nada...

—¡Es Gustavo! ¿Qué hace aquí? —exclama.

—Lo he invitado yo —respondo entre dientes—. Luego hablamos —añado, creo que debería haberle dicho lo que me traigo entre manos con Gustavo. Espero que no se le ocurra mencionar nada de nuestra entrevista y mucho menos de mi problema con el ayuntamiento.

—Claro que tenemos que hablar, no entiendo nada. —Mattia, molesto, se ha puesto de pie y me pasa un brazo sobre los hombros atrayéndome contra su cuerpo. El mismo comportamiento de macho dominante que tuvo el día de la Feria del Helado.

Gustavo se acerca a nosotros y me saluda, como no podía ser de otra manera, con dos besos y me desea un feliz cumpleaños mientras me entrega el regalo que lleva en la mano.

Me vuelvo para mirar a mis amigas que se lanzan miradas que hablan

por sí solas. Gustavo es una pieza nueva en este rompecabezas que es mi vida, y ellas no saben nada de él. No he tenido tiempo de ponerlas al día y tampoco saben sobre su oferta de trabajo.

—Espero que sea de tu talla... —dice sonriente.

Observo extrañada al recién llegado y, dudosa de lo que me puedo encontrar dentro, sin la más mínima idea, abro el regalo. Meto la mano casi con miedo de chocarme con un cactus y, para mi sorpresa, mis dedos acarician tela, extraigo un uniforme blanco con vivos rojos y un gorro.

Lo abro y en el bolsillo tiene bordado el nombre del restaurante de Gustavo. Mattia me mira más confundido si cabe, apartándose quita su brazo de mis hombros y su mirada se vuelve inquisidora.

—¿Qué dices? ¿Te gusta? —pregunta Gustavo con la satisfacción de haber dado en la diana, ha logrado lo que quería: fastidiar a Mattia y ponerme en evidencia.

—¿Qué es esto Lucy? ¿Me lo puedes explicar?

Ettore corre a mi salvación, se escapa de los brazos de Daniela, se dirige hacia donde nos encontramos interponiéndose entre Gustavo y yo y comienza a ladrar como loco.

Pido disculpas a todos y me dispongo a llevar a mi perro a un salón que está vacío donde he dejado el trasportín porque ya sé lo que ocurre cuando hay gente, se pone insoportable.

Mattia camina en silencio detrás de mí. Meto al perro en su trasportín, tengo que darle una explicación. Me giro y me lo encuentro con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada seria.

—Mat, yo...

—¿Me puedes explicar qué es lo que acaba de suceder en el otro salón?

Yo solita me he metido en este lío, ahora tendré que salir por mis

propios medios. Intento comenzar el relato por el principio y conforme voy contándole los acontecimientos la expresión en su rostro va cambiando, tiñéndose de variadas expresiones.

—Yo quería contarte todo, pero no me dio tiempo —intento excusarme, pero por la expresión de su cara veo que no lo estoy consiguiendo.

—Ahora quiero que me expliques también qué es eso que no me dijiste que pasó con él.

Un frío glacial me invade. Mierda, no puede ser que en este momento salga a flote lo que sucedió en el *BluLine*.

—Cuando te lo quise contar me dijiste que no importaba.

—Ahora me importa, Lucy —responde pasándose las manos por el pelo y caminando nervioso por el salón. Mientras los invitados nos esperan al otro lado, yo intento buscar la manera de explicarle que estuve a punto de liarme con su adversario.

—Pues... —balbuceo retorciéndome las manos.

—No le des más vueltas, cuéntame todo y ya.

—Tú y yo aún no nos conocíamos. Aquella noche en la discoteca nos presentó Patrizio. Yo había bebido mucho y por poco nos liamos. Además, me va a ayudar con un problema que tengo en la pastelería...

Matt se queda petrificado, se gira hacia mí y veo su rostro descompuesto.

—Deberías haberme contado lo que te estaba pasando, no entiendo por qué no confiaste en mí.

—No se lo conté a nadie, necesitaba estar sola, pensar qué hacer.

—...Y decidiste pedirle ayuda a él porque casi te lo tiraste...

Me arden los ojos, me siento enfurecer y no atino a nada más que a levantar mi mano y descargar una bofetada en su cara. Él aprieta los labios y

entrecierra los ojos, pero se queda impertérrito.

—Te he dicho que su llamada de ayer fue casualidad. Me preguntó cómo estaba mi mano y me pidió una muestra mis dulces. Probó mi tarta y me ofreció un trabajo, además de haber sido tan gentil de ofrecerse a hablar con alguien en el ayuntamiento por mi problema.

—Gustavo Grassi no hace nada si no obtiene ganancia, ve con cuidado Lucy. Es solo un consejo.

—A mí no me importa él, solo tengo ojos para ti. Pero veo que no confías en mí, tal vez todo esto haya sido una equivocación.

—¡Tienes razón! Me marchó, no puedo salir ahí y hacer como si nada. Veo que no pinto nada en tu vida y que no me necesitas, quédate con Gustavo Grassi.

—No te voy a detener Matt.

Se da la vuelta y sale sin mirar atrás. Escucho que se despide del resto mientras yo lloro a moco tendido sentada en una de las mesas del salón. Esto no me puede estar pasando a mí, Mattia Cazzaniga es como todos los hombres, un cretino y nada más.

Intento serenarme cuando entra Noe que, al verme secándome las lágrimas, me pregunta qué es lo que ha sucedido. Le cuento todo y vuelvo a llorar como loca. Ella me consuela y me tranquiliza diciéndome que ya tendremos tiempo de hablar tranquilas, no es el día ni el momento para estar triste.

Volvemos juntas al salón. Gustavo está más que integrado entre el resto de los invitados, gracias a Patrizio, no me acordaba de que se conocían.

Pasamos una noche estupenda, aunque la espinita que llevo clavada en mi corazón de vez en cuando me duele. Comemos la mejor pizza de Firenze y bebemos el mejor vino. De postre tenemos helado, que ha llevado Noe, y mis tartas. Gustavo se ha quedado loco tanto con unos como con los otros, así que ya le ha pedido a Noe que le provea de sus helados también

para el restaurante y ella se ha puesto súper feliz. Al final ha conquistado a todos mis amigos.

Mi hermana está embobada con Gustavo y él también parece prestarle mucha atención, se han pasado gran parte de la noche hablando. Me da pena por Mirko... pensé que estaban juntos. Aunque hoy en día el amor es tan voluble... No veo el momento de que termine esta noche, quiero llegar a casa y meterme en mi cama.

Gustavo me ha comentado que ha hablado con Conti, el padre de Patrizio, y que le ha dicho que no hay problema, que espere a que se calmen las aguas y él mismo se encargará de que levanten la prohibición de volver a abrir.

De vuelta a casa me quito los zapatos, no puedo más con el dolor de pies, ha sido una noche larga y después de la discusión con Mattia lo habría dejado todo y me habría marchado, pero no podía hacerles ese feo a mis amigas.

Será patán, pero si él mismo me dijo que no le importaba lo que había pasado en mi vida antes de él y resulta que ahora no es así. No me lo puedo creer, al final todos son iguales, creen que estamos esperándolos en la torre de algún castillo recluidas, sin vivir, sin conocer a nadie más.

Me quedo dormida sobre la cama. La mañana llega y con ella el mal sabor de boca de lo que ha sucedido. Supongo que así tenían que terminar las cosas, al final no han sido mis miedos los que han roto nuestra relación sino una escena de celos.

Como era de esperar, Noe aparece por la mañana en mi casa para saber cómo estoy, ya que se quedó preocupada por mi estado de ánimo de la noche anterior, y prepara café mientras yo me quedo recostada en el sofá, no tengo ganas de nada.

—No te dejes abatir por un cretino. No me podía imaginar que era tan

celoso, pero si es así Lucy no te conviene, lo único que querías era evitarle preocupaciones y mira cómo te ha pagado, arruinando tu fiesta de cumpleaños. Es un amargado... —Emite su juicio mientras me pasa mi café, le doy un sorbo... El telefonillo suena, no pienso contestar.

—¿Crees que es él?

—Si fuera mi hermana me mandaría un mensaje y no ha sonado el teléfono.

Noe se levanta rápidamente, tiene las mejillas encendidas y se dirige a la ventana. Allí, mira hacia la calle con la frente arrugada.

—¿Se puede saber qué es lo que vas a hacer?

—Tú déjame a mí. Este cabrito se va a enterar.

—Espera Noe. —Quiero detenerla, pero decido que voy a dejar que se quite la rabia de encima y de paso me voy a divertir un rato.

Abre la ventana como un vendaval y se abalanza sobre la barandilla del balcón.

—¡Ey, tú! ¡Cretino!

—Noe, ¿está Lucy?

—Claro que está, ¿pero que te has creído tú que es mi amiga? ¿Te parece normal haber arruinado su fiesta de cumpleaños? Eres un troglodita y lo sabes.

—Necesito hablar con ella, me he comportado como un cretino... veo que ya te lo ha contado.

—No lo dudes. Lucy, ¿quieres hablar con el gilipollas?

Yo desde dentro le hago señales de que no. Noe cambia su expresión por una sonrisa casi perversa diría yo y, lanzándome una mirada cómplice, responde:

—Venga Matt, si has aguantado mis reproches desde el balcón te mereces una oportunidad. Te abro la puerta.

—¡Estás loca! No le dejes subir, no quiero verlo.

—De eso nada, todo esto es una estupidez y tenéis que hablar. Si después de hacerlo civilizadamente no llegáis a un acuerdo, pues bien, cada uno para su casa.

Lo último que quiero es hablar con Mattia. A mi amiga no le he contado lo de la bofetada que le di y eso me avergüenza, pero es que me sacó tanto de mis casillas que no pude evitarlo... Claro que él mismo se lo buscó y eso no me lo puede negar.

Mattia llama a la puerta y yo le lanzo una mirada asesina a mi amiga, que coge su bolso y, dándome dos besos, se dirige a la puerta. La abre, mira con cara de pocos amigos al recién llegado y se marcha, no sin antes añadir:

—Ten cuidado con lo que vas a decir, que no está sola...

Nos sentamos y aclaramos las cosas. Mattia me pide disculpas por su comportamiento y por la manera en la que me habló. Aunque sé que ningún hombre es perfecto, y él no es la excepción, yo tampoco lo soy. Le cuento con más calma todo lo que me pasó durante la semana y la razón por la que no le había dicho nada de ello...

Tenerlo delante y oír sus palabras, saber que Daniela se marchó de mi cumpleaños triste y a regañadientes por sus celos, y lo mal que lo pasó él por ver a su hija así, me hace recapacitar. Una oportunidad, solo eso es lo que me voy a permitir, no quiero sufrir...

—Me dejé llevar por los celos cuando fui yo quien te dijo que no me importaba lo que había pasado antes... Te pido perdón.

La reconciliación es la mejor parte...

Mat me coge en brazos en el salón y me lleva a la cama donde me deposita con cuidado, esparciendo un reguero de besos por mi cuello. Me encuentro ebria de alegría, de amor y de felicidad. Todo se ha solucionado tan bien que es casi increíble.

He encontrado un hombre que me ha enamorado por completo, ha llenado todos los espacios vacíos en mi corazón. A su lado me siento protegida y, a pesar de la enorme responsabilidad que implica que tenga una hija, no me pesa, estoy dispuesta a aprender a cuidar de Daniela porque soy consciente de que no quiero que desaparezca de su mente la imagen de su madre.

Hacemos el amor cabalgando entre las sábanas de mi cama, amándonos como si no hubiera un mañana. Mattia recorre mi cuerpo haciéndome estremecer, mimándome y llevándome al cielo con sus manos.

No recuerdo tiempos tan felices en mi vida. No tengo memoria de momentos tan llenos de lujuria y pasión. No quiero que esto se termine. Me revuelvo entre los brazos del hombre que me quiere y pienso en lo afortunada que soy de tener a mis locas amigas en mi vida, a mi querida Fede y a Ettore que ronca a los pies de la cama. Todo es perfecto.

Capítulo 16



Para conocer un país y sumergirte en una cultura, la mejor manera de hacerlo es a través de su cocina, de sus platos, de sus bebidas. Italia es un país con muchos contrastes, en el que el abanico de comidas es muy amplio, tanto que puedes disfrutar de platos típicos de mar o de montaña, siempre bien acompañados con excelentes vinos. Todo un festín para el paladar del buen entendedor.

Han pasado dos meses desde que empecé a trabajar en el restaurante de Gustavo. El ambiente es muy bueno, hay mucha camaradería entre los compañeros. Además, Gustavo no ha vuelto a Torino de forma permanente, va algunos fines de semana para echar un ojo a sus negocios de allí. Al menos es lo que dice, la mayor parte del tiempo vive aquí.

Mi hermana debe estar al caer de su viaje a Alemania. Cuando se despidió estaba muy molesta porque decía que la noche de mi cumple Gustavo estuvo todo el camino preguntándole cosas sobre mí, me había olvidado de que se marcharon juntos, con mi estado de ánimo no estaba para detalles. Le dije que seguramente era porque quería conocer con quién iba a trabajar, aunque ni yo me trago eso. Espero que ya se le haya quitado el enfado.

Mattia está a puntito de abrir su restaurante. Al final ha tenido que

esperar más de la cuenta porque unas autorizaciones lo han atrasado. Está preparando una inauguración por todo lo alto, así que está muy nervioso.

El evento coincide con la visita de sus padres, que vienen a recoger a Daniela para llevarla a pasar las vacaciones en la playa con ellos. Por fin los conoceré, así que yo también estoy algo nerviosa.

Mi pastelería... al final hace un par de días recibí una carta del ayuntamiento donde me dicen que los informes se habían traspapelado y que me levantan la prohibición porque mi local cumple con todas las normas de seguridad, al parecer ha sido un error de ellos.

Los trabajos comenzarán esta semana, no veo el momento de volver a mi pequeño mundo, el lugar donde me encuentro segura, haciendo mis pasteles y sirviendo mis cappuccinos.

Allí podré hacer también las tartas para Gustavo sin tener que verlo, me pone más incómoda que nunca con sus miradas y sus charlas, más aún después de que Mattia me dijera que él no hace nada si no saca un beneficio. Si bien en aquel momento no le di importancia, después me entró el ansia. Pero me guardo mis sensaciones, no quiero que me diga que ya me lo había advertido. Aunque no ha vuelto a insinuarse en otro sentido...

—Lucy, entiendo que este fin de semana no puedas venir a trabajar, quédate tranquila. Acaba de llegarme la invitación a la inauguración del restaurante de Mattia. ¡Qué bien! —dice Gustavo mientras se acerca a mí. Estoy decorando las últimas *crostatas* y se apoya en el borde de la mesa de acero inoxidable en la que estoy trabajando. Con el dedo índice recorre el filo.

—Sí, gracias por no ponerme pegas —respondo. Levanto la mirada apartándola de la mesa llena de dulzuras que he preparado, estamos a viernes. Estas tienen que bastar para el fin de semana—. ¿Irás?

—Claro que sí. No me lo pierdo por nada del mundo. —Esboza una

sonrisa de portada de revista.

—Es un gesto muy bonito por tu parte.

—Si te soy sincero envidio a Mattia porque tiene a alguien que lo apoya en sus proyectos... Tú, con tu fuerza y tu alegría. Me encanta verte llegar contenta, tarareando mientras aparcas tu bici roja. —Lo miro extrañada por la confesión que acaba de hacerme, ha captado toda mi atención—. Sí, te observo por la ventana. Eres como la primavera y contigo llega la alegría. Si hay algo que me pone de buen humor es escucharte reír junto a los demás.

—Esto... yo...

Gustavo acorta la distancia que nos separa, me coge por los hombros y mira dentro de mis ojos. Puedo ver el deseo que brilla en los suyos, se me escapa el aire de los pulmones e intento tragar saliva, pero mi garganta se ha cerrado.

—No digas nada... —Su voz es un susurro, siento su aliento acariciar mi rostro y su perfume tan masculino invade mis pulmones, provocándome náuseas por lo fuerte que es.

Como se suele decir, salvada por la campana, el resto de mis compañeros irrumpen en la cocina de forma ruidosa y Gustavo se aparta resoplando. Por el momento he logrado mantener a la fiera a raya, pero creo que tendré que pensar en una manera de dejarle claro a mi jefe que no quiero otra relación con él que la pura y estrictamente laboral.

Cuando regreso a casa lo primero que hago es darme una buena ducha, el calor es insoportable, los días tibios han dejado paso a un tórrido verano y lo que nos queda.

Me pongo un par de pantalones cortos, unas *Sneakers* y mi camiseta preferida de *Guns & Roses*, regalo de mi hermana por mi cumple. ¡Qué fresquita que estoy! Preparo a Ettore para su paseo, después iremos a casa de

Mattia, ya han llegado sus padres y quiere hacer una cena para presentarnos.

A la vuelta cogeré el tiramisú que he preparado para la ocasión y me cambiaré. No he parado en toda la semana, Mattia y yo tampoco nos hemos visto mucho, el restaurante y su apertura le están consumiendo todo su tiempo. Pero le entiendo, a mí me pasa lo mismo, no veo el momento de que mi pastelería esté como nueva para comenzar de nuevo a trabajar allí.

Ettore corre delante alegremente como siempre tirando de su correa y yo voy con los cascos puestos escuchando a todo volumen mi música favorita, *Rock & Roll*. El calor que desprenden las calles es abrasador, lo siento subir por mis piernas. Los turistas se agolpan en las aceras con sus cámaras de fotos y sus gorritas tan graciosas, decido pasar por mi pastelería.

De camino saludo a René que me pregunta por la reapertura, charlamos un rato y me dirijo sin más dilación a mi querida pastelería. En la puerta y como por arte de magia me encuentro con Daniela, que llama a gritos a mi perro. Le quito la correa y echa a correr como loco ladrándola, no sé qué tiene la pequeña que le atrae tanto, entre ellos hay una extraña conexión. Será la magia que tienen los niños y los animales.

Mis ojos recaen en sus acompañantes, dos ancianos que me miran con cara de pocos amigos. Puedo ver que la mujer, con el rostro tenso, se acerca a Daniela, la coge de una mano y le dice algo al oído, la niña se zafa de su presa y sale corriendo hacia mí haciendo un puchero.

—¡Lucy! —grita abrazándose a mis piernas.

—Hola Dani —digo mientras me pongo a su altura sentándome en cuclillas, le doy dos besos y acaricio sus largos y sedosos cabellos dorados—. ¿Con quién estás?

—Son mis abuelos —responde volviéndose y señalando a la pareja que observa la escena.

Daniela coge la correa de Ettore que se ha sentado a nuestro lado y los

dos caminan junto a mí, me acerco y me presento. Hubiera preferido que Mattia estuviera presente en este momento, pero las cosas nunca salen como esperas...

—Buenas tardes, soy Lucy... —Daniela me interrumpe.

—Es la novia de papá, Lucy. Hace unos cupcakes riquísimos —dice mirándome y sonriendo.

—Buenas tardes —responde secamente la mujer apartando la vista de su nieta y recorriéndome de pies a cabeza a mí, mientras el marido sonrío cálidamente y ambos me estrechan la mano.

—Mucho gusto, mi nieta nos habló mucho de usted —dice Rino, el padre de Mattia.

—Lo mismo digo. Para mí es un placer conoceros.

—Abu, esta es la pastelería de Lucy, pero ahora está cerrada porque se incendió y papá la rescató como a una princesa —comenta Daniela que no se le escapa nada.

La mujer nos observa con la frente arrugada y luego lanza una mirada a mi pastelería.

—Entonces ahora está sin trabajo. —Su tono es seco.

—En realidad no. Estoy trabajando en un restaurante hasta que terminen las obras en mi negocio, que será cuando vuelva a abrir.

No me gusta la actitud agria de la mujer, casi podría decirse que no la soporto. Es que soy así, la gente me cae bien o no, es cuestión de sensaciones. Espero que cambie esta manera de dirigirse a mí porque no me gustaría empezar con mal pie.

Ettore se pone a dos patas y lame la cara de Daniela, que ríe y juguetea.

—Dani, no dejes que ese bicho te chupe entera —reprende Gloria a su nieta.

Y si hay algo que no soporto es que traten mal a mi perro. No, por ahí no paso, que es mi querido Ettore y esta mujer no puede hablarle así.

—Disculpe señora, no es un «bicho», es mi perro y se llama Ettore.

—Abu, es mi amigo y hasta duerme conmigo cuando Lucy se queda en casa.

No sé dónde meterme con cada comentario de Daniela, la mujer me mira entrecerrando los ojos, creo que si pudiera fulminarme con su mirada ya sería un montón de cenizas en el suelo.

Sonrió y me rasco el cuello, después de todo, es lo que se puede esperar de una pareja, que duerman juntos ¿no?

—Me tengo que marchar, tengo que hacer un par de recados, nos vemos a la hora de la cena —digo y salgo por patas del jardín donde he caído.

Dejo el tiramisú que he preparado en la cocina mientras Mattia no para de besarme el cuello y hacerme cosquillas. Sus padres están en el salón y nosotros parecemos dos adolescentes escondiéndonos para besuquearnos, riendo y cuchicheando.

Me giro y envuelvo mis brazos en torno a su cuello. Está recién afeitado, parece tan... joven, es la primera vez que lo veo sin la barba. Aspiro el perfume que emana su cuerpo mezclado con el del *aftershave* y me embriaga. Le doy un par de mordisquitos y saboreo sus labios, su lengua tibia y húmeda, pero tenemos que volver al salón.

Coge mi mano, la aprieta con fuerza y, llevándosela a los labios, deposita un beso en mis nudillos. Yo me remuevo nerviosa en mi vestido blanco con flores azules y camino tambaleándome sobre las sandalias de cuñas azules.

—Estás preciosa como siempre: mis padres te adorarán —comenta mirándome con sus ojos azul cielo antes de entrar en el salón de donde

proviene las risas de Daniela.

Me giro y le devuelvo una sonrisa tímida, creo que no será tan fácil, pero me da pena decir nada.

Tomamos unos aperitivos sentados en el salón que yo misma ayudé a preparar para la ocasión: las ventanas tienen cortinas, hemos colocado una bonita alfombra y unas lámparas. Tengo que decir que ha quedado muy bien.

Matt se disculpa y se dirige a la cocina para dar los últimos toques a la cena. Antes de apartarse de mi lado me da un beso en la coronilla y aprieta con firmeza, pero sin hacerme daño, mi hombro demostrándome tal vez su apoyo y dándome fuerzas.

—Lucy, déjeme decirle que es usted joven y muy bonita, eso no se lo puedo negar. —Creo atisbar un deseo por parte de Gloria de arreglar nuestro comienzo con mal pie.

—Gracias, es usted muy amable.

—No, no me malinterpretes —me corta y pone una sonrisa de póker. Pero bueno, ¿ahora a esta qué bicho le ha picado? me pregunto. Me quedo helada —. Al principio no sabía qué había visto mi hijo en ti, pero ahora sé que son los adjetivos que acabo de enumerar. No creo que seas buena influencia para mi nieta.

—Gloria, por favor. —Rino intenta poner un poco de cordura en esta escena surrealista, pero inmediatamente es mandado callar por la dictadora de su mujer.

—Daniela nos ha hecho ver esto —dice tirando la revista de cotilleos donde salimos mis amigas y yo en la inauguración del *BluLine*. Un balde de agua helada me cae encima y siento que la sangre abandona mi cara. La sonrisa que hasta el momento había intentado mantener se borra y deja paso a una cara de perplejidad.

La dictadora ahora me va a poner los puntos sobre las íes a mí... pero

¿qué se ha creído esta... mujer? Mientras junto aire para contestarle como se merece entra Mat al salón. Se acerca a mí y me rodea con sus brazos acercándose a su pecho, me da un beso, lanza una mirada a la revista que se encuentra sobre la mesa y resopla.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? ¿Se ha puesto en marcha el tribunal de la santa inquisición acaso y yo no lo sabía?

—Estaba comentando a Lucy lo bien que sale en las fotos —responde ella con cinismo.

Esto es el colmo, encima intenta tomarme el pelo, pero ¿esta mujer se cree que puede venir aquí a poner todo patas arriba? No, de eso nada.

—Sí, por supuesto. Quiero dejarte un par de cosas claras, mamá. Acabas de llegar y estás buscando cualquier excusa para ponerle un punto negativo a Lucy. Busca todo lo que quieras, no la encontrarás porque ella es perfecta, es todo lo que mi vida necesita. Ella me ha devuelto las ganas de vivir, las ganas de luchar. Es el sol que ha iluminado nuestras vidas oscuras y frías, la mía y la de Dani. ¿No te das cuenta de que Daniela ha vuelto a sonreír? ¿De que está más cercana a mí y me llama papá? ¿Acaso eso no te hace feliz?

—Claro que nos hace feliz verte bien, hijo —interviene Rino. Se le ve tranquilo pasándose una mano por los bigotes blancos que hacen juego con su abundante cabellera del mismo color. Entrecierra los ojos celestes y, acercándose con cariño, deposita un beso en la sien de su mujer, que relaja el rictus y sonrío forzadamente.

—Tu padre tiene razón. Perdóname Lucy, perdóname hijo. —Su tono se ha endulzado y su voz es temblorosa, toma nuestras manos entre las suyas y nos sonrío con los ojos húmedos.

—No te imaginas la alegría que es para nosotros saber que vuelves a cocinar y que vas a abrir un restaurante nuevamente —dice Rino dirigiéndose

a su hijo. Se levanta y tomando mis manos me habla a mí—. Gracias por animarlo, gracias por ser todo lo que mi hijo dice que eres en su vida, ellos se merecen ser felices y tú Lucy eres un ángel.

Después de llantos, de historias de batallitas, de recuerdos amarillentos, de risas y juegos con Daniela, la cena transcurre en paz y en armonía. Los padres de Mattia son personas que económicamente están muy bien, el padre es un abogado retirado y ella también.

Cuando llega el momento del postre me levanto, me dirijo a la cocina y Rino se ofrece a ayudarme dejándome con la boca abierta. Se lo ve tan ilusionado que no puedo decirle que no.

—Disculpa a mi mujer, no tiene un carácter fácil. Se preocupa por nuestra nieta y nuestro hijo. Han sufrido mucho, tuvieron una época difícil y ella no quiere que vuelvan a pasarlo mal. Aunque como ya he podido ver no tenemos que preocuparnos. Eres una buena muchacha y Daniela te quiere. — Lo miro y sonrío incómoda. Y pensar que a mí los niños no me gustaban y que no sabía cómo manejarlos con ellos... Pero al estar con Daniela veo que todo eso no eran más que excusas, son divertidos y están llenos de vida, me siento muy bien con ella—. Eres justo todo lo que podíamos desear para ellos, se merecen ser felices y tú eres esa felicidad. Te pido disculpas en nombre de su terquedad. Aunque la demostración de que le caes bien ha sido una maravillosa sorpresa, jamás la había visto pedir perdón a nadie.

—Gracias por sus palabras —alcanzo a decir, y Rino me coge entre sus brazos y me planta dos besos. Sus bigotes tupidos son suaves y esponjosos, me hacen cosquillas en las mejillas.

La mañana es brillante y el cielo de un celeste límpido como los ojos de mi querido Mat. Aspiro hondo mientras me desperezco delante de la ventana sintiéndome la persona más feliz del mundo, recordando sus besos y

lo bien que me siento entre sus brazos cuando me rodea con ellos o cuando, después de hacer el amor, apoyo mi cabeza en su pecho y puedo sentir el latido acelerado de su corazón.

Adoro la calidez de sus manos recorriendo mi cuerpo desnudo. Tengo que dejar de pensar esto porque me están entrando ganas de desayunarme a Mattia y ahora no puede ser porque me encuentro en mi piso sola. Me vuelvo hacia la cama y acaricio la cabecita de Ettore que gruñe bajito mientras intenta esconderse bajo las sábanas.

Me dispongo a desayunar pensando en todas las cosas que han cambiado en este tiempo, en la cantidad de trabajo que tengo, en los planes para mi pastelería. Tengo un par de recetas en mente, invenciones mías. Recuerdo que estamos ya a fin de mes y que... Espera, ¿fin de mes? Miro el calendario. Mierda, joder, joder.

Estoy llevando una cucharada de leche y cereales a mi boca, pero me quedo a mitad de camino. Una punzada en el estómago me recuerda que tengo que tomarme la píldora y me levanto de un salto llevándome por delante el plato del agua de Ettore, que sale disparada por toda la cocina, por poco me caigo de morros. Cojo el blíster y para mi tremenda sorpresa en él quedan más pastillas de las que deberían.

—¡Mierda, mierda! —Tengo ganas de vomitar, no me puedo aguantar. Salgo corriendo hacia el baño a vaciar mi estómago—. No puede ser... —digo entre lágrimas mientras me enjuago la boca e intento hacer cuentas.

A pesar de que al principio usábamos condón, luego dejamos de hacerlo, pues yo tomaba la píldora. Pero con tantas cosas en la cabeza creo (no, estoy segura) que he olvidado de tomarme un par o tal vez más...

El teléfono suena y lo cojo, es un mensaje de Mattia.

Buenos días princesa, ¿lista para el gran día?

Buenos días. Sí, no veo el momento de estar contigo, respondo después de sopesar bien mis opciones porque me gustaría decirle que creo que estoy embarazada. No sé qué hacer, justo ahora que tenemos tantas cosas en la cabeza, ¿un hijo? Y yo ¿qué voy a hacer con un niño? No sé nada de niños. Camino nerviosa por todo el piso, Ettore se levanta y se sienta en el borde de la cama mirándome curioso.

Lucy, ¿tú con un niño? Pero si a duras penas me estaba haciendo a la idea de ver crecer a Daniela... Aunque esto es diferente, dentro de mí puede que ahora esté creciendo un niño, un «guisantito».

Esto es muy fuerte, me siento en el sofá y hundo la cabeza entre mis manos. Tengo ganas de llorar, tengo ganas de gritar. Espera, toma aire. Dios ¿qué voy a hacer?

A ver, no tengo por qué estar embarazada. El riesgo es alto, pero... hay posibilidades de que no sea así. Piensa un momento, tranquilízate, deberías hacerte un test, es lo mejor.

El telefonillo suena y recuerdo que mi hermana dijo que pasaría por aquí para ir juntas a la inauguración.

—Buenos días, ¿y esa cara? —pregunta nada más entrar.

—Hoy no Fede, ¿eh? Que no estoy para juegos.

—¿Qué pasa? ¿Problemas en el paraíso? ¿No puedes pasar un día sin martirizarte por ser feliz?

—Algo así, no sé, eso creo... —le digo pasándome las manos por el pelo y mordiéndome los labios. Siento la boca seca y tengo ganas de vomitar de nuevo.

—¿Quieres algo de beber? Afuera hace muchísimo calor —pregunta Fede mientras se dirige a la cocina.

—Una Coca-Cola. No espera, un vaso de agua...

Cuando vuelve al salón me encuentra caminando de aquí para allá sin

descanso.

—Toma el agua. Pero detente que vas a cavar un canal si sigues así. ¿Me puedes decir qué es lo que te pasa? Estás muy pálida. Y deja de morderte las uñas.

Me dejo caer en el sofá y resoplo llevándome las manos a la cabeza otra vez.

—Creo que estoy embarazada. —Así, sin anestesia.

Mi hermana por poco se atraganta con la Coca-Cola, con los ojos abiertos como platos y cara de haber visto un fantasma se acerca a mí.

—Acabo de descubrir que me he olvidado de tomar la píldora un par de veces este mes.

El silencio se cierne en la habitación. Fede reacciona después de unos segundos que a mí me parecen una eternidad.

—Bueno, pero... no es seguro, Lucy. Tienes que hacerte un test. ¿Lo has hecho? —Pasa un brazo sobre mis hombros, nunca he visto a mi hermana tan comprensiva.

—Eso, eso haré, pero ahora no hay tiempo —digo señalándola decidida.

—No te comas la cabeza, ya verás que no estás embarazada. Hay gente que lo intenta durante años y nada, pero en el caso de que fuera positivo que sepas que serás la mejor madre del mundo. Y además siempre estaré contigo.

—La verdad es que, a pesar de que para mí son extraterrestres, creo que en algún momento me hubiera decidido a tener uno. Pero no ahora. —Me vuelven a entrar ganas de vomitar.

—Nunca es el momento adecuado para nada si te lo piensas, pero igualmente pasan las cosas, es inevitable —dice ella sonriendo.

Será estúpida, yo comiéndome la cabeza y ella soltándome una de sus frases

inspiradoras. Pero bueno ahora no puedo seguir con esto, tengo que poner mi mejor cara y guardarme la incertidumbre para luego. Le lanzo una mirada fulminante y ella sonríe encogiéndose de hombros como si nada. Me enerva, pero tal vez sea esa parte de su carácter, el vivir el día a día, lo que la hace ser tan despreocupada y más feliz.

—Venga, una vez que te hagas la prueba estarás más tranquila, si quieres bajo a comprarte una ahora mismo.

La miro asustada, una punzada me atraviesa el estómago dejándome sin aliento. Esa sería la forma de quitarme esta espina, pero  y si no me la quito? Ahora ya no s  qué es lo que quiero que diga, si positivo o negativo. No, mejor no quiero saberlo, ahora no.

—Nooo, ya lo har  más tarde...

—Vale, pero no te entiendo.

—Ni yo misma me entiendo.

—Bueno, pues ya que no quieres saber si vas a tener un hijo o no, yo quiero saber si va a ir a la inauguración Gustavo, tengo ganas de verlo, es tan guapo. Aunque creo que est  colado por ti y por eso a mí no me hace caso.

—No seas boba,  c mo va a estar colado por mí? No hagas bromas tontas que si te escucha Mattia tendr  un problema. Me ha costado hacerle entrar en la cabezota que era una buena idea trabajar con Gustavo y desde luego que lo es. No me arruines las cosas y ni se te ocurra mencionar tremenda estupidez delante de él. Además, pens  que lo habías olvidado con Mirko.

—Vale, vale, no dir  nada delante de Mattia si tu prometes no volver a mencionar a Mirko, que se ligó una alemana. Hoy voy a intentar seducir a Gustavo, aunque no s  si va a caer en mis redes con mi uniforme de camarera...

—Est s guapísima —digo acercándome y pasándole la mano por la

solapa del chaleco negro que lleva puesto como parte de su uniforme—. Ciérrate el botón de la camisa, no querrás servir a los clientes una teta que se te escapa.

Nos echamos a reír.

—Ten cuidado con Gustavo. Es un enigma, siempre tan reservado, estudiando su entorno con esa mirada que lo analiza todo. Parece que es como un *Terminator* que te mira y te hace una radiografía. —Un escalofrío me sacude—. Me da mal rollo.

—Tú tienes envidia, es más guapo que Mat —dice Fede, y me da un codazo que por poco me tira al suelo.

—Qué tonta eres.

Capítulo 17



¿Qué decir de la cocina Fiorentina?

*Su bistecca a la Fiorentina, reconocida mundialmente, es un manjar...
Se puede acompañar con un buen vino procedente de la zona del Chianti y,
por qué no, terminar con un exquisito dulce típico toscano, el panforte, o
unos buenos cantuccini con su vinsanto.*

A las once de la mañana, con un sol abrasador cayendo sobre nuestras cabezas, nos dirigimos al restaurante.

Una vez dentro puedo ver que el salón está lleno de clientes e invitados, nadie ha querido faltar a la ocasión. Daniela corre hacia nosotras con los brazos abiertos nada más vernos entrar, la falda del vestido rosa que lleva vuela alegremente y sus cabellos dorados están recogidos en dos coletas. Nos abraza y nos llena de besos.

Observo a Fede que la levanta en brazos, la niña le coge el rostro con las dos manos y la besa, es una imagen tan tierna. De pronto me siento observada, es Gloria que se está secando las lágrimas mientras se acerca a nosotras, está guapísima con su traje de hilo color marfil de pantalón y chaqueta.

—Hola querida —dice cogiéndome por un brazo y me da dos besos.

—¡Abu! Ella es Fede, la hermana de Lucy.

—Mucho gusto señora —responde mi hermana depositando a Daniela en el suelo mientras alarga la mano. Menos mal que después de su viaje se ha teñido el pelo de nuevo de rubio.

Pero para mi sorpresa Gloria pasa de formalidades y abraza con fuerza a Federica, que se queda de piedra sin poder articular palabra.

—Gracias por tanto cariño hacia mi nieta, sois maravillosas —dice con la voz rota.

Me ha tocado el corazón, así que yo también dejo escapar una lagrimilla e inmediatamente la seco con el dorso de la mano. Noe y Sole también están con sus chicos, que se han hecho muy amigos de Mattia, hasta quedan para ver el fútbol juntos y de vez en cuando se van a jugar algún partido.

Dejo a Daniela con Fede y la abuela. No puedo negar que tengo un poco de envidia de mi hermana por lo bien que se lleva con la niña, ella tiene esa facilidad de caerle bien a todo el mundo, si hasta se ha ganado a Gloria en un momento.

Camino en medio de la gente, a algunos los conozco, tienen copas de cava en una mano y en la otra algo para comer. Todo ha quedado muy bien, el trabajo ha merecido la pena, el restaurante es luminoso y muy aireado, el estilo toscano está patente en los suelos de terracota y en los techos tirantes de madera. La decoración es rústica y los manteles típicos a cuadros blancos y rojos son el toque de refinamiento.

Busco con la mirada a mi *amore* en los rostros de todos los presentes hasta que lo encuentro, está hablando con un grupo de personas. Me quedo de pie un momento, quieta, contemplándolo, esa seguridad con la que se mueve, los gestos al hablar, su manera de estar. Me descubro observando a una persona que ha cambiado o, mejor dicho, que se ha abierto y ha dejado ver al mundo lo que es realmente y cuánto vale.

Estoy segura de que el restaurante será un éxito. De pronto viene a mi memoria la incertidumbre, el hecho de no saber si estoy o no encinta, y de ser así lo que puede cambiar nuestra vida. Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca.

Me retuerzo los dedos haciendo sonar los nudillos, me pongo recta y camino hacia ellos esbozando mi mejor sonrisa.

—Buenos días —digo cuando me encuentro a su lado. Mat se gira y puedo ver cómo se ilumina su mirada, una sonrisa se dibuja en sus labios y me coge por la cintura atrayéndome cerca de su cuerpo. Me da un casto beso en la mejilla.

—Os presento a mi compañera, el amor de mi vida, todo lo que veis hoy aquí es gracias a ella, y es su «culpa» si vuelvo a cocinar.

La pareja con la que estaba hablando sonrío y me hace cumplidos, luego se retiran dejándonos solos.

Mattia se acerca a mi oído y me susurra «estás hermosa» y yo le respondo entre dientes «y tú muy guapo». No puedo evitar abrazarme a él y besarle en el cuello, siento que vibra, está tan contento. Su sonrisa es la cosa más maravillosa que yo haya visto jamás en toda mi vida y el brillo en sus magnéticos ojos azules es fulgurante.

Me giro envuelta en sus brazos y cogiéndole la cara con las dos manos le doy un beso en los labios.

—Tienes que parar porque no creo que pueda aguantar más las ganas que tengo de ti, voy a dejar a todos aquí plantados para llevarte a la cocina y follarte hasta que veas las estrellas.

—Entonces seguiré tentándote porque no hay nada en el mundo que me apetezca más —le contesto sonriendo.

—No respondo Lucy...

Me aparto seria y entrecerrando los ojos sonrío de medio lado,

intentando parecer sexy coloco una mano en mi cintura.

—Nunca digas algo que no puedes cumplir... —Lo desafío, me muerdo los labios y me voy contoneando las caderas. Sé que se ha quedado mordiéndose la lengua y sonrío para mí satisfecha mientras me dirijo a donde se encuentran nuestros amigos en la terraza interna del local. Mis amigas se alegran de verme y se abalanzan sobre mí con los brazos abiertos rodeándome en un intenso abrazo.

Cómo han cambiado las cosas, estamos tan cerca y a la vez tan lejos. Últimamente no nos vemos ni para un café, nuestros horarios son tan complicados... a duras penas algún fin de semana una cervecita o el *WhatsApp*. Pero no es lo mismo.

Más allá, cerca de una mesa, se encuentran Patrizio, Valerio y... Gustavo. Este último levanta la copa y me saluda con una sonrisa de anuncio de dentífrico que hace destacar su piel morena y sus ojos negros azabache. Se pasa una mano por el cabello negro que lleva siempre peinado con gomina.

Levanto la mano y saludo a los chicos, Noe me pasa una copa de cava.

—Ten, tenemos algo que celebrar —dice.

Soledad levanta la mano y nos muestra un anillo de compromiso que tiene una piedra enorme que es realmente un sueño.

—¡Me caso! —me dice visiblemente entusiasmada. No puedo evitar emocionarme, me llevo una mano a la boca para ahogar un gritito y la rodeo con mis brazos.

—Vamos a brindar —insiste Noe.

Chocamos las copas, pero yo no bebo, no me animo. ¿Y si estoy encinta?, ¿y si le hace mal al bebé? Disimuladamente me quedo con la copa en la mano, pero a Noe no se le escapa nada.

—Eyyy tienes que beber, ¿o es que no sabes que brindar y no beber es

de mal augurio?

Me encojo de hombros, son mis amigas, si no confío en ellas, en quién...

—Es que no puedo —susurro bajito.

—¿Qué? —dicen a coro con los ojos como platos.

—¿No estarás...? —Reacciona la más espabilada, Noe, clavando sus ojos en mi barriga.

—Shhh, no lo sé aún, pero puede que sí.

—¡¡Sííí!! —gritan a coro y me abrazan.

Los chicos, que se encuentran a unos metros, nos miran curiosos. Debo hacerlas callar, no quiero que se enteren todos.

—Shhh por favor chicas, que Mattia no lo sabe y no quiero decirle nada hasta no estar segura.

—Tenemos que ponerle remedio a eso, no nos puedes dejar con la incertidumbre y tampoco puedes estar sin saber nada.

—¿Y qué queréis que haga?

—Nada, tu quédate aquí. Vamos Sole, vayamos a comprar un test de embarazo y nos sacamos la espina.

—¿Qué? ¿Aquí, ahora? —pregunto al borde del colapso.

—Sí.

Las chicas se marchan sin más dilación pasando entre la gente haciéndolos un lado y dejando a su paso personas que las miran con cara de pocos amigos.

Los padres de Mattia se relacionan muy bien con la gente, son agradables y educados. También han invitado a los padres de Dana, pero no han venido. Las relaciones siguen más que tensas.

Mi hermana, mientras sirve los aperitivos y las copas, se dedica a perseguir a Gustavo como había predicho. Pero él no es tonto, está jugando al gato y al ratón. Espero que a la pobre Fede se le pase pronto el calentón con

este tío.

Estoy segura de que pronto se olvidará de él porque ella es inconstante, razón por la que mis padres temen que no termine la carrera, aunque con eso se ha puesto las pilas y hasta a mí me ha sorprendido, le queda muy poco para acabar.

Me dirijo a la cocina, las chicas se están demorando mucho y los nervios me corroen, necesito hacer algo, necesito distraerme. Por el camino me cruzo con algunos camareros y mi hermana que salen con más bandejas llenas de copas.

—¿Dónde vas? Estás muy pálida —me pregunta con cara de preocupación.

—A hacer algo en la cocina o me voy a volver loca, las chicas han ido por un... test —digo en voz baja, mirando para todos lados, esperando que nadie nos escuche.

—Ahhh, entonces se lo has contado. Avísame cuando esté todo listo, yo también quiero saber si voy a ser tía o no.

Con manos temblorosas corto unos trozos de pizza blanca y los coloco en platos. Los ruidos de mis movimientos retumban en la cocina vacía mientras en mi cabeza las imágenes pasan como en una película. La posibilidad de que esté embarazada ha cambiado todos mis planes.

Las risas que provienen de la puerta de la cocina me ponen en alerta y me limpio las manos. Son mis amigas y Fede, llevan una botella de champán y ríen animadamente.

—Ya estamos aquí, tenemos lo que necesitamos. Venga, tienes que hacer pipí, así que manos a la obra —anuncia Noe con ojitos brillantes, están medio borrachas.

Se las ve a la legua y cómo culparlas, no es para menos. Están contentas por el compromiso de Sole y yo no puedo disfrutar con ellas de la

fiesta... Suelto un largo suspiro que me deja sin aire y siento que todo me gira. Me tengo que sujetar al borde de la mesa. Mi hermana pasa un brazo sobre mis hombros y me zarandea mientras me aprieta fuerte.

—Vale, vale, pero por favor no le digáis a nadie lo que estamos haciendo. Si viene Mattia y pregunta inventaos cualquier cosa —respondo temblando. De pronto un frío glacial me sacude, tengo las manos heladas y estoy sudando.

Camino nerviosa y me meto en el baño. Las otras se quedan fuera, mientras se beben la botella Noelia habla.

—¿Os dais cuenta de cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo? La vida es así, no pasa nada hasta que ocurre de todo en el mismo momento. Espero que Valerio también se anime y me pida que me case con él. Es mi última oportunidad, después de este tren no creo que pase otro.

—Jajaja, tú te quejas, pero no eres la única que está a la caza. Yo quiero pescar al guapetón de Gustavo, pero me ignora... —Suspira—. Para mí que le gusta mi hermana.

—¡Calla, no digas bobadas Fede! —grito desde el baño sentada esperando que me entren ganas, pero parece que con los nervios no voy a poder.

—Venga, que no tenemos todo el día. Tienes que hacer pipí, no es ninguna ciencia —rezonga Sole, que ya tiene voz de borracha.

—Dejad de beber, os necesito sobrias —digo, y al fin mi cuerpo se decide.

Sigo las instrucciones que hay en la caja, ahora hay que esperar. Abro la puerta del baño y me encuentro a todas abrazadas con cara de bobas.

—Tenemos que esperar... —digo encogiéndome de hombros y Noe me pasa la botella.

—No puedo, ¿y si...?

—¡Ay, Noe! ¡Cómo eres! —la regaña Sole.

Fede se acerca a mí, me pasa un brazo sobre los hombros y me da besos sonoros en las mejillas.

—Al final, tú que decías que nunca tendrías niños, vas a tener un bebé. ¿Te das cuenta? La vida no es un guion donde está todo escrito, si fuera así sería un coñazo.

Empiezo a temblar, siento frío y creo que mis piernas no van a seguir sujetando mi peso. Miro el reloj, ha pasado el tiempo que decía en el prospecto. Tomo aire y me dirijo al baño de nuevo.

El silencio se instala, las chicas contienen la respiración.

—¿Qué? ¿Ya? —pregunta Noe dando otro sorbo a la botella.

Camino despacio, poniendo un pie delante de otro como si fuera la primera vez que lo hago. El sonido de mis tacones chocando con el suelo me pone aún más nerviosa, estoy temblando, me dirijo hacia mi destino. Ese palillo que se está allí me va a decir si dentro de mí crece un «guisantito» o no... Por Dios, si es así espero ser una buena madre.

Los tres pasos que me separan del lavabo se me hacen eternos. Cierro los ojos y tomo el bastoncillo entre mis manos temblorosas, lo elevo hasta dejarlo a la altura de mi vista, abro los ojos y delante de mí aparecen las dos líneas rosas.

El aire se escapa de mis pulmones como un globo que se desinfla, la cabeza me da vueltas y las piernas me tiemblan.

—¿Y? —pregunta Fede, acercándose a mí coge la prueba y la lee. Se vuelve hacia mis amigas, que ahora se cogen de las manos expectantes, yo las miro petrificada sin poder ni siquiera pestañar y da un grito que podría despertar a un muerto—. ¡Voy a ser tía!

Las otras observan mi rostro sin emitir sonido alguno, están conteniendo la respiración esperando una reacción mía para saber qué decir,

pero yo no puedo moverme. ¡Un hijo!, voy a tener un hijo. De pronto toda la tensión se desvanece y las lágrimas que estaba reprimiendo salen de mis ojos a chorro. Me llevo las manos a la cara y, secándomelas, paseo mi mirada por los rostros expectantes de mis amigas y de mi hermana. Y lanzo un grito.

—¡Voy a ser mamá! —Todas corren a abrazarme y lloramos juntas en el baño del restaurante de mi amor, del hombre que apareció en mi vida para convertirse en mi príncipe azul y que ahora va a ser el padre de mi hijo o hija.

Ha puesto mi vida patas arriba, ha llegado como un tornado cambiando todo a su paso, haciendo que las cosas se vean diferentes, más bonitas. No puedo creer la alegría que me invade, jamás me imaginé este día porque nunca pensé que llegaría, pero es hermoso.

—Bueno ahora tienes que decírselo al padre... —dice Sole.

—Esperaré a que estemos más tranquilos.

Guardo el test en la caja y lo meto en el bolso.

—Chicas por favor, no digáis nada a nadie. Quiero que Mattia se entere por mí.

Todas prometen mantener el secreto, espero que el alcohol no les suelte la lengua.

Llegamos al salón justo cuando van a brindar por la inauguración, la fiesta está llegando a su fin y todo ha salido de maravilla. Mat, el hombre del cual me he enamorado perdidamente, que ha roto las barreras de mis miedos, mis tabúes, me pide que lo acompañe. Me toma de la mano, Daniela corre hacia nosotros y se agarra a mí. Los tres nos encontramos delante de la barra y Mat, con una copa en la mano, intenta hablar. Está tan emocionado.

—Antes que nada, quiero daros las gracias a todos por estar aquí — dice, y noto la presión de su mano en la mía. La aprieto para hacerle sentir que estoy con él—. Todo lo que veis, absolutamente todo, es fruto de mucho trabajo. Esta historia comenzó el día en que, caminando por el centro de

Firenze, Daniela... —dice dirigiendo su mirada a la pequeña que busca el rostro de su padre y sonrío— mi pequeña hija, vio una pastelería y me pidió un *cupcake*. Ese fue el día en el que mi vida comenzó nuevamente, conocí a Lucy, mi querida Lucy y a Ettore, su perro. Ella con su maravillosa sonrisa, su optimismo y sus grandes ojos verdes me conquistó nada más verla salir de detrás del mostrador. Creo que puedo decir que fue amor a primera vista y nadie me hubiera podido advertir de que ibas a cambiar tanto mi existencia. Gracias Lucy por existir y formar parte de nuestras vidas. —Me besa delante de todos, que aplauden. Mis amigas y mi hermana dan gritos y Noe se seca las lágrimas.

Luego se aparta y todos brindan. Gustavo nos observa serio desde el otro lado, mientras Federica no se despega de él ni a sol ni a sombra.

Capítulo 18



Campos llenos de girasoles que se extienden buscando los rayos del sol mecidos por la brisa, abetos que como silenciosos custodios bordean las colinas. Todo esto y mucho más es la Toscana.

La gente se ha marchado por fin, me duelen los pies y la cabeza me va a estallar. Los últimos en irse son nuestros amigos y mi hermana, que me ha ayudado a recoger. Los camareros han dejado todo limpio y ordenado y estoy guardando los últimos pedazos de tarta que han quedado para llevármela a casa.

De pronto Matt se acerca por detrás y rodea con sus brazos fuertes mi cintura. Apoya su mentón en el espacio que queda entre mi cuello y mi hombro, me besa y me muerde el cuello, ladeo mi cabeza para darle acceso, sus manos grandes recorren mi vientre, y sube hacia mis senos, acariciándome. Siento su respiración acelerada, gruñe...

—Me encanta el olor de tu piel —dice, aspirando hondo. Me estremezco de placer y mi sexo se humedece—, tu sabor. Me has tenido loco todo el día, estás tan hermosa... —susurra y, subiendo mi falda lentamente, mete su mano entre mis piernas acariciando mi sexo por encima de mis braguitas. Dejo escapar un gemido, ya presa del deseo.

Me hace girar lentamente y busca mi boca para morder mis labios.

Pasa su lengua por la comisura, la desliza por mi cuello y deja un reguero de besos hasta el nacimiento de mi pecho.

Me coge por la cintura y me sube a la mesa, por encima de la tela de mi vestido muerde mis senos. Mis pezones están duros y mi sexo pide a gritos ser penetrado por su miembro duro, grande y vigoroso.

Desliza sus dedos hábiles por detrás de mi espalda bajando el cierre de mi vestido, que cae hasta mi cintura. Me quita el sujetador liberando mis pechos y comienza a morderlos y estrujarlos. La humedad en mi entrepierna me excita, le quito la camisa y le desabrocho el pantalón.

Me echa lentamente hacia atrás y se inclina sobre mí, con la lengua marca un camino que va desde mi ombligo hasta mi sexo. Allí se deleita mordisqueándome, lamiéndome, saboreándome, me hace estremecer. Mi espalda se arquea sobre la mesa de acero inoxidable, el frío me excita aún más, me retuerzo entre caricias y besos hasta que estallo de placer.

Su miembro duro espera ser liberado, así que lo hago y me embiste. Puedo sentir cómo resbala en mi interior lentamente llenando todos mis espacios, mi sexo se adapta a él y luego el ritmo se intensifica. Nuestras lenguas entrelazadas bailan acariciándose, moviéndose al mismo ritmo, el volcán que arde en nuestros cuerpos explota hasta consumirnos.

Terminamos abrazados, agitados, embriagados de besos. Matt acaricia mi cabello mientras me aprieta fuerte contra su pecho y no puedo evitar sentirme la mujer más afortunada del mundo.

Me aparto para mirar dentro de sus ojos azules y buscar su boca para depositar un beso.

—Ha quedado oficialmente inaugurada la cocina —bromea mientras muerde mi labio.

Río, no puedo hacer otra cosa. Soy feliz, no puedo desear más, solo espero que él se tome la noticia como yo, de buen agrado. Sé que adora a los

niños, siempre lo dice cuando lo descubro mirando a Daniela con ojos dulces y nostálgicos.

—Mattia... —digo mientras me visto y mi voz es apenas audible.

—Espera que esto no es todo... —Sus ojos brillan, él vibra de los pies a la cabeza y parece un muchacho, un adolescente.

Abre la nevera y saca un recipiente lleno de fresas rojas, grandes y succulentas, y una botella de champán. Me mira y sonrío como lo haría un niño que está cometiendo una travesura.

—Esto debía ir antes de todo, pero es que tenía tantas ganas de ti... Desde que te vi entrar por la puerta, no he hecho otra cosa más que pensar en ti —dice dando un salto y lanzándose a mis labios para darme otro beso.

Reímos, es todo tan perfecto, sirve dos copas y me pasa una. Quiero decirle que espere, que necesito hablar, debo contarle lo que acabo de descubrir, pero no quiero interrumpir su momento, está tan feliz e ilusionado.

—Hoy comenzamos una nueva vida Lucy, gracias por darme la fuerza para volver a lo que me gusta, a esto —dice levantando las manos y girando sobre sí mismo mientras señala la cocina—. Me has enseñado a sonreír de nuevo, me siento lleno de fuerzas, de ganas de levantarme y enfrentar la vida. Antes de conocerte los días me parecían interminables y pensaba que la vida sería demasiado larga y aburrida, pero después de ver tus ojos vivaces —dice cogiendo mi mentón con cuidado y depositando un beso en la punta de mi nariz— creo que la vida me parecerá corta... Nunca será suficiente el tiempo que me quede para estar a tu lado.

Se pone serio, me observa y yo lo miro sin pestañear, no quiero perderme ni un segundo del espectáculo que tengo delante. Mattia sonrío, está feliz y tiene la sonrisa más bonita que yo haya visto jamás. Sus grandes ojos azules brillan y están húmedos. Acaricio su rostro terso, sin sombra de barba,

él busca el hueco de mi clavícula y me besa. Un escalofrío me recorre, cierro los ojos y aspiro hondo para disfrutar con todos mis sentidos del momento.

De pronto se aparta, me coge ambas manos y me ayuda a descender de la mesa, lo miro con cierto desconcierto, se arrodilla mientras revuelve en el bolsillo del pantalón tejano que tiene puesto y que le queda tan bien, le marca un culo espectacular.

No, no puede ser, me llevo las manos a la boca, abre una pequeña caja de terciopelo azul. Dentro, en medio de la seda blanca, hay un anillo con forma de corazón y una piedra blanca que brilla como un diamante, seguramente lo es.

Siento que las piernas no me sostienen, no puede ser, no puede darme esta noticia así.

—Lucy, no te asustes, deja que te explique. Sé que siempre dices que no quieres volver a casarte y te entiendo. Este es un símbolo de amor entre nosotros, no te pido matrimonio si no quieres, pero si quieres casarte conmigo seré el hombre más feliz del mundo.

Mientras Mattia habla un nudo en mi garganta comienza a apretarse y me va dejando sin aliento, tengo los ojos húmedos y la nariz me chorrea, me sorbo los mocos.

—Yo... —Los nervios me sobrecogen, son demasiadas cosas juntas... Me entra hipo.

—Lucy, casado o no, quiero pasar mi vida contigo, darte un beso de las buenas noches, compartir las mañanas, cuidar de ti, quiero que seas mi compañera. Sé que aceptarme es aceptar una pesada carga y si...

No dejo que termine la frase, me arrodillo junto a él y lo beso.

—Yo solo quiero que seas feliz... —dice.

—Mattia, te amo y quiero todo eso que has dicho contigo.

Me levanta del suelo pasando sus brazos alrededor de mi cuerpo y me

hace girar.

No puedo contener las lágrimas, y ahora ¿cómo hago para contarle lo de nuestro guisantito?

Son demasiadas emociones juntas, toda esta alegría... siento que el pecho me va a estallar. Soy un mar de lágrimas, pero es por la emoción, la alegría que me embarga.

Cuando me deja en el suelo revuelvo en mi bolso para sacar un pañuelo, con tanta mala suerte que se cae la caja con el test de embarazo sobre los pies de Mattia.

—¿Y esto? —pregunta y su voz resuena. Tiene la frente arrugada y los ojos abiertos como platos. Me estremezco.

—Pues... no sé cómo se dicen estas cosas, me he comido la cabeza pensando en ello y creo que la mejor forma es esta: me he hecho un test de embarazo... —digo tragando saliva, mordiéndome el labio y rizándome los dedos. Estoy hecha un manojo de nervios... ¿Y si no quiere un hijo? ¿Y si termino arruinándolo todo? Me invaden las preguntas, la incertidumbre.

«Pero qué torpe que puedo llegar a ser», digo para mis adentros.

—¿Y?... —vuelve a preguntar Mattia con la caja en la mano. Levanta las cejas y su mirada se vuelve suplicante, está pálido.

—Es positivo. —Deja caer los hombros, toma aire y sonrío apretando las manos en puños y dando saltos.

Abre la caja y mira el test con las dos líneas. De pronto sus ojos se llenan de lágrimas, me abraza y me cubre de besos. Me aparta, pone su mano sobre mi vientre aún plano y, poniéndose de rodillas, lo besa. Me aferra por la cintura y yo acaricio sus cabellos.

—¿No pensabas decírmelo? ¿Creías que no iba a darme cuenta?

—No encontraba el momento.

—Cualquier momento es bueno para que me digas que voy a ser

padre... ¡Oh Lucy, qué feliz soy! —Se pone de pie y me besa.

Capítulo 19



El amor está en el aire.

Cómo no sentirlo si a cada paso que das estás rodeado de belleza, de arte, de música... El corazón da un brinco en el pecho y se emociona...

Han pasado ocho meses desde la inauguración del restaurante. Durante este tiempo mi vida ha ido cambiando y no solo por mi embarazo. Ya estoy en la recta final, falta tan poquito que no veo la hora de que llegue el parto y saber si será niño o niña... Todos hacen apuestas, las chicas quieren que sea una nena.

La pastelería ha vuelto a funcionar, menos mal porque necesitaba volver a mi mundo, allí donde puedo estar tranquila. Continúo trabajando para Gustavo, pero no lo veo, es mi hermana la encargada de llevar y traer los pedidos.

Federica ha comenzado a ayudarme casi a tiempo completo con la pastelería porque sola no puedo, mi vientre ha crecido tanto. Aunque no he engordado mucho, los pies me matan y termino muy cansada. Mat quería que dejara de trabajar, pero si me quedo en casa me moriré del aburrimiento, además Fede es una buena ayudante, ella hace casi todo, la pobre.

Hemos ido a hacer una visita a mis padres cuando mi barriguita era todavía una protuberancia. Les ha encantado Daniela, mi madre estaba súper

contenta, a mi padre le costó un poco más asimilar la noticia, pero después de conocer un poco a Mattia no pudo resistirse a aceptarlo.

Mi barriga apenas me deja dormir, «guisantito» no para de moverse y dar pataditas, y me destroza las costillas.

Daniela se ha tomado la noticia más que bien, está muy ilusionada, se pasa todo el día preguntando cuándo va a poder ver a su hermanito. Dice que es un chico y cuando le pregunto cómo lo sabe, la respuesta es porque ella quiere que sea niño.

Ettore está siempre a mi lado, cuando estoy en casa se tumba cerca de mí. Creo que los animales presienten lo que nos pasa, está tan cariñoso...

He dejado mi piso para irme a vivir con Daniela, Mattia y Ettore como una verdadera familia.

Me miro en el espejo y aparto un mechón de cabello que cae de mi recogido de peluquería, esta mañana he tenido que levantarme temprano para ir a que me hagan esto en la cabeza. Me veo la cara redonda y yo misma estoy enorme, claro que el vestido tampoco ayuda, tanta gasa y vuelos.

—Estás preciosa —dice mi *amore* rodeándome con sus brazos fuertes y dándome un beso en la mejilla, parece que el gimnasio al cual ha comenzado a asistir está haciendo efecto. Además, mi perenne estado de excitación hace que lo vea más apetecible aún, sé que son el embarazo y las hormonas lo que me tienen así. Eso, y mi incontrolable amor hacia él, claro.

—No es cierto, parezco un *cupcake* celeste, llena de volantes y redonda —respondo poniendo morritos que Mat aprovecha para robarme un beso.

—Mmmm, pues sabes muy bien, como siempre a vainilla y canela, mi preferida. —Mordisquea mi cuello subiendo hasta el lóbulo de mi oreja.

Paseo mi mirada por el hombre que amo, el futuro padre de mi «guisantito», es tan guapo, y ese traje que lleva puesto lo hace irresistible. Me

acercó despacio con movimientos felinos, como una pantera, intentando parecer todo lo sexy que se puede ser con una enorme barriga. Su mirada se enciende, me rodea con sus brazos y el roce de sus manos en la piel descubierta de mis hombros me estremece encendiéndome, nos enredamos en besos y caricias.

El sexo entre nosotros sigue siendo lo mejor que hay, pero ahora solo puedo ponerme encima... Mat, siempre dispuesto a darme placer, pone todo su empeño; no me resisto y comienzo a desabrocharle el pantalón. Él baja el cierre de mi vaporoso vestido, a pesar de que estamos listos para ir a la boda de Sole nos abandonamos a nuestros instintos, porque como digo con el embarazo las ganas se han multiplicado. Sabiendo que somos siempre impuntuales y como Dani es la encargada de llevar los anillos, Noe ha pasado antes a por ella.

Llegamos, como de costumbre, corriendo. Un poco más y no lo hacemos... pero quien tenga un *amore* como el mío lo entenderá, es simplemente irresistible.

La boda de Sole y Patrizio ha sido algo precipitada porque ella está embarazada y la familia de él no quiere ni oír hablar de que se casen después de que nazca el niño.

Son conservadores y como son personajes del mundo de la política no quieren que haya habladurías. Parece que no se han dado cuenta de que estamos en pleno siglo XXI y de que algunas cosas son exageradas, pero bueno.

En la despedida de soltera las únicas que bebieron fueron mi hermana y Noe, pero todas nos lo pasamos en grande.

El embarazo me ha vuelto muy sensible, así que me paso toda la ceremonia llorando. Daniela no entiende por qué y, preocupada, me pasa un pañuelo detrás de otro. Nuestra relación se ha afianzado desde que volvió de

sus vacaciones en Rimini con los abuelos y le hemos contado lo del bebé.

Es una niña llena de sorpresas, inteligente y muy cariñosa, ávida de amor y, sobre todo, de alguien que la escuche y comparta con ella sus inquietudes. En resumidas cuentas, de una madre, que es lo que tanto miedo me daba a mí. Mis amigas dicen que no me reconocen que he cambiado por completo, ahora me doy cuenta de que mis instintos maternos siempre han estado allí, solo tenía que descubrirlos o mejor dicho dejarlos aflorar.

A la hora del banquete ya no puedo más con mis pies. Los padres de Patrizio han organizado la ceremonia en un antiguo Caserón Toscano con cipreses, campos y colinas alrededor.

Los invitados más allegados pasaremos la noche en las habitaciones que han puesto a nuestra disposición.

Compartimos mesa con Noe y Valerio. El baile comienza, los novios son los encargados de abrirlo, y Mattia es literalmente arrastrado a la pista por Daniela. Los contemplo bailar, él la lleva en sus brazos, y se mueven abrazados por la pista.

Trago saliva, el bebé en mi barriga me da una patadita, «guisantito» también está disfrutando de la boda de mi amiga. Se me humedecen los ojos, Noe llega justo a tiempo para salvarme del «baño de lágrimas». Se sienta a mi lado y con complicidad me pregunta:

—¿Le has contado a Mattia lo de las cartas? —Habla en mi oído para que nadie pueda escucharnos y las dos clavamos los ojos en la pista de baile.

—Shhh, no he tenido oportunidad. —Me rasco el cuello.

—Yo creo que no quieres hacerlo... —Ella me conoce bien, no puedo mentirle, me ha calado. La miro y levanta una ceja mientras esboza una sonrisa y asiente.

—Vale, un poco. —Me remuevo incómoda en la silla mientras me acaricio la panza.

Todo el día me ha estado molestando, solo rogaba que pasara la boda para ponerme de parto, no quería perderme el matrimonio de Sole. Además, no falta nada para que salga de cuentas.

Esas cartas a las que se refiere Noe llegan desde hace un par de meses a mi pastelería, sin sello ni remitente, pero dirigidas a mí. En ellas pone que Mattia es culpable de la muerte de su mujer. No quiero decirle nada, sé lo doloroso que es ese tema para él.

Desde luego me parece algo extraño, he pensado que tal vez puede ser alguien de la familia de ella, después de todo no han recibido muy bien la noticia de que estamos juntos y menos aún la de que voy a tener un hijo. Las relaciones con ellos siguen adelante por Daniela, ella no tiene culpa de nada, ha perdido a su madre y no es justo que pierda también a su familia. Para evitar mayores rencores he decidido callar.

—Deberías hablar con él —insiste.

—Lo haré... cuando encuentre el momento.

—Hazlo.

Daniela y Mattia, sonrientes, se acercan a la mesa.

—Te toca Lucy. —Con cara de felicidad, la peque coloca la mano de su padre sobre la mía, se sienta en su silla y se acomoda para beber su refresco.

—¿Te apetece bailar o estás muy cansada?

—No me perdería este momento por nada del mundo —respondo, y lo beso. Él me rodea con sus brazos y nos dirigimos a la pista, donde comenzamos a movernos al compás de la música.

—Te amo Lucy... —me susurra al oído y, como cada vez que lo hace, una descarga de electricidad me recorre entera. Me aparto un poquito levantando mi cara de su pecho y lo miro directamente a los ojos.

—Yo también te amo.

Me besa y su beso me enciende a pesar de lo agotado que está mi cuerpo. De pronto, noto un escalofrío que me recorre entera y, sintiéndome observada, dirijo la vista al lado opuesto de la pista, hacia una mesa apartada. Mis ojos chocan con la mirada fría, dura y oscura de Gustavo, que bebe a sorbos de una copa sin pestañear.

En todo el día solo me lo he cruzado un par de veces; la primera me saludó y me preguntó cuándo salía de cuentas, como todos últimamente, y la segunda solo me dirigió una sonrisa.

La música termina y mi príncipe y yo volvemos a la mesa. Sí, es mi príncipe porque me hace sentir como una princesa; mi vida es como un cuento de hadas, y todo gracias a este maravilloso hombre que se deshace en detalles y atenciones conmigo.

Daniela ha juntado dos sillas y se ha tumbado en el regazo de Noe. Cuando la veo no puedo evitar dejar escapar un suspiro, yo también estoy molida, durante todo el día me han dado punzadas en la tripa. La doctora Bassi, mi ginecóloga, me ha dicho que es normal porque la fecha del parto está muy cerca y me ha dado cita para la semana que viene, el 20 de abril.

Intento convencer a Mattia de que se quede, todos los chicos han trabajado duro preparando una broma al novio y no quiero que se la pierda.

Me despido de todos y me disculpo con los novios por retirarme. Entienden mi situación. Mattia me acompaña a la habitación, no puedo con mi alma. Lleva a Daniela en brazos y la deposita con cuidado en la cama. Insiste en quedarse, pero yo casi sacándolo a empujones, lo obligo a volver abajo.

—Pero yo quiero quedarme contigo... —resopla.

—Ve un rato y luego subes. Yo voy a acostarme, la espalda lleva todo el día fastidiándome. —Me acerco para darle un beso, cuando me inclino hacia adelante una punzada en la espalda me hace emitir un quejido y hago

una mueca de dolor.

—¿Y eso? ¿Estás bien? —pregunta preocupado poniendo su mano en mi vientre.

—Es solo un calambre, la doctora ha dicho que es normal... —le digo intentando tomar aire.

—Me quedo.

—No, en serio.

—Vale, voy y vuelvo. Tengo el móvil, si me necesitas llama —añade a regañadientes. Sabe lo cabezota que puedo llegar a ser y sé que ha aceptado solo para que no me ponga como una fiera.

—Claro, ve.

Por fin me quito los zapatos y el vestido, y se me ocurre darme un baño para aliviar mi dolor de pies, así que me pongo el albornoz. Además, el día ha sido caluroso, la primavera lo está siendo.

El ruido de unos golpecitos en la puerta llama mi atención y me dirijo a ella con las manos en la cintura lista para echarle un sermón al obsesivo de Mattia.

—Te dije que voy a estar b... —No termino de decir la frase, cuando levanto mi mirada me encuentro con la mole oscura que es Gustavo. En sus ojos hay un brillo asesino y me apunta con una pistola. El terror se apodera de mí.

—No te muevas y no digas nada, Lucy. ¡Entra! —me ordena con tono frío agitando la pistola.

No entiendo qué es lo que sucede, qué es lo que está haciendo. Miles de cosas se me pasan por la cabeza, entre ellas que Dani duerme en la habitación a unos pasos de nosotros. No quiero despertarla.

Decido hacer lo que me manda, es mejor no ponerle nervioso. Doy unos pasos hacia atrás y él entra a la habitación cerrando la puerta tras de sí

sin apartar en ningún momento la vista de mí, y mucho menos la pistola. Tiene los ojos rojos y el cabello revuelto, los primeros botones de la camisa desabrochados, la corbata desanudada y su aliento apesta a whisky. Jamás lo había visto en un estado tan deplorable.

Me empuja hacia el sofá que se encuentra en el saloncito más allá las habitaciones. Intento hablar lo más tranquila posible, no quiero que la niña se despierte y ponerla en peligro. Mi teléfono está en el bolso, en la habitación... no puedo llamar a nadie. A mis oídos llega la música del salón de abajo.

—Gustavo, ¿qué estás haciendo? Por favor, baja eso —le digo señalando la pistola, mientras me agarro la barriga.

—¿Le has contado a Mattia lo de las cartas que te llegan?

—¿Y tú como sabes eso? —pregunto. Un frío glacial se apodera de mí y la sangre abandona mis extremidades. Arrugo la frente y lo observo con detenimiento.

—¡Porque soy yo quien las envía!

—¿Qué?

Una punzada en mi barriga me hace soltar el aliento y me quedo sin aire, aspiro hondo. No entiendo nada, que alguien me explique qué clase de juego macabro es este.

—Como lo oyes, Lucy. Tu querido y venerado Mattia mató a Dana, y ahora yo pienso terminar con lo que más ama en el mundo: tú, Lucy. Lo siento, no tengo nada en tu contra, pero... ¡¡vas a morir!! —grita, y puedo ver su frente perlada de sudor. La pistola en su mano tiembla y el terror se apodera de mí. ¡Por Dios, este hombre está loco!

Tiene los ojos inyectados en sangre, está visiblemente fuera de sí y temo que en su estado no dude en hacer lo que dice.

—Gustavo, por favor... —Quiero hablar mientras me muevo en el

sofá tratando de levantarme, pero no puedo pues un dolor lacerante me deja de nuevo sin aliento, creo que son contracciones—. Tranquilízate... —digo casi jadeando y gruñendo por el dolor.

—Por su culpa yo perdí a la mujer que amaba, ahora él tiene que sufrir el mismo castigo. Cuando ella murió pensé que tarde o temprano la culpa lo llevaría al suicidio, pero no tiene corazón ni coraje, parece que no le importó mucho, o casi nada. Ahora ha rehecho su vida, está feliz y yo no podré volver a verla nunca más.

Continúa su retahíla, mientras camina nervioso de un lado al otro sin dejar de apuntarme. Un escalofrío recorre mi espalda.

De pronto siento que un líquido caliente desciende entre mis piernas. Nooo... por favor. No en este momento, pienso al borde de la desesperación. Es líquido amniótico, ¡he roto aguas! Es lo que me dijo la doctora que ocurre antes de que comience todo... Tiemblo como una hoja, esto no me puede estar pasando a mí.

Según el dolor empieza a remitir, las ideas en mi cabeza comienzan a ordenarse, a aclararse, como si una fuerte luz las iluminara. La mujer de Mattia y Gustavo eran amantes, no tengo duda.

Él se pasa una mano por el pelo revuelto y aprieta los labios. Intento aspirar hondo, tengo que pensar en la manera de liberarme de este loco o va a terminar por llevar a cabo su locura. El olor dulzón de su perfume me llena los pulmones y me dan ganas de vomitar.

—Cálmate, por favor. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que sucedió? —digo intentando ganar tiempo.

Gustavo titubea y baja la pistola en el mismo momento en el que Mattia irrumpe en la habitación.

—¿Qué pasa aquí? —Su voz suena desesperada al ver a Gustavo apuntarme con la pistola, que inmediatamente cambia su objetivo apuntando

a Mattia, que se queda petrificado.

—¡Quieto! No des ni un paso más y no te muevas. ¿Qué pasa, quieres saberlo? Que estoy aquí para hacerte pagar... Te seguí desde Torino, me sorprendió cuando comenzaste a visitar la pastelería. El destino hizo que aquella noche de la inauguración tú y yo nos conociéramos, no estaba en mis planes, pero fue algo beneficioso. Lucy, de no ser por tu amiga, tal vez hoy ese hijo sería mío... —Miro a Mattia horrorizada, él mantiene la calma—. Después fue más sencillo, el incendio fue una buena excusa para tenerte cerca. Le pedí a mi amigo Conti que te denegaran el permiso para abrir, así sería más fácil que aceptaras mi oferta, y me metí en vuestras vidas esperando el momento oportuno para cobrármelas —responde Gustavo con fiereza.

Miro a intervalos a uno y a otro, otra contracción y comienzo a respirar aceleradamente, mi pequeño guisantito quiere venir al mundo.

Mattia dirige su mirada hacia mí, se ha dado cuenta de la situación, ve con horror el reguero a mis pies.

—Si es por la estrella Michelin, me la dieron a mí porque mi restaurante la merecía, pensé que eso había quedado atrás. Has triunfado y tienes una cadena de restaurantes, eres famoso... creí que habíamos enterrado el hacha de guerra. Mi familia no tiene la culpa de nada. Deja que Lucy se vaya, está a punto de dar a luz.

—No me refiero a los restaurantes, me refiero a Dana... —Dirijo mis ojos abiertos como platos hacia el rostro desencajado de Gustavo y descubro que tiene los ojos húmedos. A Mattia le tiembla el labio inferior al escuchar el nombre de su mujer—. Ella me quería, aquel trágico día del accidente, te iba a decir que te dejaba por mí... pero por tu culpa está muerta. —Tiene la voz quebrada.

Mattia lo contempla con cara de incredulidad, tiene los ojos inyectados, y aprieta los puños, frunce el ceño.

—Sospechaba que me engañaba, pero jamás me imaginé que serías tú —dice agitado Mattia.

—Nos amábamos, nos conocimos por casualidad...

—No me digas nada más, no quiero escucharlo. Aquella noche discutimos, recogió sus cosas y se marchó, estaba dispuesta a dejar a su hija y mis suegros me odian porque creen que el culpable de todo fui yo —gruñe Mattia.

—Ahora vas a saber lo que se siente al perder lo que más quieres. —Dirige su amenaza hacia mí junto con el revólver, me estoy doblando del dolor.

—¡No! Espera. —Cuando Mattia grita aparece Daniela llorando, asustada por los gritos, entra por la puerta que da a su habitación. Los tres nos sobresaltamos, ella sin darse cuenta del peligro que corre se lanza hacia mí con los bracitos abiertos, me rodea y yo la cojo entre los míos intentando cubrir su rostro para que no vea lo que está a punto de sucedernos.

—¿Qué es lo que pasa Lucy?, tengo miedo... —balbucea entre mis brazos.

—Tranquila...

—No les hagas daño, ellas no tienen ninguna culpa. Por el amor que dices que sentías por Dana, no las mates. Ella no querría esto.

—¡Calla! No pronuncies su nombre y mucho menos digas lo que ella querría —ladra Gustavo, y sin mediar más palabras dispara a Mattia, que cae al suelo inerte. El ruido del disparo es ensordecedor, seguramente lo han escuchado también abajo.

—¡¡Nooo!! —grito.

Gustavo se gira con la pistola en la mano y la cara desencajada hacia nosotras, abrazo con todas mis fuerzas a la pequeña Dani, que grita y llora muy asustada, y apoyo su cabeza contra mi pecho.

—Ahora es vuestro turno. He venido a hacer justicia y no me voy a ir sin terminar mi trabajo.

Gustavo habla dando la espalda a Mattia, que yace en el suelo, yo no puedo apartar los ojos de su cuerpo. Para mi sorpresa, veo que los dedos de su mano comienzan a moverse, intento no hacer ningún gesto. Gira la cabeza, hace señales de que me quede en silencio y obedezco. Se levanta con cuidado, afortunadamente el disparo no lo ha matado.

—Por favor Gustavo, piensa en la niña, ella es inocente —digo intentando mantenerlo distraído.

—Eso no me importa... ¡y cállate! —grita, y se dispone a apretar nuevamente el gatillo. Mattia ha cogido un florero que había en una mesa contigua y, tomándolo por sorpresa, se lo rompe en la cabeza. Gustavo cae redondo al suelo.

Algunos de los invitados llegan corriendo hasta la puerta, el revuelo es tremendo.

—Llamen a una ambulancia, hay un hombre herido —dice uno.

Mattia de un puntapié hace volar la pistola lejos. Tiene una herida en el hombro por la que está perdiendo mucha sangre, que le ha manchado todo el traje.

Luego se dirige a nosotras, nos abraza y deposita un beso en la cabeza de la niña y otro en la mía.

—¿Cómo estás?

—Me duele, estoy de parto, ¡he roto aguas! —digo inspirando y expirando aire.

—Tranquila, pediré ayuda.

Noe entra corriendo y se acerca a mí rodeándome con sus brazos para ayudarme. Mientras Patrizio y Valerio inmovilizan a Gustavo atándolo a una silla, Mattia les cuenta lo que ha pasado.

—¿Estás bien? —Daniela solloza en mi regazo.

—Pufff... las contracciones no me dejan respirar. Ya viene, Noe. —
Una capa de sudor me cubre.

—La ambulancia está abajo y también ha llegado la policía —dice Sole desde la puerta, con la cantidad de gente no puede entrar—. ¿Estás bien, Lucy? ¿No te ha hecho daño?

—¡Ya viene!! —grito, presa del dolor. No escucho nada, las contracciones cada vez son más frecuentes y dolorosas.

Con el brazo bueno Mattia me ayuda como puede y me levanta del sofá, Daniela se agarra a su chaqueta, Noe la coge en brazos y le habla dulcemente.

—Id tranquilos, os vemos en el hospital.

—Gracias —alcanzamos a decir a coro, y Mattia me lleva corriendo escaleras abajo. Los invitados, que están dispersos por todos lados, nos observan pasar entre perplejos y sorprendidos.

La ambulancia espera con las puertas abiertas y los sanitarios se acercan a ayudar a Mattia, me depositan en la camilla y salimos a toda velocidad.

—¡Pero usted está herido! —escucho que uno de los médicos le gruñe a Mattia.

—Atienda a mi mujer que es quien va a tener un bebé.

—Y usted se va a desangrar, venga aquí...

—¡Mattiiiiaaa! —grito en medio de una contracción.

—¿Sí, amor?

—¡Deja que te curen, hazle caso y no discutas por una vez! —digo con una voz que me sale de ultratumba.

Capítulo 20



Lo que comienza como un simple viaje, desandando caminos, encontrando rincones desconocidos, descubriendo parajes singulares, se convierte de pronto sin saber cómo ni cuándo en una aventura mágica, maravillosa. Donde cada paisaje, cada calle, nos recuerda a alguien, nos hace soñar, nos deleita con la simplicidad y a la vez la magnificencia que tienen los lugares que nos vieron pasar algunas veces tomados de las manos, otras solos cavilando... o simplemente en un viaje de turismo que quedará por siempre en nuestra memoria...

Sentada en la mecedora de la casa que compartimos Mattia, Daniela, Ettore y yo acuno a mi pequeña Estella en mi regazo. Hundo mi nariz, aspirando su dulce aroma, en su cuerpecito envuelto en la manta de lana suave que le ha tejido mi madre, que no ha tardado en venir para conocer a la pequeña.

Acaricio su cabecita cubierta con una pelusa rubia, casi blanca. Tiene los ojos celestes como el cielo y las manos grandes de su padre, pero ha sacado mi boca carnosa y mi sonrisa, es muy risueña.

Desde el salón me llegan las risas de Dani y Mat y los ladridos de Ettore, que se ha tomado más que en serio la tarea de cuidar a las dos niñas.

Menos mal que el hombro de Mattia se ha curado rápidamente. No he

querido preguntar por la suerte de Gustavo, no quiero recordar lo que ocurrió, pero me han comentado que está en la cárcel, lejos de nosotros, donde no puede hacernos daño, allí pasará muchos años. A mí me basta con saber que Matt nos protege y que nada malo nos va a ocurrir. Él me lo ha prometido.

Dejo a la niña en su cunita, menos mal que ha salido dormilona y muy tranquila, y me dirijo al salón donde me encuentro con mi marido, el amor de mi vida, el padre de mi niña.

Nos casamos después de salir del hospital aprovechando que mis padres estaban aquí. Fue una ceremonia muy sencilla en el ayuntamiento en la que estuvieron mis amigas, mis padres, mis suegros y mi hermana Fede, que al final está saliendo con su amigo Mirko, me gusta mucho ese chico. Mi otra hermana no ha podido venir porque estaban de vacaciones en Grecia.

Mattia me descubre con la cabeza apoyada en la pared y una sonrisa boba en los labios contemplándolos jugar a los tres en el suelo. Se acerca y me coge entre sus brazos, me rodea con ellos y me besa apasionadamente encendiendo todas mis terminaciones nerviosas, haciéndome sentir viva, llena de ganas de afrontar la vida que nos espera y ver crecer a nuestras pequeñas.

—Gracias —le digo acariciando su rostro, la barba ha desaparecido.

—Y pensar que toda esta historia comenzó con... un *cupcake* para Daniela...

Agradecimientos

Este libro ha sido escrito con mucha ilusión, con dedicación, pero por sobre todas las cosas con mucho cariño.

Deseo que hayan disfrutado de la lectura, del viaje a través de sus páginas y que hayan podido saborear la historia como lo hice yo.

Quiero darle las gracias a la vida por permitirme compartir con todos vosotros esta historia, por haberme dado la oportunidad de conocer Florencia, y la Toscana para compartir en estas páginas un poquito de esa belleza y de lo que me llevo en mis recuerdos.

Agradecer a Loli Zamora y a María Giménez, a Carolina Ramos, a Kris L. Jordan a José Carlos Robledo Sánchez, a Marien Fernández Sabariego.

Porque todos ellos pusieron su granito de arena para ayudarme con esta obra. Gracias por el afecto, el apoyo, las charlas, los ánimos, la fuerza, la insistencia, el cariño, las tardes, los días... es en los momentos de necesidad donde se ven a las personas que te quieren, gracias a todos pero en especial a ti mi hada madrina, tú que con tu luz iluminas mi camino y que no permites que me aparte de él por muy difícil que a veces parezca, gracias preciosa, gracias Kris.

Gracias a mis padres, por estar siempre, por ser el pilar que me sostiene en mis momentos más bajos.

Gracias a vos lector porque hoy estas leyendo estas líneas, quiere decir que le has dado una oportunidad a mi libro y te lo has leído, espero que hayas disfrutado mucho.